

ESTUDIOS

DARIANOS

CARLOS
TÜNNERMANN
BERNHEIM



CARLOS TÜNNERMANN BERNHEIM

Se ha caracterizado en su carrera profesional e intelectual por la investigación histórica dirigida a la educación, considerándosele, como uno de los más importantes educadores de América Latina.

1957-1964: Catedrática Titular de Introducción al Estudio del Derecho y de Filosofía del Derecho. Electo Secretario General del Consejo Superior Universitario Centroamericana (CSUCA). Como primer Secretario General de este organismo, le correspondió estructurar el Plan para la integración regional de la educación superior de Centroamérica, que promovió la modernización de las Universidades de la región en la década de los años 60.

Noviembre de 1964 a marzo de 1974: Rector, por elección del Colegio Electoral Universitario, de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua por tres periodos, y Catedrático de Introducción al Estudio del Derecho de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNAN, León, Nicaragua.

1975 a 1979: Asesor Principal y Director del Programa de la UNESCO-PNUD en Colombia y Director del Programa centroamericano de Desarrollo Científico y Tecnológico del CSUCA, en San José de Costa Rica.

Julio de 1979 a agosto de 1984: Ministro de Educación de la Junta de gobierno de Reconstrucción Nacional de Nicaragua. Durante su gestión se llevó a cabo, en 1980, la gran Cruzada Nacional de Alfabetización.

Actualmente, se desempeña como Consejero Especial del Director General de la UNESCO para América Latina y el Caribe. Presidente del Grupo Asesor del CRESALC. Miembro del Grupo Asesor en Educación Superior del Director General de la UNESCO. Miembro del Comité Organizador de la Conferencia Mundial sobre Educación Superior, que tendrá lugar en septiembre de 1998 en París.

ALGUNAS OBRAS PUBLICADAS

Pensamiento Universitario Centroamericano: Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José, 1980. 521 p.

Ensayos sobre la Universidad Latinoamericana. EDUCA, San José, Costa Rica, 1981. 223 p.

El pensamiento Pedagógico del Libertador Simón Bolívar. Ediciones del Ministerio de Educación, Managua, 1983. 294 p.

ESTUDIOS

DARIANOS

CARLOS
TÜNNERMANN
BERNHEIM



COLECCION CULTURAL
BANCO NICARAGÜENSE

N

864.44

T926 Tünnermann Berheim, Carlos

Estudios Darianos. / Carlos Tünnermann Berheim—Managua: Fondo de Promoción Cultural-BANIC, 1997.

204p. (Colección Cultural-Serie Literatura)

1. DARIO, RUBEN, 1867-1916—ENSAYOS
2. DARIO, RUBEN, 1867-1916—CRITICA E INTERPRETACION
3. LITERATURA NICARAGÜENSE—SIGLO XX

Estudios Darianos

© 1997. Carlos Tünnermann Berheim

© De esta edición:

1997, Fondo de Promoción Cultural-BANIC

Centro BANIC

Km. 4 1/2 carretera a Masaya

Managua, Nicaragua, C.A.

Teléfono: (505) 267-3057, Fax (505) 270-2682

Dirección Editorial: Luisa Amelia Castillo Ramírez

Diseño Gráfico: Sorah Broder

Impreso en Colombia por Panamericana Formas e Impresos S.A.

Plumilla de la portada: Rosa Carlota Pereira de Tünnermann

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

CONTENIDO

I	LA PAIDEIA EN RUBEN DARIO: UNA APROXIMACION	1
II	RUBEN DARIO: PARADIGMA DEL ENCUENTRO DE DOS MUNDOS	83
III	CENTENARIO DE RAFAEL NÚÑEZ, BENEFactor DE RUBEN DARIO	99
IV	1983: UN AÑO CLAVE EN LA VIDA DE DARIO	109
V	RUBEN DARIO EN LA ARGENTINA	123
VI	EL CENTENARIO DE LOS RAROS	143
VII	CIEN AÑOS DE PROSAS PROFANAS	157
VIII	EN TORNO A CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA	173
IX	EL CENTENARIO DE MARCHA TRIUNFAL	181

I

LA PAIDEIA EN RUBEN DARIO: UNA APROXIMACION*

* Discurso de incorporación a la Academia Nicaragüense
de la Lengua, 30 de agosto de 1996.



Debo a la benevolencia de los estimados académicos que integran esta ilustre corporación el honor de ser recibido en su seno como Académico de Número.

La distinción, que de por sí significa la investidura académica, en mi caso se torna aún más relevante, por cuanto habéis decidido que al sentarme en esta docta Academia lo haga en la silla E, que ocupó uno de sus miembros más lúcidos y eruditos, el poeta, crítico, ensayista y eximio estudioso de la obra dariana, don Ernesto Mejía Sánchez. ¿Quién iba a decirme, en enero de 1971, cuando en mi calidad de Rector de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua me correspondió el privilegio de realizar la investidura de Mejía Sánchez como Doctor Honoris Causa del alma máter que, dos décadas después, se me conferiría la honra de sucederle en la silla académica que él tanto enaltecó?

Al hacer el elogio de Mejía Sánchez, más de veinte años atrás, puse de manifiesto su extraordinaria calidad humana, la originalidad de su poesía, su devoción por la obra dariana, a cuyo mejor conocimiento y apreciación contribuyó con luminosos estudios, y su fecundo trabajo docente como catedrático e investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México. En el culto dariano y en su quehacer universitario es donde apenas encuentro algún punto de convergencia entre mis modestos esfuerzos intelectuales y la enjundiosa obra de mi predecesor, quien se

incorporó a esta Academia, en 1955, precisamente con su estupendo ensayo *Las Humanidades de Rubén Darío*.

Siguiendo su ejemplo, y el de otros ilustres académicos que me han antecedido, entre ellos nuestro propio Director, decidí acogerme a la advocación del Padre y maestro mágico de nuestra cultura para hacer mi ingreso a esta Academia, cuya misión es velar por la pureza, propiedad, unidad y enriquecimiento de la lengua española, es decir, de la lengua de Darío.

Bien dijo nuestro Secretario Perpetuo, don Julio Icaza Tigerino, en su discurso de recepción que nuestra labor académica tiene un objetivo específico dentro del concierto de Academias Hispánicas: lo nicaragüense de la lengua, y si hay algo nicaragüense que nos vincula a la lengua castellana y a su literatura universal, es la poesía de Rubén Darío. Por eso, corresponde primordialmente a esta Academia Nicaragüense de la Lengua promover esa crítica seria y profunda de la obra de nuestro poeta universal.

Abogado por formación y educador por vocación, no nos debe sorprender que dentro del amplio legado dariano haya escogido, como tema de mi discurso, *Una aproximación a la paideia en Rubén Darío*. En Rubén, igual que en todos los grandes poetas de la humanidad, siempre existió una preocupación por el arquetipo de hombre, por los ideales educativos y culturales que deben inspirar el paradigma de ciudadano capaz de encarnar los más altos valores cívicos y sociales.

Paideia es un concepto clave en la cultura helenística. Se refiere a los principios que inspiran el desarrollo armónico de las capacidades físicas y psíquicas del individuo, o más ampliamente, la formación del carácter. Werner Jaeger, autor del magistral estudio sobre la *paideia* griega, (*Paideia: los ideales de la cultura griega*), sostiene que esta palabra no coincide exactamente con expresiones modernas como civilización, cultura, tradición, literatura o educación. "Cada uno de estos términos se reduce a expresar un aspecto de aquel concepto general, y para abarcar el campo de conjunto del concepto griego sería necesario emplearlos todos a la vez . . . Los antiguos tenían la convicción de que la educación y la cultura no constituyen un arte formal o una teoría abstracta, distintos de la estructura histórica objetiva

de la vida espiritual de una nación. Esos valores tomaban cuerpo, según ellos, en la literatura, que es la expresión real de toda cultura superior".¹

De esta suerte podemos afirmar, como una vez lo señalara Luis Alberto Cabrales, que la educación tiene raíces muy profundas en la poesía y la literatura y, a su vez, la literatura y la poesía tienen fuente de inspiración en ese mismo ideal de hombre por ellas soñado y definido.²

Siendo Darío una de las más altas cimas de la poesía universal, vate por antonomasia, "el ciudadano más cabal e ilustre de América Latina", al decir de Pedro Salinas, su obra está impregnada de ideales y valores de los cuales es posible extraer todo un ideario, un paradigma, para la formación espiritual, moral, cívica y física del hombre hispanoamericano y, por ende, de nosotros sus coterráneos nicaragüenses. Y nada mejor, en estos tiempos de crisis que vivimos, de confusión y degradación política y cívica, que volver a Rubén y encontrar, en la entraña misma de sus inagotables canteras, los ideales pedagógicos, artísticos, culturales y cívicos que podrían orientar nuestros esfuerzos de superación e inspirar un código de virtudes ciudadanas capaz de ennoblecer nuestro quehacer social y político.

Y todo esto es posible pese a que Rubén, como él mismo lo afirmara, no pretendía enseñar nada, pues se complacía en reconocerse el ser menos pedagógico de la tierra. No sólo lo dice así en las breves palabras introductorias de su obra *Opiniones* (1906), sino que lo reitera, con placer fútil, en las *Dilucidaciones* que preceden *El Canto errante* (1907).

Sin embargo, como afirma su más eminente biógrafo, el Profesor don Edelberto Torres Espinosa, "Darío es un ser profundamente pedagógico, no sólo en el sentido de que es uno de los educadores más excelsos de América, sino porque su labor y su pensamiento se enmarcan bien dentro de la pedagogía de vanguardia, esa en que el niño es centro planetario; el interés psicológico, fuerza de gravedad; y la libertad, atmósfera ambiental".³

"No busco que nadie piense como yo, ni se manifieste como yo", advirtió Darío. "¡Libertad! ¡Libertad!, mis amigos. Y no os dejéis poner librea de ninguna clase".⁴ Pero, "la poesía fue para él un magisterio, el más alto magisterio a que pueda aspirar el hombre", nos dice Arturo Torres-

Rioseco.⁵ Y don Edelberto concluye que “el atributo de educador nadie se lo negará a Rubén Darío, si educar se entiende como el ejercicio de influencias estimulantes de desarrollo espiritual”.⁶

Rubén es, pues, nuestro educador en el sentido más amplio y noble de la palabra. Su obra es rica en pensamientos y principios susceptibles de integrar nuestra *Paideia*, nuestra filosofía educativa, conjunto de fines y objetivos para el quehacer educativo, cultural y cívico de nuestro pueblo, inspirador del arquetipo de hombre y de ciudadano que tan urgentemente necesitamos. Si se le conociera mejor podría . . . “ser casi un modelo de vida, de enriquecedora humanidad”, nos dice el académico, don Jorge Eduardo Arellano.

Antes de intentar nuestra aproximación a la *Paideia* en Darío, es de rigor que examinemos su propia formación, su propia experiencia educativa, sin reducirla únicamente a su breve tránsito por el sistema escolar sino incluyendo el más rico de sus elementos formativos: su ejemplar vocación autodidacta, por cierto primera y hermosa lección para nuestros jóvenes. Rubén nos demuestra que el proceso de enseñanza-aprendizaje no se limita al aula ni al maestro. En verdad, radica, principalmente, en el individuo, que puede educarse por sí mismo desde su nacimiento hasta su muerte. Darío encarnó, en su propio ciclo vital, lo que hoy día llamamos la “educación permanente”, es decir, la plena integración del aprendizaje y la vida. “Su lección fue, nos señala Arturo Marasso, de trabajo tenaz e inteligente . . . Rubén fue un creador dado al trabajo y al estudio que sorprende por la vastedad de su investigación tocada por el genio, a pesar de su existencia viajera”.⁷

Si la educación es, en definitiva, una relación envolvente entre el individuo y su medio, es importante también analizar el contexto familiar y social en que se forja toda personalidad, principalmente en sus primeros años de existencia, tan decisivos para la formación del carácter y la adopción de los valores que orientarán su futuro.

Es lo que hizo el académico don Edgardo Buitrago en su excelente ensayo *La Casa de Rubén Darío - Influencia del medio en el poeta durante su infancia*. En el citado ensayo Buitrago nos dice que si bien es cierto que el genio “es como un golpe de ala”, más cierto es “que el hombre no es

sino en función del grupo a que pertenece; que la personalidad se hace y se confirma dentro de un juego de incitaciones y respuestas, de estímulos, de sugerencias y aún de provocaciones y de contradicciones del medio social en que el niño crece y se desarrolla".⁸

Todos estos elementos trataremos de tenerlos presentes en la primera parte de nuestro discurso, consagrada a examinar la experiencia escolar de Darío.

LA EXPERIENCIA ESCOLAR DE RUBEN DARIO

Aún con todas sus limitaciones, Rubén adquirió en su patria, en su Nicaragua natal, la educación indispensable que sirvió de cimiento a su prodigiosa obra literaria. "Nicaragua tuvo una vez un poeta, y, en cierta medida, también supo educarlo", afirma Ernesto Mejía Sánchez en el párrafo final de su ya citado discurso de ingreso a esta Academia. Cuando se aleja de su tierra lleva consigo un "tesoro humanístico". "Lejos está el tiempo, escribe el académico Profesor Fidel Coloma, en que la crítica repetía, unánime, que Rubén Darío poco o nada sabía de arte y literatura al llegar a Chile". Diego Manuel Sequeira, con su Rubén Darío Criollo y Ernesto Mejía Sánchez, con su erudito análisis de las fuentes de *Los primeros cuentos de Rubén Darío*, añade Coloma, "muestran el vasto caudal de conocimientos y experiencias literarias que llevaba Darío desde Nicaragua".⁹

Rubén nunca desdeñó el aporte de Nicaragua a su formación. Al contrario, en su célebre discurso pronunciado en la velada que tuvo lugar en León, el 22 de diciembre de 1907, en ocasión de su apoteósico retorno a la tierra natal, Darío hizo un hermoso reconocimiento a esa contribución: "Yo sé lo que debo literariamente a la tierra de mi infancia y a la ciudad de mi juventud: no creáis que en mis agitaciones de París, que en mis noches de Madrid, que en mis tardes de Roma, que en mis crepúsculos de Palma de Mallorca, no he tenido pensares como estos: un sonar de viejas campanas de nuestra Catedral . . . ¡El cerco de campanarios leoneses!", que según Mariano Fiallos Gil siempre sujetó a Rubén, aún en los momentos cuando quiso "desprenderse de su sonido al son del sistro y del tam-

bor". "Fue en ese León de Nicaragua, seminarista y universitario, conventual y caballeresco, donde su alma se abrió a la rosa de los vientos de la poesía".¹⁰

La experiencia escolar de Darío fue muy limitada: asistencia a una escuelita de primeras letras, una enseñanza primaria de tres grados y una secundaria incompleta. En total, Rubén no estuvo en contacto con la educación formal más allá de cinco o seis años, de los cuales, seguramente, los más importantes para su formación fueron los que cursó con los jesuitas.

Igual que la mayoría de los niños nicaragüenses de aquella época, cuando no existían los preescolares ni los jardines de infantes, las primeras letras las aprendió Darío en el regazo de la tía abuela Bernarda, a quien el niño Rubén tenía como a su madre carnal. Al hogar de la tía Bernarda y su esposo, el coronel Félix Ramírez Madregil, su padrino y padre adoptivo, fue llevado treinta días después de nacido y en él transcurrió su infancia y adolescencia, etapas tan importantes para el desarrollo de su personalidad. En ese hogar se inició su educación y recibió influencias que más tarde se hicieron sentir en el curso de su vida. La tía Bernarda y su esposo prodigaron al niño todo el amor y los cuidados que no pudieron brindar a su única hija, muerta a temprana edad. Rubencito vino a colmar el vacío. La tía Bernarda le enseña las primeras letras y las oraciones que debía aprender de memoria, oraciones en verso cuyo ritmo el niño captaba. El tío Félix, más tarde, le enseña a montar a caballo y las novedades recién llegadas a León: el hielo, las manzanas de California, los cuentos pintados para niños, y hasta el champaña de Francia! . . .

En su *Autobiografía* nos dice Rubén: "Fui algo niño prodigio. A los tres años sabía leer, según me han contado".¹¹ Para completar el aprendizaje de la cartilla y prepararse para la primera comunión, asiste a la escuela: una escuelita mixta que funcionaba en la casa contigua a su hogar, donde residía doña Margarita Tellería. Su hija, la señorita Jacoba Tellería, solterona en años y paciencia, tenía a su cargo la enseñanza de los niños. Ella fue la primera maestra de Rubén. El método que la señorita Tellería utilizaba, común entonces en escuelas similares, consistía, nos explica el Profesor Torres, "en memorizar letra por letra, su sonido y escritura". "Los

niños repiten incesantemente y en alta voz los sonidos, teniendo la cartilla sujeta en un marco de madera provista de un mango. La maestra llama por turno a los alumnos, a los que hace repetir ante sí las letras que ella señala, y cuando el lector se equivoca le pellizca la oreja, o le da con férula en la palma de la mano o en las nalgas. Así pena también cualquier falta de orden o de respeto. El sábado se consagra a memorizar el catecismo como preparativo de la primera comunión".¹² Rubén guardaba un grato recuerdo de aquella experiencia infantil, no exenta de palmetazos, como los que entre indignada y asombrada le propinó la niña Jacoba, cuando, según él mismo cuenta, lo sorprendió ¡"a esa edad, Dios mío! en compañía de una precoz chicuela, iniciando, indoctos e imposibles Dafnis y Cloe, y según el verso de Góngora, las bellaquerías detrás de la puerta".¹³ Concluido el aprendizaje de la cartilla, Rubén pasa a estudiar a la Escuela de Zaragoza, que estaba a cargo del entonces estudiante de Medicina Jerónimo Ramírez. A veces, el propio Coronel Ramírez Madregil llevaba en brazos al niño Rubén a la escuela. En el siguiente curso escolar, Rubén fue trasladado a otra escuela pública, esta vez la del barrio de San Sebastián, cuyo maestro era el pasante de Derecho Felipe Ibarra. En esta escuela concluyó, mal que bien, su educación primaria.

La escuela de don Felipe Ibarra era como la mayoría de las escuelas elementales de entonces: una escuela de tres grados y un solo maestro. En aquella época la enseñanza primaria comprendía únicamente tres años de escolaridad. Y esa fue toda la educación primaria que Darío recibió.

Pero la escuela de don Felipe Ibarra tenía una singularidad: el maestro componía versos. De ahí que pronto el niño Rubén y el maestro Ibarra se hicieran grandes amigos, pues compartían la misma afición. Don Alfonso Valle, contemporáneo y condiscípulo de Rubén, describe así la escuela del maestro Ibarra: "La escuela del querido maestro Ibarra estaba dividida en decurias, es decir, en grupos de diez escolares cada banca. Era la primera la del decurión Moisés Berríos, y a ella pertenecían Rubén Darío, Simón de Doña Mercedes, Abraham Tellería, Alejandro Chávez, Juan Sindaca, los tres Robleto, mi hermano Nicolás y el infrascrito. Rubén aunque formaba en la decuria era más bien un escolar honorario. Llegaba

cuando quería, y en vez de sentarse en nuestra banca se pasaba largos ratos conversando o leyendo con el maestro Ibarra".¹⁴

Charles D. Watland, en su libro *La Formación Literaria de Rubén Darío*, nos dice: "Es una suerte que Rubén haya caído en manos de este joven con fama de poeta". Felipe Ibarra fue amigo de Darío antes y después de haber sido su maestro. En 1884, él, Rubén y Hernández Somoza, Jesús Hernández Somoza vivían juntos. Felipe Ibarra y Darío escribían para el periódico *El Porvenir de Nicaragua*. Ibarra quedó sorprendido del talento poético de Rubén. Le ayudó en sus composiciones primerizas, iniciándole en el camino de la fama. Puede, entonces, decirse que la primera influencia literaria sobre Rubén fue la del maestro Felipe Ibarra. Aunque Darío lo recuerda más tarde con gran afecto, poco dice acerca de su poesía. "Este cabezón nos va a ganar a todos", había dicho Felipe Ibarra, después de oír a Rubén recitar sus primeros versos.¹⁵ Años después, el Licenciado Felipe Ibarra se haría célebre en Nicaragua como defensor apasionado de la pureza del idioma.

Al completar sus estudios de primaria, en unas vacaciones escolares, la tía Bernarda, cuya situación económica había venido a menos por la muerte de su marido, el bondadoso coronel Ramírez Madregil, puso a Rubén de aprendiz de sastre con los maestros sastres don Lino Medrano y don Trinidad Méndez. "Los compañeros refan al ver la cara que ponía el poeta, nos cuenta su contemporáneo, el Dr. Juan de Dios Vanegas, porque le ataban el dedo para que aprendiera a manejar el dedal".¹⁶ Y es que Rubén hubiera preferido otro oficio: el de repicador de las campanas de San Francisco, según le dijo a su tía Bernarda.¹⁷

Por esa época, se inicia también su enorme afición por la lectura, llegando a ser, pese a sus pocos años, un lector infatigable. "En un viejo armario, nos cuenta en su *Autobiografía*, encontré los primeros libros que leyerá. Eran un Quijote, las obras de Moratín, Las Mil y Una Noches, la Biblia; los Oficios, de Cicerón; la Corina, de Madame Stael; un tomo de comedias clásicas españolas, y una novela terrorífica, de ya no recuerdo qué autor, La Caverna de Strozzi. Extraña y ardua mezcla de cosas para la cabeza de un niño"¹⁸. Era lector de todo lo que le llegaba a las manos, nos informa Juan de Dios Vanegas. "Sentado en la esquina de la casa tenía

un libro a un lado y un acordeón al otro, alternando la lectura con el manejo del instrumento. Poseía gran oído músico que le fue un poderoso auxiliar en su tarea de renovación poética”.¹⁹

Concluida la escuela primaria, la “adinerada de la familia Darío”, la tía Rita Darío de Alvarado, casada con don Pedro J. Alvarado, hombre acaudalado y cónsul de Costa Rica en Nicaragua, interpuso su influencia y recursos para que Rubén fuera recibido en el Colegio de secundaria que los Padres jesuitas establecieron en la iglesia de la Recolectión. Ahí comparte las aulas con niños provenientes de las principales familias de la ciudad de León. Con el compañerito que hace Rubén más amistad es con Louis Henri Debayle, quien con frecuencia le invitaba a comer a su casa. La amistad perdurará y se fortalecerá a través de los años. El niño Debayle también hacía versos. Otro de sus condiscípulos fue José Madriz, más tarde ideólogo liberal y Presidente de la República.

“Los jesuitas me halagaron, nos cuenta el propio Darío, pero nunca me sugestionaron para entrar en la Compañía, seguramente viendo que yo no tenía vocación para ello. Había entre ellos hombres eminentes: un padre Koenig, austriaco, famoso como astrónomo; un padre Arubla, bello e insinuante orador; un padre Valenzuela, célebre en Colombia como poeta, y otros cuantos. Entré en lo que se llamaba la Congregación de Jesús, y usé en las ceremonias la cinta azul y la medalla de los congregantes. Por aquel entonces hubo un grave escándalo . . . El Gobierno decretó su expulsión, no sin que antes hubiese yo asistido con ellos a los ejercicios de San Ignacio de Loyola, ejercicios que me encantaban”.²⁰

La permanencia de Rubén con los jesuitas no duró mucho. Pese a ello, Darío siempre reconoció la influencia de los jesuitas en la religiosidad de su niñez y primeros años de su adolescencia, que por cierto se percibe en sus composiciones de esa época. A los doce años (enero de 1879) compone el soneto *La Fe*, representativo de esa influencia religiosa.

En su citado ensayo *Las Humanidades de Rubén Darío*, Ernesto Mejía Sánchez ha analizado a fondo la importancia de la enseñanza de los jesuitas en la formación humanística y literaria de Darío. Dice Mejía Sánchez: “Los jesuitas fomentan su vocación literaria y le presentan modelos como Herrera o Lista para la factura de odas al Mar, al Sol o a la Virgen

María, como la que dedica a Francisco Castro en 1879 . . . En las academias literarias que organizaban los jesuitas en su colegio debió de recibir las nociones de latín y griego, leer algunos clásicos y conocer los primeros modelos retóricos al uso . . . Los años de mayor influencia literaria de los jesuitas en el joven Darío deben situarse entre 1878 y 1880, cuando la ambición literaria del poeta está ya bien despierta y aún no tiene motivos ideológicos para rechazarla. Tres, cuatro, cinco años cuando más, de lectura e imitación de los principales clásicos españoles y de algunos griegos y latinos, despertaron en el espíritu ávido del poeta-niño la predilección por los temas y motivos mitológicos y le dieron la habilidad versificadora e imitativa de que hizo gala desde sus primeras poesías”.²¹

En *Todo al vuelo* (1912), Rubén reconoce: “He de insistir siempre en que los padres de la Compañía de Jesús fueron los principales promotores de una cultura que no por ser si se quiere conservadora deja de hacer falta en los programas de enseñanza actuales. Por lo menos conocíamos nuestros clásicos y cogíamos al pasar una que otra espiga de latín y aun de griego. ¡Por cierto que en nuestros días sigue haciendo falta, en los programas de enseñanza, el estudio de las raíces griegas y latinas! . . .”

Para entonces, el poeta-niño se había ganado una merecida aureola de prestigio por su facilidad para versificar. Y cuando don José Dolores Gámez, director del periódico *El Termómetro*, que se editaba en Rivas, visita la ciudad de León, conoce al joven poeta y le pide versos. Rubén le entrega su elegía *Una lágrima*, que aparece en la edición correspondiente al día 26 de junio de 1880. Es el primer poema, suscrito por Rubén Darío, que se publica en forma impresa. Al día siguiente, 27 de junio, comienza a circular en León el primer número de una modesta revista: *El Ensayo*, donde se insertan trece cuartetos con el título *Desengaño*. Los suscribe Bruno Erdía, seudónimo y anagrama de Rubén Darío.

Además del ensayo de Mejía Sánchez sobre la influencia de los jesuitas en el poeta-niño, el académico Jorge Eduardo Arellano ha hecho otra importante contribución al estudio de las relaciones de Darío con la Compañía de Jesús en su trabajo *Los Jesuitas en su recuerdo*. En él Arellano afirma que: “El primer contacto formal que Rubén Darío tuvo con la literatura fue a través de los jesuitas. No consistió en un aprendizaje profun-

do, pero lo introdujo en el conocimiento de la poesía neoclásica española y le fundamentó cierta conciencia hacia la asimilación de las culturas griega y latina que desarrollaría a lo largo de su vida; además de marcarle creadoramente, ese contacto o impulso literario nunca llegó a olvidarlo”.

No estaría completa la reseña que hasta aquí hemos intentado hacer de la primera etapa de la educación recibida por Darío, si omitiéramos referirnos a la proveniente del medio familiar y social en que se desarrolló su infancia y adolescencia.

Todos los autores que se han ocupado de estudiar este primer tramo de la vida de Rubén coinciden en señalar la benéfica influencia de los padres adoptivos del niño Darío: el coronel Félix Ramírez Madregil y su esposa, doña Bernarda Sarmiento de Ramírez.

El propio Rubén, en su *Autobiografía*, describe así al coronel Ramírez: “Era él un militar bravo y patriota, de los unionistas de Centro América, con el famoso caudillo general Máximo Jerez, de quien habla en sus *Memorias* el filibustero yanqui William Walker. Le recuerdo, hombre alto, buen jinete, algo moreno, de barbas muy negras. Le llamaban el bocón, seguramente por su gran boca”.²²

El Coronel Ramírez no era un militar inculto. Era persona inclinada a la lectura y en su casa se reunía una tertulia de políticos e intelectuales liberales, en las que también participaba su esposa, doña Bernarda, con el niño Rubén a su lado hasta que el sueño le hacía a éste buscar refugio en las faldas de la buena mujer.

El académico Dr. Egardo Buitrago, en el ya citado estudio sobre la influencia del medio en el poeta durante su infancia, nos ofrece el siguiente retrato de la madre adoptiva. “Doña Bernarda gozó desde muy joven, de gran fama como mujer inteligente, y amena conversadora, así como de hermosa y atractiva. Quienes la conocieron ya casada, —como el maestro doctor Juan de Dios Vanegas—, la recuerdan de mediana estatura, morena, cara redonda y falta del ojo derecho por haberlo perdido en un accidente cuando era niña; nariz recta, pequeña y algo abombadita; boca mediana; cuerpo lleno sin poder llamarse gorda; pelo negro ondulado, peinado con partido en medio, levantado hacia delante y recogido hacia atrás en dos largas trenzas a las que anudaba con las clásicas cintas

negras. Su figura cobraba una gran prestancia a través de su ancha falda de vuelos y su camisa esclavina con mangas de buche, tal como era la usanza de entonces para las señoras" . . . "Doña Bernarda era una gran lectora. Sentada durante el día en su cómoda butaca de madera con forro de cuero en el fresco corredor de su casona, o a la orilla de la mesita de su sala, en la que arde una lámpara de gas, durante la noche, la veían constantemente amigos y vecinos, entregada de lleno a la lectura del libro que tenía entre sus manos".²³

A su vez, el historiador Francisco Ortega Arancibia, citado por Juan de Dios Vanegas, nos da el siguiente testimonio: "Doña Bernarda era mujer de talento y estaba en contacto con el pueblo y con las personas del mundo político. Las tertulias político-culturales continuaron en la espaciosa sala de la casa de las Cuatro Esquinas, aún después de la muerte del coronel Ramírez Madregil, ahora presididas por doña Bernarda. Entre los contertulios Alfonso Valle recuerda a los Generales Mateo Pineda y Manuel Rivas, los doctores Román Buitrago, Ramón Esteban Tijerino, Trinidad Candia, Benito Rojas, José Nicolás Valle y las señoras doña Bienvenida Goyena y doña Félix Murillo de Galarza".²⁴ Fue uno de estos personajes, el Lic. Trinidad Candia, según refiere Juan de Dios Vanegas, el primero que llamó genio a Rubén Darío. Admirado por unos versos que el poeta niño le mostró, Candia se fue a donde doña Bernarda y le dijo: "Rubén es un genio; vea los versos que ha escrito".²⁵ "En esa casa, agrega Juan de Dios Vanegas, flotaba un constante espíritu activo y revolucionario, militar, político y social".²⁶ Por demás, era una típica casa solariega leonesa, una vieja construcción a la manera colonial, recuerda Darío: "cuartos seguidos, un largo corredor, un patio con su pozo, árboles" . . . "Rememoro un gran jícaro, bajo cuyas ramas leía, y un granado que aún existe, y otro árbol que da unas flores de un perfume que yo llamaría oriental si no fuese de aquel pródigo trópico y que se llaman mapolas".²⁷

En definitiva, escribe Edgardo Buitrago, "la casa era una de esas clásicas casonas nicaragüenses, o más propiamente, una auténtica casa leonesa . . . Imaginémonos a Rubén colocado en este ambiente. Cualquiera que haya vivido en esta clase de casas, —o que al menos las conozca— sabrá cómo en ellas se establece un íntimo contacto entre el hombre y la

naturaleza. Porque son casas en las que se abre todo nuestro ser al mundo y al espacio. Son casas como a propósito para recibir al cielo y sentir que es nuestro y que podemos tocarlo con las manos, como lo siente Mariana Sansón en uno de sus versos; o para captar las voces del aire y el alma de las horas, como lo experimentó Alfonso Cortés desde esta misma casa de Rubén".²⁸

Por las noches, la casa se llenaba de sombras y el niño Rubén de temores: "Me contaban cuentos de ánimas en pena y aparecidos los dos únicos sirvientes: la Serapia y el indio Goyo. Vivía aún la madre de mi tía abuela, una anciana, toda blanca por los años y atacada de un temblor continuo. Ella también me infundía miedos: me hablaba de un fraile sin cabeza, de una mano peluda, que perseguía como una araña . . . De allí mi horror a las tinieblas nocturnas, y el tormento de ciertas pesadillas incurables".²⁹

Pero también la ciudad donde transcurren sus primeros lustros de vida dejará una profunda huella en Rubén. En el poema del Retorno dirá, muchos años después:

*Exprimidos de idea, y de orgullo y cariño,
de esencia de recuerdo, de arte de corazón,
concreto ahora todos mis ensueños de niño
sobre la crin anciana de mi amado León.*

El profesor Edelberto Torres nos dice que al promediar el siglo XIX, León no presenta un desnivel pronunciado de cultura comparado con las ciudades de la América española, pese a las infaustas, desastrosas y funestas guerras civiles. "Los letrados leoneses leen a Horacio y Cicerón en su lengua; comentan a Justiniano y a Suárez, conocen el enciclopedismo francés y saborean a los clásicos castellanos . . . Para la cátedra hay expositores muy dueños de su materia, y para la tribuna y el púlpito oradores verbosos y tocados de elocuencia. Versos los hace todo el mundo, aunque no haya poetas, y apenas con esfuerzo puede mencionarse a Francisco Díaz Zapata, Cesáreo Salinas, de León. En la zona oriental del país tañen modestas lirás Carmen Díaz y Juan Iribarren. En León se versifica con

motivo de cualquier menudo acaecimiento social: epitalamios por una boda, elegías por un deceso, epigramas por un cumpleaños, epinicios por una victoria política o militar, silvas laudatorias por la consagración de un obispo y hasta por la toma de posesión de un empleo. Ni para qué decir que la más constante fuente de rimas es el amor a las Flérides, Doroteas y Fillis locales . . . León tiene un núcleo de intelectuales, poetas algunos, periodistas, jurisconsultos, literatos todos, que en diferente medida dan prestigio a la intelectualidad nacional . . . Estos escritores profesan el liberalismo ideológico; son lectores de Juan Jacobo Rousseau y de Montesquieu, de Tácito, de Plutarco, y en aquel momento tienen como oráculo al ilustre ecuatoriano Juan Montalvo".³⁰

El núcleo familiar, el entorno social, el ambiente intelectual, cultural y político de la ciudad de León de aquella época y el paisaje mismo, todos estos elementos se conjugan para transformarse en una relación envolvente de carácter educativo, que contribuye, entrelazándose con las influencias provenientes del sistema propiamente escolar, a formar la psiquis, el intelecto y la personalidad de aquel niño extraordinario, dejando huellas en su proceso de ser. Porque, como señalan los especialistas, "la educación tiene un sitio en todas las edades de la vida y en la multiplicidad de las situaciones y de las circunstancias de la existencia".³¹

Siendo Presidente de la República el General Joaquín Zavala, un grupo de padres de familia de la ciudad de León, probablemente acicateados por la existencia de un prestigioso Colegio de enseñanza media en la ciudad rival de Granada (1874), decidieron asociarse con el Gobierno para la fundación del Colegio de León, germen del futuro Instituto Nacional de Occidente. Entre los auspiciadores de la iniciativa se encontraba don Pedro J. de Alvarado, vecino rico de León, casado con doña Rita Darío, tía de Rubén. Entre los alumnos internos del nuevo plantel educativo aparecen inscritos el hijo de don Pedro y la tía Rita, Pedro Alvarado Darío, y Félix Darío Sarmiento, sobrino de ambos y becado por ellos.

Gracias al esfuerzo de los propios padres de familia, apoyados por el Ministro de Gobernación del Presidente Zavala, el Lic. Vicente Navas, fue posible contratar en París al profesor polaco-español José Leonard y Bertholet para la enseñanza de Letras e Historia Universal y al Dr. Sal-

vador Calderón, ex-catedrático de la Universidad de Sevilla, para impartir las asignaturas de Ciencias Naturales. Ambos habían sido profesores en el Instituto Libre de Enseñanza, una especie de Universidad Libre creada en Madrid por Francisco Giner. Eran de ideología liberal y partidarios de una enseñanza laica y progresiva.³² Al nuevo Colegio le fue asignado por el Gobierno el caserón del antiguo Convento de San Francisco, situado a una cuadra de la casa de la tía Bernarda.

El 6 de marzo de 1881, y en medio de grandes expectativas, tuvo lugar la solemne inauguración del nuevo Instituto, con asistencia de las principales autoridades civiles y eclesiásticas. El Presidente de la Junta Directiva, Licenciado Buenaventura Selva (abuelo de Salomón de la Selva), tuvo a su cargo la declaración oficial de apertura del primer curso lectivo, correspondiente a ese año de 1881. El doctor Modesto Barrios, célebre orador, habló en nombre del Gobierno y felicitó a los padres de familia por sus loables esfuerzos. Cuando le correspondió su turno al Director, Dr. José Leonard, éste aprovechó para exponer la filosofía educativa del nuevo centro. Precavido del medio en que se desenvolvía, Leonard usó un lenguaje prudente, pero no pudo menos que exaltar la libertad de pensamiento y de conciencia, como base de toda filosofía educativa progresista e hizo el elogio de los países que la habían incorporado a sus sistemas de enseñanza. Aludiendo a los Estados Unidos, dijo que en aquel país la libertad de conciencia contribuyó a fomentar la inmigración y a aumentar sus envidiables fuerzas productivas.³³

De nada sirvió la prudencia del nuevo Director. La alusión a la libertad de pensamiento y de conciencia fue mal interpretada por los representantes del sector eclesiástico recalcitrante de entonces y por algunos políticos conservadores. De inmediato se inició una enconada batalla encaminada a echar de su puesto al profesor polaco. El Presidente Zavala no dudó en brindar su respaldo al profesor Leonard, quien contaba con la entusiasta admiración de los estudiantes del Instituto, entre ellos Darío, y de los intelectuales liberales. "Pocos profesores como él, escribirá Darío años después, para atraerse la simpatía y la estimación de todos, por su ángel que diría un andaluz, por su verbo afable, su apuesto continente y su delicada distinción".

Por esa época se produce en el adolescente Rubén una profunda transformación ideológica y espiritual, en parte debida a la influencia del profesor polaco, a quien tanto admiraba. En la polémica que se suscitó en torno a Leonard, Darío se identificó con quienes le defendían, escribiendo versos y artículos en favor de éste, a quien consideraba "víctima de un oscurantismo desgraciado, que niega la personalidad de un gran hombre y de un gran patriota".³⁴ Leonard aparece así como otro de los educadores que ejercieron gran influencia en el jovencito Rubén.

Vale la pena detenernos un poco en este humanista, cuya obra educativa se hizo sentir en la vida intelectual de Centroamérica durante las casi tres décadas que permaneció en la región (1880-1908), donde contribuyó a la renovación de los sistemas escolares. "Su meta fue, escribe el profesor de Howard University, Edmund Stephen Urbanski, la difusión de las humanidades y las ciencias con un espíritu moderno y libre, sin las restricciones religiosas, filosóficas y sin bandos políticos. Esta nueva tendencia, había influido el pensamiento español durante la segunda mitad del siglo XIX, y era una adaptación del pensamiento de Krause en la educación laica, modificada por la idiosincrasia propia de España. Leonard transplantó esa ideología educativa a Centroamérica, por la razón que Ferrer-Canales lo considera como un exponente del Krausismo Español"³⁵.

Leonard fue consejero para asuntos educativos del Presidente Zavala en Nicaragua, del Presidente Zaldívar en el Salvador y del Presidente Sierra de Honduras. El Presidente Zelaya de Nicaragua le concedió una pensión en sus últimos años. Fue uno de los principales promotores del Primer Congreso Pedagógico de Centroamérica, que tuvo lugar en Guatemala, en 1893, donde abogó por la adopción de un nuevo método de lectura: un método analítico moderno, basado en la comprensión integral de las palabras. Además, se empeñó en introducir la educación cívica en las escuelas centroamericanas.

Años después, Darío recordará con cariño a su admirado profesor Leonard, dedicándole una emotiva semblanza bajo el título: *José Leonard: un polaco ilustre en Centroamérica*, que concluye con esta significativa frase: "¡Pobre maestro Leonard! Incapaz de daño, alma de perla, corazón de excepción, flor humana".³⁶

Sin embargo, conviene tener presente que no fue solo la influencia de Leonard la que llevó al joven Rubén a abrazar la ideología liberal. "En el hogar, nos dice don Edelberto, tuvo en toda su primera infancia una escuela de liberalismo, cuya cátedra ejercía el coronel Ramírez Mardregil, adicto absoluto a Máximo Jerez, y también doña Bernarda, e igualmente los contertulios a quienes oía hasta que el sueño lo vencía".³⁷

Después del incidente con Leonard, los ánimos se exaltan más aún a raíz de la sublevación de los indígenas de Subtiava, Telica y Matagalpa, instigada por los jesuitas, según la versión oficial, lo que dio pie al Presidente Zavala para ordenar su expulsión del territorio nacional. El poeta-riño Rubén Darío, les hará también blanco de sus afiebrados poemas liberales, como aquél intitulado *El Jesuita*, que escribió de su puño y letra en su cuaderno primigenio *Poesías y Artículos en prosa* (León, julio 10 de 1881).

La presencia de Rubén en el nuevo Instituto fue breve. Una riña sin importancia con su primo Pedro le hace perder la beca financiada por su tío, don Pedro J. Alvarado. Retirado del Instituto, Darío frecuenta, durante un breve período el Colegio de San Fernando, regentado por el Dr. José Roza Rizo, donde vuelve a encontrar a su amigo José Madriz. Por esa época asiste también, con Luis H. Debayle y otros jovencitos, a un cursillo de Lógica que imparte el ya entonces Licenciado Felipe Ibarra. El texto empleado es la sección de Lógica del famoso libro *Filosofía elemental*, del filósofo español, muy en boga entonces, don Jaime Balmes.

El prestigio de Rubén se acrecienta, especialmente en los medios liberales. Un grupo de diputados de este partido, encabezado por don José Dolores Gámez, estima que el joven poeta debe tener la oportunidad de estudiar en Europa. A tal efecto, presentan una propuesta para que el Congreso de la República le otorgue una beca en España. La propuesta no tuvo éxito por la impresión desfavorable que las cien décimas del poema *El Libro* dejaron en el ánimo del entonces presidente del Congreso, don Pedro Joaquín Chamorro Alfaro. El jovencito Rubén dice en este poema, de clara inspiración liberal, *que al enemigo implacable del libro se le puede ver sobre el alto Vaticano con una estola en el cuello y el Syllabus en la mano*. Y a Jesús le dice, en otra décima:

... Yo contemplo
 que hoy es ¡nada más! tu templo
 un gran taller de indulgencias.
 Y en un arrebato de entusiasmo grita:
 ¡Abajo la beatitud!
 ¡Abajo la aristocracia!
 ¡Abajo la teocracia!
 Por todas partes resuena
 de dulce cadencia llena
 la voz de la democracia.

Estos, y otros versos no menos exaltados, no fueron gratos a los oídos de los diputados conservadores de los treinta años. La beca para ir a Europa se transformó en la promesa de una modesta ayuda para que *l'enfant terrible* concluyera sus estudios de secundaria en el Instituto de Granada. "Hijo mío —dicen que le dijo don Pedro Joaquín— si así escribes ahora contra la religión de tus padres, ¿qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores?"

Para entonces Rubén ya ha advertido que los cursos sistemáticos y la asistencia puntual a clases, no es para él, no se avienen con su temperamento. Además, él está muy lejos de ser un alumno aplicado. Carece de la disciplina necesaria para atender las explicaciones de los profesores y cumplir con los deberes escolares. También tiene dificultades con las matemáticas. "El binomio de Newton, nos precisa don Edelberto, no ha logrado colarse en su cerebro, y por este y otros puntos del programa de estudios su afición académica desaparece. Los exámenes han probado su incapacidad para las matemáticas y en general para las ciencias. Decididamente renuncia a seguir estudios regulares académicos. Tiene que ser autodidáctico, tiene que bastarse a sí mismo para hacerse una cultura. Dichosamente está dotado de una memoria asombrosa y de una capacidad de asimilación rápida. La lectura es el único método que adopta para el conocimiento de autores, escuelas y sistemas. Lo demás lo hará la experiencia".³⁸

Pese a su limitada formación escolar, Rubén Darío tuvo otra experiencia en relación con la educación formal. En algunas oportunidades,

y por períodos igualmente breves, fue profesor de Gramática y Literatura, si bien en una de esas oportunidades lo fue por orden del Presidente de El Salvador, Rafael Zaldívar, quien de esta manera deseaba alejarlo del hotel salvadoreño donde se hospedaba. Allí cometió la imprudencia de enamorar a una bella artista, que gozaba de los favores presidenciales. El Instituto donde Rubén fue recluido, por orden de su protector, fue el Instituto de Varones de San Salvador, donde impartió clases de Literatura.

El hecho de que Rubén fuera displicente en cuanto a sus estudios escolares dió pie a que en una oportunidad, y como represalia por unos artículos que había publicado en *La Tribuna* en contra del gobierno, se le procesara por vago. Juan de Dios Vanegas narra así el incidente: “En ese tiempo el Alcalde de Policía trataba de corregir a la juventud decidiosa sin distinción de clases. Se levantó la instructiva, declaró un togado diciendo que no conocía al joven Darío; que había oído decir que era poeta y que como para el declarante poeta es sinónimo de vago, declaraba que Darío lo era. Este se presentó con una constancia del director del colegio La Independencia, demostrando que era profesor de gramática y todo terminó. El Alcalde le tomó cariño al poeta, se hacía acompañar de él en sus visitas a las escuelas y lo nombró profesor de una escuela nocturna de artesanos. Rubén estuvo poco tiempo, siempre dado a la fantasía y a los versos”.³⁹ En el Museo Archivo Rubén Darío de León, se conserva el original del expediente levantado en este singular proceso contra Darío, donado por el Dr. Nicolás Buitrago Matus.⁴⁰

En varias ocasiones, el joven Rubén fue invitado a participar en actos escolares para dirigir saludos a los alumnos, o para declamar sus ya muy apreciados versos. Rubén aprovechó esas oportunidades para exponer sus primeras ideas en torno a la educación. Así, el 21 de noviembre de 1890, estando el poeta en Guatemala fue invitado a pronunciar un breve discurso en la velada de fin de año escolar de los colegios La Esperanza y Santa Catalina de dicha ciudad. En su ensayo sobre *Rubén Darío y la Educación*, el Profesor Torres reproduce el texto de este discurso publicado en el *Diario de Centro América*, de Guatemala.

En su breve alocución, Darío exalta ante los niños la importancia de la lectura: ¡Qué triunfo saber leer! ¡Qué triunfo, conversar en los libros

con los sabios de los tiempos antiguos, con los profetas que sintieron el soplo de la divinidad, con los poetas que escribieron los cantos de las batallas épicas a que asistían los dioses de las edades viejas! De modo que al abrir un volumen, os sale a recibir un anciano amable, ciego y sereno, y os cuenta en versos armoniosos, amores y combates que aparecen ante vuestros ojos, conmovedores y reales; y conocéis a un Aquiles, de ligeros pies, a una Hécuba, sollozadora; a un Néstor, que hace brotar las palabras de oro sobre la barba blanca, seres, en fin, niños míos, que os pondrán en vuestras almas un temblor divino. Aprendéis a amar la belleza, resplandor extrahumano; la verdad, cadena de que pende el universo, y el bien, azul del cielo y miel del mundo".⁴¹

También en San José de Costa Rica se le hizo a Rubén un encargo de naturaleza educativa. Recién casado con su primera esposa, Rafaelita Contreras, Rubén tuvo que huir de El Salvador, a raíz del traidor golpe de Estado de Carlos Ezeta en contra del protector de Darío, el Presidente General Francisco Menéndez. Tras una breve estadía en Guatemala, llega Darío a Costa Rica. "Un Ministro, nos dice don Edelberto, seguramente supuso que Rubén Darío debía saber preceptiva literaria y demás materias atañentes a la literatura, y también de otras cosas, y lo nombró delegado oficial al Colegio de Señoritas de Sión para presenciar los exámenes y rendir un informe. En ese colegio, regentado por religiosas, se educaban las hijas de los que en San José poseían el poder y la fortuna, las familias patricias, que dicho sean de paso, tuvieron siempre por norte de su actuación el bien público, como a la sazón se decía. El delegado redactó un informe elogioso para las monjas, uno de cuyos éxitos era que sus alumnas hablaban bien el francés y que podían comentar así una oración de Bossuet como una oda de Hugo".⁴²

Por esa época, y en saludo a su amigo don Antonio Zambrana, patriota cubano y maestro de juventudes, Darío escribe una semblanza que trasciende la persona de Zambrana y es una semblanza del maestro ideal: "Bienvenido sea el maestro; bienvenido sea el que lleva por donde va la armonía de la palabra; el que hace que triunfen las ideas grandes y nobles, el que levanta el espíritu de la juventud, el que educa y deleita; el que es fuerte y blando, ya el león, ya el panal de la Biblia".⁴³

El último contacto de Rubén con la educación formal tuvo lugar, años después, en Valparaíso, Chile. Ahí, según lo afirma el propio Rubén en una carta dirigida al amigo que le había aconsejado viajar a Chile, el general Juan Cañas, asistió como oyente, por varios meses, a la Universidad. Se inscribe en el curso de Derecho Público e Internacional, que impartía don Jorge Huneeus, con la mira, dice, "de servir de algo positivo a mi patria".⁴⁴

Esta fue toda la educación sistemática o formal que recibió Rubén: una primaria de tres grados y una secundaria incompleta. Su formidable formación literaria y cultural la adquiriría gracias a su férrea vocación de autodidacta.

RUBEN DARIO, GENIAL AUTODIDACTA

En el breve discurso que el joven Darío pronunció en el acto escolar de fin de curso que antes mencionamos, Rubén hizo a los niños esta pregunta "¡Oh, niños! ¿Sabéis acaso las alturas a que podéis llegar si esas letras del abecedario se convierten en águilas gloriosas que os eleven sobre sus alas más allá del amor de los astros?" La mejor respuesta a esa pregunta fue la experiencia personal del propio Darío, quien supo llegar a las más altas cimas sobre la base de una tenaz voluntad autodidacta y de un ilimitado amor por la lectura, ejercido en todas las etapas de su vida e iniciado desde temprana edad.

Como bien afirma Charles D. Watland, en las conclusiones de su excelente trabajo *La Formación Literaria de Rubén Darío*: "Darío se preparó para su oficio de poeta. En muchos aspectos no tuvo sentido práctico, pero aprovechó toda oportunidad a su alcance para ampliar su educación literaria. Asimiló los conocimientos de amigos, tales como José Leonard, Modesto Barrios y Antonino Aragón en Nicaragua, Gavidia en El Salvador y Pedro Balmaceda en Chile, entre muchos otros. Pero primordialmente, leyó todo libro que pudo conseguir. Tuvo la suerte de tener a su disposición la escogida Biblioteca Nacional de Nicaragua, donde encontró no sólo las obras maestras de la literatura española, clásica y moderna, sino también

de la literatura francesa. Las bibliotecas privadas de sus amigos, en Nicaragua, habrán sido fuente de algunas de sus lecturas. En Chile, en el hogar de sus amigos, encontró todas las últimas obras de la literatura europea. Su anhelo de acrecer sus conocimientos, lo llevó a leer todo libro que llegaba a sus manos. Y fueron muchos . . . Este estudio ha demostrado que exigió una inmensa cantidad de duro esfuerzo formar al gran poeta que Darío llegó a ser. Los cuentos acerca de su vida bohemia son engañosos. Al resaltar las horas de intensa diversión y esparcimiento, ignoran las muchas horas de intensa actividad mental, esenciales para su labor creadora, así como las horas necesarias para la paciente recolección de su materia prima, sin la cual ninguna construcción creadora puede comenzar".⁴⁵

La lectura y el ejercicio del periodismo, oficio del cual vivió cerca de treinta años, fueron las dos grandes fuentes de formación autodidacta de Rubén.

Se ha dicho, y con mucha razón, que la Biblioteca Nacional de Nicaragua, fundada en 1882 por el Presidente conservador progresista Joaquín Zavala, fue la verdadera Universidad de Darío. Se sabe que los cinco mil volúmenes fundadores de la Biblioteca Nacional, de los cuales se conservan aún varios centenares pese a los incendios, guerras civiles y terremotos que han golpeado tan duramente a nuestra sufrida Biblioteca, fueron seleccionados en España por don Emilio Castelar. Fue precisamente para la inauguración oficial de esta Biblioteca que Rubén escribió las cien décimas de su poema *El Libro*, pero que no fue leído por Rubén el propio día de la inauguración (1 de enero de 1882) sino posteriormente, el día 24 y ante el Congreso de la República, con motivo de la apertura de sesiones de éste, suceso desafortunado que hizo a Rubén perder la oportunidad de continuar sus estudios en Europa.

El primer Director de la Biblioteca Nacional fue el General y doctor don Miguel Brioso Iglesias, de origen salvadoreño. Le sucedió en el cargo el doctor Modesto Barrios, amigo de Rubén, quien en 1884, cuando el poeta tenía apenas 17 años, le incorporó con un modesto sueldo al personal de planta de la Biblioteca, cargo que conservó cuando el poeta Antonino Aragón, también amigo de Rubén, sucedió a Barrios en la Dirección de la misma. Más que una oportunidad de trabajo, la incorpora-

ción del joven poeta al personal de la Biblioteca dio a éste la gran ocasión de dar rienda suelta a su voraz pasión por la lectura.

Sobre la permanencia de Rubén en la Biblioteca Nacional, el Profesor Torres nos narra lo siguiente: "La Biblioteca había sido enriquecida con la estupenda Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira y la Biblioteca Clásica, de Luis Najarro, ambas publicadas en Madrid. Rubén, lee todos los prólogos de la serie de clásicos y muchas de las obras, y muchos también de los autores greco-latinos. La Biblioteca es su única escuela de humanidades y la aprovecha al máximo . . . Una profunda comprensión de la importancia de poseer un vocabulario rico, induce a Rubén a estudiar el Diccionario de la Academia Española y memorizar las voces que por intuición reconoce que deben ser parte infaltable del léxico de un escritor".

—Don Antonino ya me sé el Diccionario.

—¿Cómo es eso?

—Sí, que ya me lo sé de memoria; pregúnteme cualquier palabra.

—Veamos, Rubén.

"El poeta reproduce literalmente las acepciones de todas las palabras que Aragón le pregunta, abriendo el Diccionario al azar varias veces. Muchos años más tarde éste dirá a su hijo: ¡Qué memoria la de Rubén, Dios Santo! Se aprendió de un cabo al otro el Diccionario entero. Después acomete el *Diccionario de Galicismos*, de Rafael María de Baralt, y pronto queda ingurgitado por su portentosa memoria. La lectura de los clásicos castellanos ocupa sus mejores horas; penetra por todos los meandros del estilo de los grandes maestros del Siglo de Oro; para mientes en los más íntimos detalles de los metros usados desde los primitivos hasta los románticos, y juzga, mide y sopesa los valores que desfilan ante sus ojos ávidos. Se detiene en Góngora más que en ningún otro . . . Este curso de literatura castellana le deja un rico saldo de conocimientos y de buen gusto; también lee con delectación los autores franceses: Musset, Gautier, Delavigne, Vigny, y sobre todo el enorme Hugo, que son pan espiritual de su alma hambrienta de belleza. Hugo más que ninguno, a pesar de Quevedo, de Góngora, de Calderón, de todos . . . De los muchos autores franceses que están representados en la Biblioteca Nacional, a quien más ha leído, des-

pués de Hugo, es a Teófilo Gautier, a quien considera el primer estilista del siglo y quien le trasmite el dulce dogma del amor a la belleza . . .”⁴⁶

Por esa época, y aprovechando la circunstancia de que el Director de la Biblioteca, don Antonino Aragón, es también profesor de francés, inglés e italiano y buen conocedor del latín, Rubén se inicia en el estudio serio del francés, del inglés y un poco de latín. Acomete, junto con su profesor, la traducción de varios textos franceses, entre ellos uno de su siempre admirado Víctor Hugo.

Una pregunta que muchos se hacen se refiere a los idiomas que Darío llegó a dominar. Ernesto Mejía Sánchez, en su ensayo *Las Humanidades de Rubén Darío*, sostiene que hay opiniones contradictorias en cuanto a su dominio de otros idiomas: Don Ramón María del Valle-Inclán, por ejemplo, aseguraba al Dr. Julio Torri, durante su segunda visita a México, que solamente tres escritores de lengua española sabían pronunciar el latín a la perfección: Menéndez Pelayo, Rubén Darío y el propio Valle-Inclán, y debían, precisamente, a ello su gran habilidad versificadora.

Oswaldo Bazil, amigo dominicano de Darío, se expresa en cambio así: “No tuvo (Darío) facilidad para aprender idiomas. No habló ni escribió bien ningún idioma extranjero. Se defendía nada más que regularmente con su rudimentario conocimiento del francés, del inglés, del latín y del italiano. El que mejor leía era el francés. Después de veinte años de vivir en París y leer clásicos y modernos franceses, no pudo adquirir el acento parisiense ni soltura al hablarlo”.⁴⁷

Hay quienes sostienen que fue el Profesor José Leonard quien inició a Darío en el estudio del francés. Otros sostienen que fue el Dr. Modesto Barrios, quien traducía a Gautier, según el propio Darío. Y también quienes atribuyen ese mérito a Antonino Aragón. No importa mucho quien haya sido, pues la verdad es que la mayor parte de sus conocimientos idiomáticos los adquirió por su propio esfuerzo, llegando a leer y traducir el inglés, el italiano, el portugués y el catalán.

Si bien el propio Rubén alguna vez dijo que su francés era precario, de seguro se refería al francés hablado, puesto que su capacidad para leerlo y escribirlo era bastante aceptable, incluso antes de su viaje a Chile en 1886. Tal es el testimonio de su amigo, el escritor y periodista

mexicano Ricardo Contreras, quien por entonces residía en Nicaragua: "Salió de Nicaragua, asegura Contreras, sin haber concluido ni los estudios preparatorios aunque sabiendo a la perfección el idioma francés, por su afición a leer las obras francesas de la Biblioteca de Managua".⁴⁸

A quienes han puesto en duda el dominio de Darío del francés, Luis Alberto Cabrales los refuta señalando que los matices delicados de una lengua no pueden ser asimilados "sin un conocimiento, no superficial, sino bien a fondo y a lo largo". Y nadie como Rubén conoció mejor los matices de la lengua francesa, con los cuales precisamente renovó la lengua española.⁴⁹

Pese al hecho de que Rubén viajó a Chile, a los diecinueve años de edad, sin haber concluido siquiera los estudios de nivel medio, su preparación literaria era, para entonces, extraordinaria, gracias a su enorme esfuerzo autodidacta y al estímulo de amigos como los ya mencionados: Modesto Barrios, Antonino Aragón, Francisco Contreras y otros. A éstos debemos agregar el nombre de Francisco Gavidia, quien durante la primera visita del joven Darío a El Salvador (1882), llama su atención sobre las posibilidades del verso alejandrino francés, susceptible de enriquecer la armonía del monótono alejandrino español mediante una distinta distribución de los acentos y cesuras.

Quien desee estudiar en detalle el proceso de la formación dariana en la literatura francesa lo podría hacer en la obra del profesor norteamericano Erwin K. Mapes: *La influencia francesa en la obra de Rubén Darío*, escrita originalmente en francés como tesis para optar al doctorado en letras por la Universidad de París (1925), y traducida al español con motivo del Centenario de Rubén Darío por el Profesor Fidel Coloma (1966-1967), quien también tradujo la obra clave del Dr. Watland sobre la formación general literaria y cultural del poeta (*La Formación Literaria de Rubén Darío*, 1967).

El académico Eduardo Zepeda-Henríquez, en su ensayo *La formación francesa de Darío en la Biblioteca Nacional*, asegura que la "Biblioteca Nacional de Nicaragua fue la primera escuela de Modernismo de Darío, y no la biblioteca del periódico chileno *La Epoca*, ni la de Pedro Balmaceda Toro, en el Palacio de la Moneda, de Santiago."⁵⁰

Para cerrar esta sección, nada mejor para describir el autodidactismo de Darío que el siguiente párrafo del Profesor Fidel Coloma: "Darío

adquiere sus conocimientos a través de los libros. También a través de periódicos y revistas . . . Pero es a través del contacto directo, con los viajeros que llegaban o en los viajes que él mismo realizó como adquirió experiencias que para él tuvieron el carácter de directamente vividas . . . Lo cierto es que sus amigos le reprochaban tempranamente su conducta displicente. A algunos les parece que no trabaja, que vive en las nubes, en forma errática. Sin embargo, Darío trabaja, estudia, crea. Pero de acuerdo con sus propias normas, sus propias disciplinas, imperceptibles para los demás. Muchos de sus repentismos serán producto de esa labor silenciosa, realizada como en sueños, fuera de este mundo. Es un laborioso, pero a su manera. Esta es otra de sus características que desconcertará siempre a sus contemporáneos".⁵¹

EL PENSAMIENTO PEDAGOGICO DE RUBEN DARIO

No obstante, que el poeta se proclamó alguna vez el ser menos pedagógico de la tierra,⁵² Rubén tuvo un concepto muy claro de la importancia de la educación y de lo que significa para un país ofrecer a sus ciudadanos una buena educación. Cualquiera podría suponer que un autodidacta de la talla de Rubén, que logra un altísimo nivel de cultura general y literaria por su propio esfuerzo, podría sentir menosprecio o, al menos cierto escepticismo en relación con los sistemas formales de educación. No fue ese el caso de Rubén. Sin ser un especialista en las Ciencias de la Educación, supo juzgar los aciertos y debilidades de los sistemas educativos que analizó en sus escritos y tuvo siempre en muy alta estima el papel de la educación para el desarrollo de un pueblo.

En diversos artículos y poemas, Darío expuso sus ideas en torno de la educación, de suerte que puede afirmarse con propiedad que existe un pensamiento pedagógico dariano. La primera apología de la educación (el Saber) la hizo Rubén a los catorce años, en las décimas que leyó con motivo de la inauguración de la Escuela nocturna para obreros, en el barrio de San Sebastián de León de Nicaragua (1881). Oigamos una de esas décimas:

*Pues ya el pobre labrador
que allá en los campos habita,
recibe la luz bendita
de un sol regenerador.
El saber fecundador
derrama aquí luces bellas
que conviértense en estrellas
y, con resplandor divino,
dejan luz en su camino
y claridad en sus huellas.*

En 1884, en una de las cuartetos intituladas *El sol de la educación*, dedicadas a una maestra del Colegio de Señoritas de Granada, Rubén dice:

*¡Maestra! Después de Dios
y de nuestros padres, que
nos brindan vida y fe,
lo debemos todo a vos.*

En el elogio que escribió en San José de Costa Rica del maestro y patriota cubano Antonio Zambrana, del cual ya insertamos antes algunos párrafos, Darío incluye una especie de ética del maestro, cuando sostiene que el maestro debe enseñar la bondad de la vida. Y agrega: “un maestro de seco corazón no puede ejercer el magisterio, ni podrá ejercerlo tampoco si careciese de otras virtudes cardinales como el entusiasmo y la intención pura”. Y finaliza anatematizando al mal maestro: “¿Y a quién y por quién entusiasmarse sino por la juventud? Cuando el talento empieza a florecer es cuando necesita riegos de aliento. Maldito sea aquél mal sacerdote que engaña o descorazona al catecúmeno . . . Quien no anima al joven que se inicia, anatematizado sea”.

Nuestro maestro por antonomasia, el profesor Edelberto Torres califica estos conceptos de Darío como un bello evangelio de acción docente y agrega: “Ojalá cada maestro lo escribié en su diario pedagógico, lo grabáse en las células grises que primero despiertan cada día,

y que lo tuviese presente cada vez que está enfrente de un niño o de un joven".⁵³

No fue ajeno a Darío el concepto de educación integral, resumido en el antiguo aforismo *Mens sana in corpore sano*. En un artículo publicado en Chile, Rubén escribió: "En el actual sistema de educación que se sigue entre nosotros es de aplaudirse que se procure el ensanche de la fuerza física al par que el de las facultades intelectuales. Un gimnasio es tan útil a un niño que puede darle hasta la vida. Para la educación de hombres y mujeres es incalculable el bien que produce. Después del libro, el aro de goma, o el trapecio, o el salto. Así morirá la anemia en las niñas, que empiezan a recoger las rosas de la pubertad, y no saldrán hombres raquíuticos ni neuróticos de entre aquéllos adolescentes que se robustezcan en los ejercicios".

Cuando se lee lo que Rubén escribió a propósito de los niños no puede menos que reconocerse que Rubén llevaba en su alma la vocación del maestro. Y si bien no siguió la carrera del magisterio, fue un Maestro, así con mayúscula, en el sentido de un elevado magisterio estético, literario y cívico. Él, que fue un niño de hogar precario, que no disfrutó de la ternura de sus padres naturales, que tampoco pudo disfrutar de los goces de la paternidad por mucho tiempo, fue, sin embargo, capaz de escribir sobre los niños, con ternura similar a la de un maestro de larga trayectoria docente. Oigamos: "Los que no han tenido la desgracia de ver su hogar vacío, los que saben del encanto de los labios infantiles y los ojos angelicales, azules o negros, esos saben la emoción intensa que despiertan en nuestros corazones las miradas y las sonrisas de los niños. Porque en todos los climas, en todos los tiempos, en todos los países, los niños son iguales, son flores de humanidad".

Con palabras de auténtico pedagogo nos advierte del peligro que representa recargar a los niños de conocimientos antes de la edad apropiada y únicamente por el afán de los padres de mostrarlos como niños prodigios o excepcionalmente inteligentes: "No olvidaré nunca, dice, a un muchachito demasiado despierto, de una familia hispanoamericana, que, delante del papá y la mamá me salió con esta embajada: ¿Qué piensa usted de los versos de Verlaine? —Me dieron ganas de tirarle de las orejas—. . . . Los frutos que se anticipan a su tiempo, o que, por manejos y

artes de horticultor, precipitan su madurez no son buenos al paladar. En las almas pasa lo propio. La excesiva precocidad, en talento como en crimen, no puede sino ser degeneración. Debe afligirse un padre ante el espectáculo de un retoño que se hace árbol antes de tiempo”.

“Lógico es —nos dice el profesor Torres—, que quien amara a los niños, pensara en los libros propios para ellos, esos instrumentos didácticos, que, además, deben ser educativos. Posiblemente, deseaba evitar que los niños sufrieran la indigestión libresca que él sufrió”, agrega don Edelberto, y que cuenta en su *Autobiografía*. “Importa mucho —escribe Rubén—, no ofrecer a los niños libros ridículos y cromos con vulgaridad grosera”, pues recuerda que la diversidad y la gracia del espíritu de los hombres las hacen las lecturas y las visiones de los primeros años. En cuanto a los juguetes, en un artículo publicado bajo el título *A propósito de Mme. Segur*, incluido en su libro *Todo al vuelo*, Darío lamenta que: “A los niños se les arme de sables y se les presente como precioso y hermoso el espectáculo de la guerra, el oficio de matar alemanes, chinos o negros”.

También las canciones infantiles y la poesía para niños merecen la atención del poeta. Se entusiasma con Rafael Pombo y José Martí, que escribieron bellos poemas para niños. Hay en esas poesías una gracia abulesca que encanta a los caballeritos implumes, y que refresca la mente antes de que lleguen al binomio de Newton (que Darío nunca entendió) y los afluentes de los grandes ríos chinos. El propio Darío hizo un bello aporte a la literatura infantil. Don Edelberto nos recuerda las siguientes poesías de Rubén dedicadas a los niños: *Un soneto para Bebé*; *A Margarita Debayle*; *En el álbum de Raquel Catalá*; *La rosa niña*; *La copa de las hadas*; *Babyhood* y *Pequeño poema infantil*.

“He aquí —nos dice Rubén—, los dos principales elementos que hay que saber despertar en el espíritu infantil; la risa y el sueño, el rosal de las rosas rosadas y el plantío de los lirios azules”. Y con insistencia Darío aboga “porque no se quite a los niños nunca, jamás, los tesoros de la risa y del ensueño”. “El teórico de la Pedagogía, apunta el profesor Torres, podría comentar largamente todos los conceptos implícitos en esas palabras: la risa y el ensueño, a la luz de los descubrimientos que la sicopedagogía ha hecho en el universo del ser infantil . . . Y aunque un doctor

en Educación podría sonreírse, la pedagogía, de Rubén Darío se resume, concluye el profesor Torres, en la fórmula de educar por la belleza, y concretamente por la poesía, que obviamente es para él su expresión más cabal. Platón no lo desaprobaba. Pero no olvida que de todas suertes se debe educar para la vida y, como siempre lo dice en su idioma de poeta: Sembrar en el buen terreno virgen ideas útiles para la vida que viene y granos prácticos, pero regarlos con una lluvia clara y fresca de poesía, de la necesaria poesía, hermana del sol y complemento del pan".⁵⁴

En dos oportunidades, Darío profundizó aún más en sus ideas acerca de la educación, adentrándose, con genial intuición, en el terreno de lo que hoy se denomina la política educativa. Esas dos oportunidades fueron: a) el diagnóstico que hizo de la situación educativa de España hacia 1898, incluido en su libro *España contemporánea*; y b) los consejos que sobre la educación dio a sus compatriotas con motivo de su retorno a Nicaragua en 1907.

Enviado en 1898 por *La Nación* de Buenos Aires para observar el estado en que se hallaba España después del descalabro de la guerra con los Estados Unidos, Darío analiza la situación de España desde diversos ángulos, sin faltar la perspectiva educativa.

Lo primero que golpea al agudo observador que fue Rubén, es el increíble analfabetismo que entonces existía en la tierra de Cervantes: "La ignorancia española es inmensa. El número de analfabetos es colosal, comparado con cualquier estadística. En ninguna parte de Europa está más descuidada la enseñanza".

En seguida examina la situación del magisterio español, la que describe en párrafos descarnados: "La vocación pedagógica no existe. Los maestros, o, mejor dicho, los que profesan la primera enseñanza, son desgraciados que suelen carecer de medios intelectuales o materiales para seguir otra carrera mejor. El maestro de escuela española es tipo de caricatura o de sainete. Es el eterno mamarracho hambriento y escuálido, víctima del Gobierno; . . . El catedrático de instituto, y más aún el de colegios particulares, no está preparado para la enseñanza; cuando más, conoce vagamente la asignatura que explica; pero no penetra en la mente de los niños. El profesor, como el maestro, tienen la monomanía del dis-

curso. Todos los días hace su explicación en forma oratoria altisonante; si no tiene un libro de texto propio, no se ajusta en todo a ningún autor y obliga a los alumnos a tomar apuntes; así acaban los cursos, y la mayoría de los estudiantes no se ha enterado aún de lo que sean las asignaturas que cursaron; algunas definiciones, alguna clasificación, algún razonamiento aislado; cuatro lecciones prendidas con alfileres, que se olvidan luego, y el que tiene la suerte de salir aprobado no vuelve a pensar en aquéllas cosas. Así, el niño que salió de la primera enseñanza virgen de conocimientos elementales, sale de la segunda sin comprender las ciencias y las letras que debieron determinar su vocación y no emprende la carrera que le aconseja su instinto, sino la que sus padres le imponen por considerarla más lucrativa . . . Muchos libros, muchas horas de clases, muchas horas de estudio, mucho atiborrarse de teorías, leyes y teoremas; pero la ciencia, la verdadera ciencia, no aparece”.

Como consecuencia de semejante sistema de enseñanza los niños españoles ni siquiera aprendían a leer y escribir. Rubén advierte: “En la mala enseñanza primaria está el origen de todos los males”. Entonces Darío se atreve a formular una política educativa para la postrada España de fin de siglo: “Lo que habría que hacer en España sería formalizar la enseñanza elemental, leer y escribir correctamente, gramática y aritmética. Esta antigualla sería más que suficiente base para que luego cada cual siguiése su rumbo . . . No hacen falta reformas, ni planes nuevos, ni estudios novísimos. Lo que necesita con urgencia la juventud española es que le enseñen a leer, ¡qué no sabe!, que se mueran de una vez todos los maestros agonizantes, en cuyas manos se deshilacha, como una vieja estofa, el espíritu nacional, y que se pongan las fabulosas Cartillas en manos de hombres de conciencia, hombres que den al abecedario la importancia de un cimiento sobre el cual ha de apoyarse el edificio de la común cultura . . . Lo dice el vulgo con toda claridad: Aquí, el bachiller, el abogado, el médico, el ingeniero, el perito mercantil, el militar y el marino que llegan de veras a serlo, se hacen por sí solos, cada uno en su casa, en su hospital, en su taller, en su cuartel o en su barco; lo que estudian en el Instituto, en la Universidad, en la escuela o en la Academia, es sólo por coger el título o la estrella”.

La política educativa enunciada por Darío conserva su validez en nuestros días, especialmente entre nosotros. Nuestros niños, nuestros jóvenes y, porqué no decirlo, nuestros universitarios, no saben leer y escribir correctamente. Esto lo puede comprobar cualquier maestro, profesor o catedrático que tenga que pasar por la ingrata tarea de corregir pruebas escritas. ¡Es increíble la escasa capacidad de nuestros jóvenes para escribir correctamente! Y si nos quejamos del poco hábito de lectura de nuestra juventud, este hecho debemos asociarlo a su dificultad para leer. No leen porque la lectura no les produce deleite sino trabajo, y entonces prefieren consumir su tiempo frente a la pantalla de la televisión. Si nuestra educación primaria o básica al menos enseñara a nuestros niños a leer y escribir correctamente, sería éste un gran logro educativo y Nicaragua podría convertirse en una "República de lectores", como lo soñara Darío.

En esta sencilla revolución educativa, que Rubén proponía a fines del siglo pasado, existe un factor clave, que el genio de Darío supo intuir: los maestros. "Ellos deben ser hombres de conciencia, hombres que den al abecedario la importancia de un cimiento sobre el cual ha de apoyarse el edificio de la común cultura", en palabras del propio Darío. Y cuando Rubén dice que hasta el vulgo sabe que los verdaderos profesionales se hacen por sí "solos" está subrayando elementos que la moderna pedagogía designa como autoaprendizaje y educación permanente.

Con motivo de su retorno a Nicaragua en 1907, Darío previno a sus contemporáneos de la tentación de crear una "república de soñadores", es decir, de poetas y artistas. En los memorables discursos que pronunció en el Teatro Municipal y en la Academia de Bellas Letras de León, Darío exaltó la excelencia del arte, pero advirtió sobre la necesidad de no descuidar la producción de bienes materiales e insistió en el imperativo de la vocación: "quién nazca con su brasa en el pecho sufra eternamente la quemadura. Mas no se crea que llevar una brasa es voluntario y sobre todo grato. Los escogidos de las artes son muy pocos, y la República tiene necesidad de otras energías más abundantes para felicidad positiva de la comunidad, energías florecientes que quizás podrían torcer su rumbo engañadas por mirajes halagadores . . . Hay campo para todas las condiciones del espíritu. Vivimos sobre la tierra y de la tierra. Que la mayoría

inmensa se dedique, según las particularidades aptitudes, a las tareas de cultivar, de engrandecer, de fecundar nuestra tierra. Así tendrá el pueblo seguro su cotidiano pan”.

Y más adelante resume su pensamiento así: “En la juventud predomina la afición a las letras, a la poesía. Yo dije a los jóvenes en un discurso que eso era plausible: pero que junto a un grupo de líricos era útil para la República que hubiese un ejército de laboriosos hombres prácticos, industriales, traficantes y agricultores”(El Viaje a Nicaragua).

Darío no sólo pregona la importancia de los caminos del arte, que él sabe son difíciles y tienen “mil puntas cruentas para zaherir el alma”, sino que también señala la importancia de lo práctico, de lo económico, y de lo político. Reafirma la agricultura como base de nuestra economía cuando señala que nuestros productos naturales obtienen buenos mercados en Europa, y que el hule los obtendría mejores, si nos preocupáramos de su cultivo e industrialización: “nuestro café, nuestro cacao, nuestra caña de azúcar, nuestro caucho en la costa norte, solicitan la atención Europea, pero no con el interés que se tendría si una investigación fecunda nos ayudara para dar salida, por ejemplo, a esa Industria de Hule, que en estos momentos se levanta con preponderancia natural, gracias al impulso automovilístico”.

Aunque parezca increíble, Darío nos está diciendo, con genial visión, que debemos esforzarnos, mediante la investigación, en incorporar valor agregado a nuestros productos naturales. Casi un siglo antes que la CEPAL recomendara a nuestros países pasar de la renta perecible, basada en los recursos naturales y la mano de obra barata, a la renta dinámica, que incorpora valor agregado a los productos naturales gracias al progreso técnico, Darío había advertido que el caucho de nuestra costa Norte despertaría más interés en Europa “si una investigación fecunda nos ayudara a dar salida a esa Industria del Hule”. Bien sabía Rubén que el progreso sólo se obtiene “con la picota de la investigación en la mano”, para usar sus propias palabras.

Sabias y sensatas palabras, por cierto, de un Darío insospechado para muchos de nosotros, desconocido por las nuevas generaciones: el Darío preocupado por los problemas concretos de la hora, el Darío que es

poeta y político, es artista y estadista, es intelectual, educador y hombre capaz de comprender y de apreciar la importancia de la acción y del trabajo. Nos dice certeramente: dedíquense ustedes al arte, pero no olviden el cultivo de la tierra, la explotación de las riquezas naturales y el desarrollo de una ciencia basada en el conocimiento de la realidad natural, social y cultural del país; es decir, no descuiden la investigación científica y la producción. De haber seguido sus útiles consejos, quizás nuestro desventurado país no estaría en el vergonzoso lugar en que se encuentra: en los últimos peldaños del progreso y sumido en extrema pobreza.

Mariano Fiallos Gil nos narra lo que sucedió ese mismo año de 1907 en la sociedad de poetas leoneses *El Alba*. En aquel tiempo —y hablo del año de 1907— había una sociedad lírica llamada *El Alba*. A la venida triunfal de Rubén, el estudiante y poeta Antonio Medrano lo saludó con unos pomposos versos, que finalizaban así:

*Escuche tu armonioso verso a mi verso rudo
Mas que vibra sincero por decir tu alabanza
Bienvenido en nombre d'El Alba te saludo,
¿Qué es el Alba? Ya sabes: El alba es la esperanza.*

Rubén respondió, descorazonándoles. Les dijo que mejor se ocuparan de cosas más prácticas: “Crezca nuestra labor agrícola —aconsejó— auméntese nuestra producción pecuaria, engrandézcanse nuestras industrias y nuestro movimiento comercial bajo el amparo de un gobierno atento al nacional desarrollo. Y que todo eso sea alabado por las nueve musas nicaragüenses en templo propio”.⁵⁵

PAIDEIA EN RUBEN DARIO

Como dije al inicio de este discurso, el concepto de *paideia* va más allá de la educación. Por lo tanto, una aproximación a la *paideia* en Rubén Darío no puede limitarse a la exposición de su pensamiento pedagógico, aunque en él nos ponga de manifiesto sus ideales educativos. Necesitamos buscar

en su obra otros ideales, otros valores, capaces de contribuir, como pensaban los griegos, a la formación del carácter de nuestros ciudadanos y, de manera particular, de nuestros jóvenes.

No voy a referirme aquí a sus ideas estéticas, sobre las cuales existen ya varios valiosos trabajos, y cito de manera especial, entre nosotros, el realizado por el académico doctor Edgardo Buitrago, —*Ideas estéticas de Rubén Darío*— publicado en el número especial de *Cuadernos Universitarios* editado por la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN), para conmemorar el Centenario de Darío.⁵⁶

De antemano, debo rendir excusas a esta docta Academia por lo ambicioso de mi propósito y lo magro del resultado. Tiempo y sabiduría me han faltado. Quizá un libro futuro pueda suplir estas carencias, que por ahora os ruego dispensar.

Buscar, con humildad de simple minero, los metales preciosos que abundan en el pensamiento dariano, para guiar la educación ética y cívica de nuestros estudiantes y ciudadanos, es una tarea sumamente gratificante.

Por cierto que Darío inicia en nuestra poesía la preocupación por una *paideia*, que luego debían de continuar otros poetas, de manera particular Salomón de la Selva, quien con intención didáctica nos legó, en la segunda etapa de su creación poética, un verdadero sistema de ideales educativos para la formación integral del ciudadano. Salomón de la Selva, como lo señaló en un artículo Luis Alberto Cabrales, nos presenta en su poesía esos ideales educativos “no de un modo vago y como soñados, sino que los concreta, y más aún, en lenguaje poético llega a exponer teorías educacionales”.⁵⁷

Bien dijo, entonces, nuestro Director, don Pablo Antonio Cuadra, en una reciente exposición que “los nicaragüenses tienen en sus poetas —cuyo jefe de filas es Darío— una serie de textos para una *paideia*. Para una hermosa y original educación patriótica, humanística y cívica, en su mejor sentido civilizador”.

La *paideia* en Rubén Darío vamos a presentarla, espigando en su obra en verso y prosa, en el siguiente orden. En primer lugar, ofreceremos las referencias de Rubén a las virtudes individuales; luego sus ideales en

torno a las virtudes cívicas y sociales, y finalmente, su mensaje como el más alto intérprete de las angustias y el destino de la América hispana, sin omitir su clamor universal por la paz.

VIRTUDES INDIVIDUALES O HUMANAS

El tema de las virtudes que deben adornar al hombre, como persona, es abundante en la obra de Darío. No sería posible reproducir aquí todas las alusiones de Rubén a esas virtudes. Tenemos, necesariamente, que limitarnos a seleccionar una muestra representativa del pensamiento dariano a este respecto.

El poema en que Rubén, casi al final de su vida, resume sus ideas acerca del hombre virtuoso es precisamente el que escribió, probablemente en 1915, bajo el título *Ser Justo y Bueno*. El poema es una honda reflexión de quien sintiendo próximo el fin de su existencia, extrae de su experiencia vital el arquetipo de hombre pleno de virtudes que quizás hubiese querido ser. De raíz profundamente cristiana, el poema es un verdadero himno de amor al prójimo, inspirado fielmente en las enseñanzas del dulce Pastor. La versión que a continuación se transcribe ha sido tomada de un trabajo del académico don José Jirón Terán.⁵⁸

SER JUSTO Y BUENO

*Hemos de ser justos, hemos de ser buenos
Hemos de embriagarnos de paz y de amor,
Y llevar el alma siempre a flor de labios
Y desnudo y limpio nuestro corazón.
Hemos de olvidarnos de todos los odios,
De toda mentira, de toda ruindad,
Hemos de abrazarnos en el santo fuego
De un amor inmenso, dulce y fraternal.
Hemos de llenarnos de un santo optimismo,
Tender nuestros brazos a quien nos hirió,
Y abrazar a todos nuestros enemigos
En un dulce abrazo de amor y perdón.*

*Olvidar pasiones, rencores, vilezas . . .
Ser fuertes, piadosos, dando bien por mal . . .
Que es la venganza de las almas nobles
Que viven posesas de un alto ideal.
Hemos de estar siempre gozosos, tal dijo
Pablo, el elegido, con divina voz,
Y a través de todos los claros caminos
Caminar llevando puesta el alma en Dios.
Hemos de acordarnos que somos hermanos;
Hemos de acordarnos del dulce Pastor
Que, crucificado, lacerado, exánime,
Para sus verdugos imploró perdón.*

Para Rubén, el bien era "azul de cielo y miel del mundo" y la virtud "aliento de Dios, eco de celeste voz". En *Cantos de Vida y Esperanza* nos dice:

*Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir su mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.*

(Yo soy aquél que ayer no más decía . . .)

Aunque también está consciente de las limitaciones de la condición humana:

*. . . la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal duerme en la sombra*

(Yo soy aquél . . .)

Sabe que el hombre aunque huya del mal, éste le tiende mil trampas para hacerle caer:

*(Huyendo del mal, de improviso
se entra en el mal,*

*por la puerta del paraíso
artificial.*

(Poema de Otoño)

Más, aun cuando exalta el amor carnal, como en el poema *¡Carnel*, celeste carne de la mujer, Rubén reflexiona sobre el sentido profundo de la vida:

*La vida se soporta,
tan doliente y tan corta,
solamente por eso . . .
¡Porque en ti existe
el placer de vivir hasta la muerte
ante la eternidad de lo probable! . . .*

En su profundo poema *La Cartuja*, escrito con temblor de arrepentimiento, exalta las virtudes de los monjes que lograron derrotar las tentaciones de la carne, que para él fue causa de repetidas caídas:

*Mortificaron con las disciplinas
y los cilicios la carne mortal
y opusieron, orando, las divinas
ansias celestes al furor sexual.*

(La Cartuja)

Él sabe que la *Vida es dura; amarga y pesa*, pero también es *pura y bella*. Conoce muy bien que *la carne . . . tienta con sus frescos racimos* y que la lujuria es *madre de la melancolía*. Sufre del *espanto seguro de estar mañana muerto*, pues:

*La Muerte es de la Vida la inseparable hermana
La Muerte es la victoria de la progenie humana.*

(El Cisne)

Aunque también ha dicho:

*Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza
y después se tornará en
polvo y ceniza.*

(Poema de Otoño)

*. . . Exprimamos de los racimos
de nuestra vida transitoria
los placeres porque vivimos
y los champañas de la gloria . . .*

(Programa Matinal)

Nadie puede negar su hedonismo, su erotismo agónico, que es uno de los principios activos de su poesía, según Pedro Salinas, junto con la preocupación social y la idea del Arte y el poeta. Sin embargo, ese anhelo erótico está ligado a sus sueños de paz y eternidad:

*Todas las alegrías quieren la eternidad
Quieren la honda, la profunda eternidad.*

(El Reino Interior)

Bien dice Arturo Capdevila: "No, no es en modo alguno un arte epicúreo el de Rubén Darío. No es un arte regido por sensaciones epidérmicas. Es un arte consciente que brota del fondo mismo de la personalidad. Un arte que no pone en olvido, aunque lo parezca —superficialmente juzgado— los deberes del hombre ante la vida".⁵⁹

"Como hombre, reconocí, he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido a la eternidad".

Sin negar sus debilidades de hombre, su intento fue:

*. . . hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y aurora.*

(Yo soy aquél . . .)

Por eso su alma volaba, “entre la catedral y las ruinas paganas”,
confiado siempre en la bondad infinita de Dios:

*Jesús, incomparable perdonador de injurias,
óyeme; Sembrador de trigo, dame el tierno
pan de tus hostias; dame, contra el sañudo infierno,
una gracia lustral de iras y lujurias.*

(SPES)

Darío siempre anheló “ser digno de la alteza humana y de la bondad
divina”, hermosa divisa para todo hombre que aspire a ser virtuoso:

*Devanemos de Amor los hilos,
hagamos, porque es bello el bien,
y después, durmamos tranquilos
y por siempre jamás. Amén*

(Programa matinal)

La sinceridad fue una de sus virtudes preferidas (*si hay un alma
sincera, esa es la mía*) y uno de los principios de su estética:

*. . . ser sincero es ser potente;
de desnuda que está, brilla y la estrella.*

(Yo soy aquél . . .)

Lo sincero es lo digno de reconocimiento: “Aplaudamos siempre
lo sincero, lo consciente y lo apasionado sobre todo”.

Años después, en *Historia de mis libros* (1913), consecuente con
ese principio, Rubén dirá: “Y el mérito principal de mi obra, si alguno
tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto mi corazón al des-
nudo, el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo
interior para enseñar a mis hermanos el habitáculo de mis más íntimas
ideas y de mis más caros ensueños. He sabido lo que son las crueldades y
locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes,
calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal

inspirados, atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza. Después de todo, todo es nada, la gloria comprendida. Si es cierto que el busto sobrevive a la ciudad, no es menos cierto que lo infinito del tiempo y del espacio, el busto como la ciudad, y ¡ay! el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única Eternidad”.

Los poemas donde más ampliamente Rubén nos abre las puertas y ventanas de sus castillos internos, son sus incomparables Nocturnos, tan excelentemente analizados por nuestro colega, Dr. Julio Icaza Tigerino, en su discurso de ingreso a esta Academia.

A la sinceridad va indisolublemente ligada la autenticidad: *Sé tii mismo*: esa es la regla. Y en el Arte, a la originalidad: “Lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo, a mí”. Gran Decir.

Bien decía Rubén que la miseria sólo se combate a fondo con la justicia social. Pero también conocía las bondades que puede hacer la virtud de la caridad para mitigarlas:

*. . . en medio del tormento fatal de la miseria,
esparce su divino fulgor la Caridad.
. . . virtud es alta merced,
sacro y puro sentimiento:
dar de comer al hambriento
dar agua al que tiene sed.*

(La Virtud)

*. . . Da al humilde
consuelo, y vanidoso no te engrías,
pues tú no eres más grande que el pequeño.*

(Erasmus a Publio)

“La verdad, nos dice Rubén, es la cadena de que pende el universo”.

*Vida, luz y verdad, tal triple llama
produce al interior llama infinita.*

(Yo soy aquél . . .)

Por eso:

*La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén . . . ; ¡la caravana pasa!*

(Yo soy aquél . . .)

*Hay, no obstante, que ser fuerte:
pasar todo precipicio
y ser vencedor del Vicio
de la Locura y la Muerte.*

(No obstante)

Bien sabía Rubén que la serenidad es otra de las virtudes que deben adornar al hombre cabal, especialmente si se dedica al oficio de pensar, que según él es “de los más graves y peligrosos sobre la faz de la tierra” . . . Así, “la primera condición del pensador es la serenidad”, afirma.

Darío que fue, como vimos antes, un genial autodidacta, formado “paso a paso, ganado a puro cerebro y a puro carácter”, como él mismo dijera refiriéndose a otro grau autodidacta, recomendaba a los jóvenes el gusto por los libros: “El afecto a los libros demuestra un alma plácida y un fondo bondadoso”. La buena erudición aleja los malos sentimientos. ¡Cómo mejoraría la formación de nuestros niños y jóvenes si dedicaran a los libros al menos la mitad del tiempo que dedican a la televisión!

Pensar con nobleza, albergar nobles ideales, es una lección constante en el legado dariano:

*Mi intelecto libré de pensar bajo
bañó el agua castalia el alma mía . . .*

(Yo soy aquel . . .)

Todo lo antes dicho confirma la opinión general que sobre Darío tuvieron quienes le trataron en vida. Darío fue un hombre justo y bueno. Y ese es el arquetipo de hombre que nos lega.

Al respecto sólo voy a citar tres testimonios. Son los de don Ramón del Valle Inclán, el “gran don Ramón de las barbas de chivo”; el del Rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, y el de Salomón de la Selva.

El testimonio de don Ramón nos lo refiere Capdevila: “Era un niño, Darío. Un niño grande, inmensamente bueno. Pecados no conoció otros que los de la carne. Pecado angélico . . . , ninguno”.

Varios años después de la muerte de Darío, don Miguel de Unamuno, quien sentía que no había sido “justo y bueno” con Rubén, escribió un bellissimo elogio de Darío, que enaltece a quien Darío una vez calificó de “Maestro de meditación” y de “pensativo minero del silencio”. He aquí la opinión de don Miguel: “Era justo; capaz, muy capaz, de comprender y de buscar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz, de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban por caminos, los al parecer más opuestos a los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fue antaño Cervantes. ¿Sabía que él se afirmaba más, afirmado a los otros? No, ni esta astucia de fino egoísmo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, porque era bueno . . . Aquel hombre, de cuyos vicios tanto se habló y tanto más se fantaseó, era bueno, fundamentalmente bueno, entrañadamente bueno. Y era humilde, cordialmente humilde. Con la grande humildad que, a las veces, se disfraza de soberbia. Se conocía, y ante Dios —y hay que saber lo que era Dios para aquella suprema flor espiritual de la indianidad!— hundía su corazón en el polvo de la tierra, en el polvo pisado por los pecadores. Se decía algunas veces pagano, pero yo os digo que no lo era . . . No descansó nunca aquel su pobre corazón sediento de amor. No de amar, sino de que se le amase”.

El otro testimonio es de Salomón de la Selva, quien trató personalmente a Darío en Nueva York. Dice así: “Quienes lo conocieron y lo trataron se hacen lenguas de la bondad inagotable de Darío. Generoso, todo lo daba con inconsciencia del valor de las cosas y del dinero. Ingenuo, quien se lo proponía lo engañaba con cualquiera arte. Dipsómano desde su mocedad, porque nuestros gobiernos hacen cuanto pueden para ense-

ñarnos a embriagarnos, solía en sus borracheras descender hasta la bestialidad física, pero al recobrar el dominio de sí mismo y de sus actos, salía de semejantes trances limpio de alma y soberano de decoro, Darío era bueno". Y porque era bueno creía fervientemente en el amor:

*Amor a su fiesta convida
y nos corona . . .
. . . Y ¡ay de aquél que nunca ha sabido
lo que es amor! . . .*

(Poema de Otoño)

*Amar, amar, amar, amar siempre, con todo
el ser y con la tierra y con el cielo
con el claro del sol y lo oscuro del lodo;
Amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.*

(Amo, amas)

*En nosotros la vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!*

(Poema de Otoño)

El hombre que no ama, es incompleto.

(Del amor)

La ciencia de vivir es el arte de amar.

(Axioma)

*¡Oh, saber amar es saber sufrir,
amar y sufrir, sufrir y sentir,
y el hacha besar que nos ha de herir . . .*

(El verso sutil que pasa o se posa)

Mientras tenéis, oh negros corazones!
conciliábulos de odio y de miseria,
El órgano de amor riega sus sonos.
Cantan, oíd: La vida es dulce y seria.
. . . ¿Para qué los odios funestos
de los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?
Sí lo terreno acaba, en suma,
cielo e infierno.
Y nuestras vidas son la espuma
de un mar eterno!

(Poema de Otoño)

En el poema *Helios* a Rubén, nos dice Anderson Imbert, “la mitología le presta una figura y él la convierte en fuente de bondad y de arte”:

. . . ¡Helios! Portaestandarte
de Dios, padre del Arte,
la paz es imposible, más el amor eterno.
Dános siempre el anhelo de la vida,
y una chispa sagrada de tu antorcha encendida,
con que esquivar podamos la entraña del Infierno . . .

(*Helios*)

Rubén fue profundamente cristiano y murió en la fe católica. Si bien ideológicamente Rubén se identificó con las ideas liberales y en sus años juveniles escribió, como vimos antes, afiebrados poemas anticlericales, lo cierto es que para él la religión fue siempre un bálsamo, un alivio para sus heridas y pesadumbres.

Su primer soneto, escrito a los doce años mientras se educaba con los jesuitas (1879), está dedicado a una de las virtudes cardinales: *La Fe*, la que *En medio del abismo de la duda . . . nuestra alma inflama*.

En otro poema dice:

*dame Señor, que tenga
la llama de la fe en el pecho mío,
y dame que me venga
el bienhechor rocío
que es efluvio de amor; Dios justo y pío*
(La Plegaria)

A veces sentía que perdía la fe y exclamaba:

*Mi fe de niño ¿do está?
me hace falta, la deseo;
batió las alas y creo
que ya nunca volverá;*
(Introducción a Epístolas y Poemas)

Y en El Canto Errante exclama:

*¡Señor, que la fe se muere!
Señor, mira mi dolor.
Miserere, Miserere! . . .
Dame la mano, Señor . . .*

Indiscutiblemente, pese a la abundancia de temas paganos y carnales en la poesía rubendariana, hay también en ella, como lo advirtiera Arturo Massaso, un "resplandor místico, una exaltación del alma en su viaje al centro de sí misma":

*Si hay un alma clara, es la mía . . .
Alma, perdura en tu idea divina;
todo está bajo el signo de un destino supremo;
sigue tu rumbo, sigue hasta el ocaso extremo
por el camino que hacia la Esfinge te encamina.*

(Alma mía)

Probablemente escrito en 1907, es el hermoso poema que Rubén dedica al Creador, de gran profundidad filosófica:

*Yo bien sé que tu fe me ayuda como un báculo,
y sé que la esperanza tiene un ancla de oro, . . .
Mas el don que diste de comprender me abruma.
Es una lamparilla para noche tan vasta
como es nuestra existencia de tiniebla y de bruma.
En veces he mordido dudas candentes, y hasta
he sentido, Señor, el pavor de tu ausencia.
La culpa ha sido del misterioso destino
que hizo gustar al hombre la fruta de la ciencia,
cuya pulpa estaba hecha de veneno divino.*

(A Dios)

Tras muchas caídas y recaídas, la fe volvía a alumbrar el alma de Rubén. Y si en su juventud su instinto "montó potro sin freno" por gracia de Dios en su conciencia "El Bien supo elegir la mejor parte". La fe de Rubén se refugia en "Jesús, incomparable perdonador de injurias" y confía en su infinita misericordia para superar el horror a la muerte, "el espanto seguro de estar mañana muerto", que siempre le acompañó:

*Dime que este espantoso horror en la agonía
que me obsede, es no más de mí culpa nefanda;
que al morir hallaré la luz de un nuevo día,
y que entonces oiré mi ¡Levántate y anda!*

(SPES)

Nada mejor para cerrar esta sección, que el siguiente párrafo tomado del libro de Darío *La caravana pasa* (1902), donde sintetiza su fe en las más altas virtudes humanas: "La liberación de todos los espíritus por medio de la Verdad y de la Belleza, he ahí la verdadera salvación . . . de la tierra, de la humanidad entera. Los grandes creadores de luz son los verdaderos bienhechores, son los únicos que se opondrán al torrente de

odios, de injusticia y de iniquidades. He ahí la gran aristocracia de las ideas, la sola, la verdadera, que desciende al pueblo, le impregna de su aliento, le comunica su potencia y su virtud, le transfigura y le enseña la bondad de la vida. Y es el camino hacia lo desconocido, en busca del secreto de nuestro ser”.

VIRTUDES CIVICAS

En un artículo sobre Rubén Darío, escrito en 1941, Salomón de la Selva dice: “Es pasmoso, al releer a Darío atestiguar hasta qué punto estaba despierto su intelecto a las preocupaciones universales, a las inquietudes sociales, políticas y económicas, viéndolo y previéndolo todo con extraordinario acierto”.

A través de las últimas secciones de este discurso, podremos comprobar lo acertado de la opinión del poeta de la *Evocación de Horacio*.

Para Darío la primer virtud ciudadana es el patriotismo. En innumerables poemas y artículos Darío exaltó esa virtud, que en él trascendía el amor a su tierra natal, Nicaragua, y se extendía a Centroamérica y al continente hispanoamericano. “Hombre de varias patrias fue Rubén Darío, según su propia confesión”, nos dice Pedro Salinas. Pero nadie duda que el primer lugar en sus sentimientos lo ocupaba su *patria original*, la que le vio nacer:

*En el lugar en donde tuve la luz y el bien,
¿qué otra cosa podría sino besar el manto
a mi Roma, mi Atenas o mi Jerusalén?*

(Poema del Retorno)

A Chile, y más tarde a la República Argentina, les llamará “Segunda patria mía”, porque la primera e insustituible será siempre su pequeña Nicaragua:

Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña

(Poema del Retorno)

Desde sus primeros poemas Nicaragua estará siempre presente en su canto y en su pensamiento. Siendo un adolescente, Rubén dedicó esta décima escolar a su patria, donde afloran, a la vez, su amor a la tierra natal y su fervor por la unión centroamericana, predicada por Máximo Jerez. La décima se intitula, precisamente, *Nicaragua entre sus hermanas*:

*Rico vergel es mi suelo;
y copio, en dulces halagos,
en el azul de mis lagos
el esplendor de mi cielo.
La Unión de todas anhelo;
y humilde con altivez,
pequeña y grande a la vez,
contra toda adversidad
me escuda mi libertad
y la sombra de Jerez.*

En otro poema dedicado a Nicaragua, Rubén le ofrece a su patria todas sus ilusiones, su poesía, su esfuerzo, su nombre y su sueño: Madre, que dar pudiste de tu vientre pequeño:

*tantas rubias bellezas y tropical tesoro,
tanto lago de azures, tanta rosa de oro,
tanta paloma dulce, tanto tigre zahareño.
Yo te ofrezco el acero en que forjé mi empeño,
la caja de armonía que guarda mi tesoro,
la peaña de diamantes del ídolo que adoro
y te ofrezco mi esfuerzo, y mi nombre y mi sueño.*

Pero, sin duda, donde Rubén vierte todo su amor por Nicaragua es en el célebre *Poema del Retorno* (1907). En medio de la apoteosis del recibimiento que le tributan sus conciudadanos, tras quince años de ausencia, Rubén escribe uno de sus más sentidos poemas para expresar todo lo que para él significan Nicaragua y la ciudad que guarda los recuerdos de su infancia:

*Exprimidos de idea, y de orgullo y cariño,
de esencia de recuerdo, de arte de corazón,
concreto ahora todos mis ensueños de niño
sobre la crin anciana de mi amado León.*

Rubén vislumbra un futuro glorioso para su patria, al servicio de la humanidad, y canta las virtudes cívicas de su pueblo:

*A través de las páginas fatales de la Historia,
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria,
nuestra tierra está hecha para la Humanidad.
Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo;
pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,
y que, reuniendo sus energías en haz
portentoso, á la Patria vigoroso demuestra
que puede bravamente presentar en su diestra
el acero de guerra ó el olivo de paz . . .
. . . Mis ilusiones, y mis deseos, y mis
esperanzas, me dicen que no hay patria pequeña.
Y León es hoy á mi como Roma ó París.*

Y en el discurso que leyó en la vela organizada en su honor en el Teatro Municipal de León, la noche del 22 de diciembre de 1907, Rubén dijo a sus compatriotas sus largas saudades y sus sinceras intenciones: "Podría con satisfacción justa decir que como Ulises, he visto saltar el perro en el dintel de mi casa, y que mi Penélope es esta Patria que, si teje y desteje la tela de su porvenir, es solamente en espera del instante en que puede bordar en ella una palabra de engrandecimiento, un ensalmo que será pronunciado para que las puertas de un futuro glorioso den paso al triunfo nacional y definitivo . . . Yo quiero decir ante todo a mis compatriotas, que después de permanecer por largo tiempo en naciones extranjeras, y estudiar sus costumbres, y medir sus vidas, y pesar sus progresos, y apreciar sus civilizaciones, tengo la convicción segura de que no estamos entre los últimos en el coro de naciones que mantendrán el alma latina,

con sus prestigios y su alto valor, en próximas y decisivas agitaciones mundiales”.

Dos años después, en 1909, tras la caída del Presidente Zelaya, Rubén concluye su libro *El viaje a Nicaragua* *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical* (Madrid, 1909) con el párrafo siguiente: “Oh, pobre Nicaragua, que has tenido en tu suelo a Cristóbal Colón y a Fray Bartolomé de las Casas, y por poeta ocasional a Víctor Hugo: sigue tu rumbo de nación tropical; cultiva tu café y tu cacao y tus bananos; no olvides las palabras de Jerez: ¡Para realizar la Unión Centroamericana, vigorízate, aliéntate con el trabajo y lucha por unirte a tus cinco hermanas!”

Y, en el artículo que publica en el *Paris Journal* el 27 de mayo de 1910 dice: “Hay en este momento en América Central un pequeño Estado que no pide más que desarrollar, en la paz y el orden, su industria y su comercio; que no quiere más que conservar su modesto lugar al sol y continuar su destino con la seguridad de que, no habiendo cometido injusticia hacia nadie no será blanco de represalias de nadie. Pero una revolución lo paraliza y debilita. Esta revolución está fomentada por una gran nación. Esta nación es la República de los Estados Unidos. Y Nicaragua nada ha hecho a los Estados Unidos que pueda justificar su política. Más bien se encontraba segura, si no de su protección, al menos de su neutralidad, en virtud del tratado y de las convenciones firmadas en Washington en diciembre de 1907”.

Desde su juventud, Rubén abominó la politiquería, “ese tremendo hervidero de la pasión política que podía contaminarlo todo, incluso el arte mismo”. En un artículo escrito en 1894, refiriéndose a su protector, el Presidente de Colombia Rafael Núñez, político y escritor, Rubén escribe: “Poeta político . . . no entiendo eso; o más bien, no lo quiero entender. Yo creo que no es otro el objeto, la atmósfera, la vida de la poesía que el culto de la eterna y divina belleza; que los filósofos se ocupen del misterio de la vida y de todas las profundidades de lo incognocible; que los señores políticos se entiendan con la suerte de los pueblos y arreglen esas complicadísimas máquinas que se llaman gobiernos” . . .⁶⁰

Si bien Rubén nunca militó oficialmente en ningún partido político, ideológicamente, como hombre de su época, se identificó con

el pensamiento liberal de fines del siglo pasado, que por entonces encarnaba los ideales más progresistas. Sin embargo, es preciso reconocer que en un artículo publicado bajo el título *Unión liberal* y firmado bajo el seudónimo *Tácito* en el *Diario de Centroamérica* (Guatemala, 11 de junio de 1891), Darío escribe: “. . . Como liberal sincero propongo a mis correligionarios: que nuestro partido imite . . . a los partidos de los países adelantados en prácticas políticas”. Él mismo nos dice que nunca le interesó el activismo político. Ciertamente, no fue un político, en el sentido criollo de la palabra. Esto no significa que menospreciara la política, como preocupación ciudadana por los altos destinos de la Patria.

En el discurso del retorno (León, 1907) Rubén consideró necesario recordar a sus conciudadanos que él, alejado de las disensiones políticas, había luchado y vivido, no por los gobiernos, sino por la Patria, y agrega: “si algún ejemplo quiero dar a la juventud de esta tierra ardiente y fecunda, es el del hombre que desinteresadamente se consagró a ideas de arte, lo menos posiblemente positivo, y después de ser aclamado en países prácticos, volvió a su hogar entre aires triunfales”. Sin embargo, juzga también oportuno hacer un reconocimiento al Presidente de entonces, el General José Santos Zelaya: “. . . Y yo, que dije una vez que no podría cantar a un presidente de República en el mismo idioma en que cantaría a Halagaabal, me complazco en proclamar ahora la virtualidad de la obra del hombre que ha transformado la antigua Nicaragua . . .”

Rubén creció y se formó, ideológicamente, en una atmósfera dominada por el pensamiento liberal centroamericano finisecular, una de cuyas características era la vocación unionista, la pasión por reconstruir la patria centroamericana. El otro ingrediente, propio del liberalismo nicaragüense de entonces y que lo distingue del liberalismo de los otros países del istmo, fue la relación ambivalente con el “Coloso del Norte”, los Estados Unidos, visto, a la vez, como modelo de democracia y progreso y como potencia invasora, entrometida en los asuntos internos de Nicaragua. Esta ambivalencia es visible también en la obra de Darío y de otros intelectuales nicaragüenses.

El liberalismo de Rubén, salvo en su etapa juvenil, nunca fue radical ni se contrapuso a sus creencias cristianas. Darío logró conciliar su fe cristiana con su opción ideológica liberal, algo nada raro entre los intelectuales de su época. Su liberalismo era la expresión de su fe en el progreso, la justicia, la libertad y la perfectibilidad del hombre. La otra fuente que alimentó su pensamiento, y que indudablemente matizó su ideología política, fue su nunca desmentido cristianismo, que transforma la fraternidad liberal en el amor a nuestros semejantes, como el más alto principio inspirador de la conducta humana y social, lo que lleva a Rubén, como veremos después, a rechazar el liberalismo económico puro que se rige por leyes ciegas y a abrazar un humanismo a la vez liberal y cristiano, sintetizado en su estupenda frase: "La mejor conquista del hombre tiene que ser, Dios lo quiera, el hombre mismo".

Rubén fue un convencido unionista. Centroamérica fue siempre su Patria Grande y a ella dedicó poemas inspirados en un profundo sentimiento centroamericanista, sentimiento que se manifestó desde sus primeros versos juveniles y le acompañó a lo largo de su vida. Así, en 1885, a los 18 años, Rubén exclama, en su poema *Unión Centroamericana* (1885), dedicado al Presidente de Guatemala Gral. Justo Rufino Barrios:

*¡Centroamérica espera
que le den su guirnalda y su bandera!
¡Centroamérica grita
que le duelen sus miembros arrancados,
y aguarda con ardor la hora bendita
de verlos recobrados! . . .
. . . ¡Los pueblos tienen fe! ¿Quién no desea
la Unión de estas naciones,
obra que las eleva y endiosa?*

(Unión Centroamericana)

Y, enseguida, desfilan en el poema los próceres del unionismo:

*. . . Morazán, el guerrero
de brazo formidable*

*blandió su limpio acero
 por ella . . .
 Valle y Barrundia, un sabio y un profeta
 de la Unión Nacional . . .
 . . . Cabañas, el airoso, el aguerrido,
 de esa causa gigante fue soldado . . .
 . . . Gerardo Barrios, paladín brioso
 fue del mismo ideal . . .
 . . . Jerez, aquel grandioso alucinado,
 fue sacerdote del ideal sagrado . . .*

En 1889, al enunciar los propósitos del diario *La Unión*, que él dirigía, Rubén escribe: "Venimos a ser trabajadores por el bien de la patria; venimos, de buena fe, a poner nuestras ideas al servicio de la gran causa nuestra, de la unidad de la América Central". Para Darío, los separatistas eran "una raza de Caínes".

El 20 de octubre de ese mismo año, en el poema leído por Darío en el banquete dado por los Plenipotenciarios de Centroamérica al Presidente de El Salvador, General Francisco Menéndez, el poeta canta las bondades de la unión:

*. . . Unión, para que cesen las tempestades;
 para que venga el tiempo de las verdades;
 para que en paz coloquen los vencedores
 sus espadas brillantes sobre las flores;
 para que todos seamos francos amigos,
 y florezcan sus oros los rubios trigos;
 que entonces, de los altos espíritus en pos,
 será como arco-iris la voluntad de Dios . . .*

(Unión Centroamericana)

"Hombre de varias patrias fue Rubén Darío, según su propia confesión", nos recuerda Pedro Salinas. En ocasión de su retorno, Rubén les dijo a sus paisanos: "Viví en Chile combatiente y práctico . . . ; viví en

la República Argentina . . . tierra que fue para mí maternal, y que renovaba por su bandera blanca y azul una nostálgica ilusión patriótica, viví en España, la Patria Madre, viví en Francia, la patria universal . . . Si se ensancha el concepto de latinidad al de la antigüedad clásica, el de la cultura mediterránea, agrega Salinas, se podría llamar patria de Rubén a la latinidad. Por eso yo podría llamar a la de Rubén la patria humanística . . . magnapatria . . . La patria creada, conforme a la sed espiritual del hombre y sin otros límites que los mismos de la visión y del ensueño del ser humano . . . ”⁶¹

América y el destino de los pueblos hispanoamericanos es otro de los temas claves de la poesía dariana, particularmente después de los *Cantos de Vida y Esperanza*, que dejó sin fundamentos la rotunda afirmación de José Enrique Rodó, en su estudio crítico sobre *Prosas Profanas*: No es el poeta de América, sin advertir, como bien lo señala Torres Bodet, que “lo americano de Rubén Darío estaba precisamente en ese no querer admitir las cosas que le rodeaban, en esa inconformidad de lo conocido, en ese buscar perpetuo de escenarios distantes y voluptuosos . . . ”⁶² “A Darío le reprocharon, escribe Anderson Imbert que no era el poeta de América porque era afrancesado. Pero ese afrancesamiento era precisamente, muy americano”. Unamuno fue el primero en observarlo.

Advierte Edelberto Torres que al menos ochenta poemas de Rubén corresponden a motivos americanos, al punto que Salomón de la Selva estima que la obra de Darío es “una verdadera enciclopedia de nuestra América”. Y algo más, agregamos nosotros: de ella es posible extraer una *paideia* americana. Y Antonio Oliver Belmás observa que en un recorrido a vuelo de pájaro sobre la poesía dariana, anotó doscientas treinta voces de origen americano. “En *Cantos de Vida y Esperanza*, agrega Oliver Belmás, Rubén devuelve el guante a Rodó y se convierte en el cantor de América y España unidas”. Pedro Henríquez Ureña dice que si Darío no siempre creyó poética la vida de América, si creyó siempre que los ideales de la América española eran dignos de su poesía.

El porvenir de América es un tema recurrente en la poesía dariana desde *Primeras Notas-Epístolas y poemas* (1888), hasta en sus últimas composiciones, pasando por el *Canto a la Argentina* (1914):

*¡Salve, América hermosa! el sol te besa,
del arte la potencia te sublima;
el Porvenir te cumple su promesa,
te circunda la luz y Dios te mimas.*

(El Porvenir)

*¡Gloria a América prepotente!
su alto destino se siente
por la continental balanza
que tiene por fiel el istmo:
los dos platos del continente
ponen su caudal de esperanza
ante el gran Dios sobre el abismo.*

(Canto a la Argentina)

Darío asumió, con plena conciencia, su alta misión de poeta continental, vate por excelencia de las angustias y esperanzas de los pueblos hispanoamericanos. "El itinerario del poeta, nos dice Carlos Martín en su obra, *América en Rubén Darío*, en un principio vacilante debido a las circunstancias del momento, luego continúa desbrozando su ruta firme hasta desembocar en el contexto claro y afirmativo de lo que debe ser su misión y su mensaje. Ni excesivo hispanismo peninsular en detrimento de América, ni sujeción alguna a la política del imperialismo. Sólo la América grande, unida, democrática, con sus incontables riquezas potenciales y su espíritu vivificante y fecundo en espera del *alba de oro* que *En un triunfo de lirás* dará forma a la cultura nueva".⁶³

América, con sus miserias y sus glorias, penetró profundamente en la mente y el corazón del poeta, al grado que a su muerte Juan Ramón Jiménez pudo decir:

*Si. Se le ha entrado
a América su ruiseñor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Si. Se le ha entrado a América en el pecho
su propio corazón.*

Darío fue uno de los primeros intelectuales del continente en reconocer la riqueza del aporte indígena a nuestra cultura y fue persistente en el propósito de rescatar ese "otro lado" de nuestro ser. "Porque fue Darío, nos dice nuestro Director, don Pablo Antonio Cuadra, en su ensayo *Rubén Darío y la aventura literaria del mestizaje*: el primer valor que, en la corriente de nuestra literatura culta, no sólo señala lo indio como fuente de originalidad y de autenticidad literarias sino que proclama en sí mismo —contra todos los complejos y prejuicios de su tiempo— el orgullo de ser mestizo".⁶⁴

En su ensayo *Estética de los primitivos nicaragüenses*, Darío reconoce que nuestros indios "no desconocían el divino valor de la poesía. Gustaban del símbolo y del verso . . . Tenían la noción de la gracia . . . La antigua civilización americana atrae la imaginación de los poetas. Un Lconte de Lisle arrancarfa de la cantera poética de la América vieja, poemas monolíticos, hermosos cantos bárbaros, revelaciones de una belleza desconocida. Y el arte entonces tendría un estremecimiento nuevo".

Si en la figura del *salvaje y aguerrido* Caupolicán Darío descubre el paradigma de *la vieja raza*, en su poema *Tutecotzimi* lleva a cabo, como lo ha señalado Pablo Antonio Cuadra, "la primera incorporación del indio a nuestra poesía culta nicaragüense y esa incorporación la realiza para elaborar un mensaje contra la tiranía, la violencia y la guerra".

Con Rubén, y por Rubén, el mestizaje deja de ser considerado un estigma para transformarse en motivo de afirmación y orgullo. Y es que si en alguien el mestizaje adquiere su plena dimensión universal y nos muestra todas sus potencialidades creadoras y renovadoras es en el mestizo Rubén Darío, cuya misma personalidad tenía cierta grandeza y dignidad de enorme indio chorotega. Pero, para ser auténticamente mestizo, Rubén tenía que ser también español: *Soy un hijo de América, soy un nieto de España* . . . había dicho en su invocación a los cisnes. Y cuando se propone definirse se proclama: "Español de América y americano de España". En ambos casos, no es el indio ni el español quien canta en su poesía: es el mestizo, "el extraño pájaro tropical". "Su condición de mestizo no le impide cantar a España, hasta el punto de que los vibrantes hexámetros de su *Salutación del Optimista* están reconocidos como el homenaje mayor

hecho por la América joven a la España eterna, según la máxima autoridad de la crítica literaria española, don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Justamente, Rubén es reconocido como poeta y profeta de la raza hispanoamericana, de las *íncultas razas ubérrimas*. Los *Cantos de Vida y Esperanza* representan la más alta expresión de ese singular magisterio dariano. Hay en ellos una profesión de fe en el destino de nuestros pueblos, un nuevo evangelio de esperanza y un clamor por la preservación de nuestra independencia e identidad cultural, entonces amenazadas por el expansionismo norteamericano: “Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable), escribe en el Prefacio del estupendo libro, de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter”.

*¿Qué signo haces. oh Cisne, con tu encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes soñadores? . . .
. . . ¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?
. . . ¡Oh tierras de sol y de armonía,
aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!*

(Los Cisnes)

Y en la *Oda a Roosevelt* Rubén advierte:

*Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes . . .
Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto púnico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida*

*vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
 la América del grande Moctezuma, del Inca,
 la América fragante de Cristóbal Colón,
 la América católica, la América española,
 la América en que dijo el noble Guatemoc:
 "Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América
 que tienbla de huracanes y que vive de Amor
 hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
 Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.
 Tened cuidado, ¡Vive la América española!
 hay mil cachorros sueltos del León Español.
 Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo,
 el Riflero temible y el fuerte Cazador,
 para poder tenernos en vuestras férreas garras.
 Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!*

(A Roosevelt)

En su ensayo Rubén Darío, poeta prometeico, el académico Profesor Guillermo Rothschild nos dice que "la imprecación a Roosevelt es sin duda su mejor exaltación poética al servicio de la libertad, puesto que esta creación esencialmente combativa lo ha elevado a poeta de mayor fuerza continental, a poeta prometeico, a Héroe coronado de estrellas, a pastor de luces, a estatua, a símbolo".

En la unidad de los pueblos hispanoamericanos avizora Rubén el futuro y salvación de las ínclitas razas ubérrimas:

*Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
 en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
 ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.
 La latina stirpe verá la gran alba futura:
 en un trueno de música gloriosa, millones de labios
 saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
 Oriente augusto, en donde todo lo cambia y renueva
 la eternidad de Dios, la actividad infinita.*

*Y así sea Esperanza la visión permanente en nosotros,
¡inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!
(Salutación del Optimista)*

Lleva razón Carlos Martín cuando afirma de Rubén: “Él representa, siente y expresa a todo el Continente, con algo de latino, de ibérico, de hispano, de aborigen, de europeo, en una palabra, de mestizo americano”.⁶⁵

La otra vertiente del pensamiento dariano que cabe examinar es la referente a la cuestión social. Por mucho tiempo prevaleció entre los estudiosos darianos la idea de un Rubén poco preocupado por los problemas sociales. “En vano buscaréis en este poeta todo sentimiento de solidaridad social”, había dicho José Enrique Rodó en el mismo estudio crítico sobre *Prosas Profanas* donde sostuvo que Rubén no era el poeta de América.

Corresponde al Profesor don Edelberto Torres el mérito de haber sido el pionero en la tarea de demostrar al rico caudal de preocupación social que es posible desentrañar en la obra del poeta. Los lúcidos ensayos de don Edelberto nos muestran que Rubén, como hombre de su tiempo, fue muy sensible a los problemas sociales, que incluso conoció y padeció como experiencia vital. Afirma don Edelberto que la tesis que negaba la existencia de una preocupación social en la obra dariana fue, hasta cierto punto, alimentada por el propio Rubén. “Darío mismo, en verdad, apunta don Edelberto, daba su contribución a aquel criterio negativo, porque careciendo de convicciones políticas, más de una vez expresó su repugnancia a la democracia oliente a ajo, su gusto por las cosas aristocráticas y un temeroso respeto a las jerarquías sociales”.⁶⁶

También Pedro Salinas, en su magnífico libro *La poesía de Rubén Darío*, consagra un capítulo a la poesía social de Rubén. Y aunque sostiene que el erotismo es el tema fundamental de la lírica rubeniana, Salinas se pregunta: “No llego a explicarme, cómo a Rubén se le ha regateado, o negado, la consagración de poeta social importante, cuando se tienen a la vista tantas y tan excelentes poesías suyas, salidas de ese tema. Es más, no hay ninguno de los modos de sensibilidad social . . . que no tenga representación en la lírica de Darío”.⁶⁷

En realidad, desde sus primeras poesías, Rubén aborda temas de carácter social. Alusiones al pueblo, a los pobres, al obrero y al trabajador, son frecuentes en sus poemas juveniles.

En 1882, en su extensa *Epístola a un labriego* hace el elogio del trabajo campesino:

*... Tus penas y trabajos tan prolijos,
dente sana cosecha y mucho grano,
y calor a tu hogar, pan a tus hijos ...
... goce el trabajador del expresivo
dón que le da feraz Naturaleza,
en premio del afán en su cultivo ...
... ¡Yo te envidio, labriego! ¡Tu divisa
es la paz y el trabajo! Cuando suda
tu frente bajo el sol sin fresca brisa ...
... Quiero el contacto de tu mano amiga,
mil veces más que de opulento infame
la mano traicionera y enemiga ...
... Vive siempre dichoso, siempre oculto
a la mirada de la turba loca,
que hasta el cielo escarnece con su insulto;
sociedad sin pudor, que se derroca,
adorando el placer y la mentira,
con testa de oro y corazón de roca ...
... Los malos son los grandes, y los buenos
somos el escabel de los altivos,
siempre de dicha, de placer ajenos.
¡Dichoso tú! Conserva tus activos
miembros para el trabajo y la bonanza,
sin ser del vicio inútiles cautivos.
... Adios. Este gozar nunca lo alcanza
quien, como yo, del mundo es débil juego.
La verdadera y dulce venturanza
sólo se encuentra aquí! ¡Salve, labriego! ...*

(*Epístola a un labriego*)

En el extenso poema *Ecce Homo* que dedicó a su amigo, el poeta salvadoreño Francisco Antonio Gavidia, incluido en el libro *Epístolas y poemas-Primeras Notas*, encontramos versos como estos:

*Vosotros los de arriba, la nobleza,
poderosos tiranos,
usais mucho las uñas y las manos
y venís a quedaros sin cabeza.
¿Qué es vuestro poderío?
Tener aduladores mercenarios
que os quiten el hastío
manejando olorosos incensarios;
comer bastante y bueno,
tener el intestino bien relleno,
y vivir en el trono, en alto rango,
como el cerdo en el fango.
Obrero, eres acémila; y aguanta,
que para eso has nacido . . .
Llevas al cuello una perenne argolla;
vives con un dogal en la garganta;
no quieras levantarte: está prohibido;
come quieto tu pan y tu cebolla.*

(*Ecce Homo*)

Una hermosa alegoría sobre el yugo y la libertad es su poema *Gesta del Coso*, incluido en *Canto a la Argentina y otros poemas*, pero escrito en Guatemala en 1890, del cual transcribimos el trozo siguiente:

EL BUEY

¡Calla! ¡Muere! Es tu tiempo.

EL TORO

¡Atroz sentencia!

Ayer el aire, el sol; hoy, el verdugo . . .

¿Qué peor que este martirio?

EL BUEY

¡La impotencia!

EL TORO

¿Y qué más negro que la muerte?

EL BUEY

¡El yugo!

Nunca fue Darío indiferente a los problemas del mundo, sostiene Enrique Anderson Imbert, "los deploraba como fealdades o males, innecesarios. Cuando Darío tomaba partido elegía las buenas causas. Pero tomar partido no es tarea del poeta, decía. El poeta debe acercarse al misterio o asomarse a la belleza tranquila".⁶⁸

Aun en un libro tan parnasiano como *Azul . . .*, apareció el cuento realista *El fardo*, donde está presente el drama de la pobreza de los trabajadores portuarios de Valparaíso: *Su mujer llevaba la maldición del vientre de los pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar qué comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey . . . El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca. . . . Aquel día no hubo pan ni medicina en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado, al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio . . .*

Cabe observar que durante su permanencia en Valparaíso Darío, como empleado de la Aduana, se relacionó con los estibadores del puerto y escribió al menos dos poemas dedicados al obrero. En el primero *¡Al trabajo!* (1886) Rubén dice:

¡Oh, vosotros obreros

de hacha y espuerta, de cincel y pluma!

¡Oh, vosotros, audaces marineros

que bogáis arrullados por la espuma!
Vosotros, los que abris el surco y luego
la semilla sembráis y echáis el riego;
los que labráis la piedra, y así el duro
roble y el cedro añoso;
los que de laja alzáis soberbio muro
o palacio fastuoso;
los que arrancáis el oro de la entraña
de la fecunda tierra;
los que hacéis que resuene en la montaña
el ruido rechinante de la sierra;
pastores que lleváis al pastoreo
el rebaño que trisca y se alborota;
pensadores que el rudo clamoreo
del mal hacéis callar, oíd: la nota
sagrada de la lira del Eterno,
al resonar, suprema ley nos trajo:
¡Pereza es la palabra del Infierno;
y la palabra del Señor, Trabajo!

(Al trabajo!)

En febrero de 1889, en ocasión del aniversario de la *Liga obrera de Valparaíso* Rubén escribe su poema *Al obrero*, en el cual dice:

Canto al que es al deber fiel,
del mundo ante el crudo soplo,
con su azuela, con su escoplo,
con su lima y su cincel.

(Al obrero)

Uno de los escritos donde Rubén expresa con mayor fuerza su reclamo de justicia social es en el artículo *¿Por qué?*, escrito en 1892, del cual transcribimos los párrafos siguientes: "¡Oh, señor!, el mundo anda muy mal. La sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las

revoluciones que han ensangrentado la tierra. ¿El pez grande se come al chico? Sea; pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina, y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. Nada vale ya sino el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño eterno para el eterno matadero . . . Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre. Esos señoritos que parecen grullas; esos rentistas cacoquimios y esos cosecheros venturados, son los ruines martirizadores. Yo quisiera una tempestad de sangre; yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación, de la justicia social . . . El espíritu de las clases bajas se encarnará en un implacable y futuro vengador. La onda de abajo derrocará la masa de arriba. La Comune, la Internacional, el nihilismo, eso es poco; ¡falta la enorme y verdadera coalición! . . . Habrá que cantar una nueva Marsellesa que, como los clarines de Jericó, destruya la morada de los infames . . .”

Ante las injusticias sociales, Rubén llega incluso a denostar la democracia, o mejor dicho, el remedo de democracia que generalmente la historia les ha reservado a nuestros desventurados pueblos: “¿No se llama democracia a esa quisicosa política que cantan los poetas y alaban los oradores? Pues maldita sea esa democracia. Eso no es democracia, sino baldón y ruina. El infeliz sufre la lluvia de plagas; el rico goza. La prensa, siempre venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. Los escritores son los violines que tocan los grandes potentados. Al pueblo no se le hace caso”.

Sin embargo, Rubén fue siempre un ferviente admirador de la democracia y sabía que sólo ella puede salvarnos de las tiranías de cualquier signo:

*Temblad, temblad tiranos, en vuestras reales sillas,
ni piedra sobre piedra de todas las Bastillas
mañana quedará.
Tu hoguera en todas partes, ¡oh! Democracia inflamas,
tus anchos pabellones son nuestros oriflamas,
y al viento flotan ya.
Verá campos abiertos la multitud obrera,*

*y, quebrantando el yugo la nuca prisionera,
será Búfalo el Bucy.
Cuando se desentense el arco puesto en comba,
traerá en el pico al mundo la mística colomba
la oliva de la Paz.*

(Salmo de la pluma)

Rubén abominaba la demagogia política y el uso del pueblo como instrumento de destrucción. Así dice, a propósito de las turbas: “Eso es obra de locos corrompidos: llevar las turbas a que despedacen las puertas de los almacenes, y roben primero, y lo den todo al fuego después; conducirles a las tabernas y bodegas para que se emborrachen y así redoblen sus inmoralidades. La muchedumbre va por la calle gritando, amenazante, beoda, brutal, feroz”.

Frente al demagogo barato e irresponsable, Darío pondera al estadista: “El hombre de Estado cumplirá como bueno sus tareas, y su discreción y su conocimiento de los grandes asuntos en que había de ejercitar su pericia no han de quitarle, ni la vivacidad y frescura del ingenio, ni el pensamiento creador, ni el intelletto d’amore para su pasión artística”.

Rubén tenía un gran aprecio por la educación del pueblo y, en particular de la mujer, adelantándose en un siglo a lo que hoy es la política oficial de la UNESCO acerca de la importancia de instruir a la mujer y, en especial, a la mujer campesina: “En los tiempos modernos, escribió Darío, se ha comprendido en todas las sociedades civilizadas, la grandísima importancia que tiene la educación de la mujer, conocida su vasta influencia sobre los ciudadanos. Y bien. La ocupación y el oficio cierran a la mujer la puerta del lupanar; aumentan los matrimonios en las clases trabajadoras, y hacen que sobre el alma del pueblo pase un aire de bien que vivifica y conforta . . . La madre laboriosa hará al hijo laborioso y buen ciudadano”

Hasta de los candidatos a cargos públicos se ocupó Rubén. En un breve artículo *La comedia de las urnas*, incluido en el volumen *Crónica Política* de sus *Obras Completas*, dice lo siguiente a propósito de los candidatos, conceptos que en estos momentos adquieren entre nosotros alguna

actualidad: "No querría que se creyese por esto que todos los candidatos son farsantes. Pero juzgo que a la mayor parte les falta sinceridad. Pues yo llamo sincero a aquel que, dándose cuenta de lo que significa su mandato, no disfraza la verdad exagerando el bien, paliando y velando el mal, a aquel que no promete sino lo que puede cumplir, y que lo promete porque está resuelto a ponerlo en práctica enseguida; a aquel que lucha por un ideal. Llamo sincero, en fin, al candidato que habiendo buscado y encontrado en la rectitud de su conciencia la manera de hacer el bien verdadero al país en general y no sólo a su circunscripción, pone toda su voluntad, toda su alma, todo su ser, en transformar su programa en actos, y que si no ha hecho todo lo que ha querido, ha hecho, de todas maneras, lo que ha podido".

La paz, afirma Edelberto Torres, es un *leit motiv* en la poesía social de Darío. La paz fue un tema permanente en su canto. No debe entonces sorprendernos que casi al final de su vida, y pese a lo deteriorado de su salud, Rubén emprenda una gira pacifista, y que uno de sus últimos poemas haya sido precisamente consagrado al tema de la paz (1915):

*lo vo gridando pace, pace, pace!
Así clamaba el italiano;
así voy gritando yo ahora,
alma en el alma, mano en la mano
a los países de la Aurora . . .
Si la Paz no es posible, que como en Isaías
las ciudades revienten;
que sean de tinieblas las noches y los días;
que las almas que sienten
soplos de Dios, duerman sueño profundo
mientras que se desangra y se deshace el mundo . . .
¡Oh pueblos nuestros! ¡Oh pueblos nuestros!
en la esperanza y en el trabajo y la paz. (Juntaos
No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos,
y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.*

(PAX)

EL MAGISTERIO ESTETICO DE DARIO

Los críticos coinciden en atribuirle a Rubén un extraordinario magisterio estético, cuya influencia se advierte no sólo entre sus contemporáneos sino también en las generaciones que le sucedieron. Reminiscencias darianas, no negadas, se advierten aún hoy día entre los más importantes escritores de América y España.

Rubén fue un Maestro de arte y belleza, forjador de una nueva estética para el idioma, en cuyas fuentes siempre abrevan con provecho los hombres y mujeres consagrados al duro oficio de escribir. El Profesor Edelberto Torres afirma, con acierto, que "El atributo de educador nadie se lo negará a Rubén Darío, si educar se entiende como el ejercicio de influencias estimulantes del desarrollo espiritual".

En su brillante ensayo *Vigencia de Rubén Darío* Guillermo de Torre, se pregunta: "¿Existe una teoría estética definida, orgánica, en Rubén Darío? No, se responde a sí mismo el eminente crítico, sólo se halla de modo implícito, fragmentario, y tendría un resultado muy aleatorio intentar su articulación sistemática".⁶⁹ Y es que Darío jamás se propuso escribir un manifiesto literario. Más bien, en diferentes oportunidades, expresó claramente su voluntad de no hacerlo.

En las *Palabras Liminares de Prosas Profanas* (1896), Rubén nos dice: "Después de *Azul* . . . , después de *Los Raros*, voces insinuantes, buena y mala intención, entusiasmo sonoro y envidia subterránea —toda bella cosecha—, solicitaron lo que, en conciencia, no he creído fructuoso ni oportuno; un manifiesto". Y luego da las razones por las cuales un manifiesto suyo no sería ni fructuoso ni oportuno: a) la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente (profesores, académicos, periodistas, abogados, poetas y rastacueros); b) la falta de madurez que él percibe en la obra de los nuevos valores literarios de América, donde los mejores talentos estaban aún, según dice, en el limbo de un completo desconocimiento del mismo arte a que se consagraban; y c) (la razón más importante) Porque proclamando, como proclamo, una estética acrática, la imposición de un modelo o de un código implicaría una contradicción.⁷⁰ Más adelante agrega: "mi literatura es mía en mí, quien siga

servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea". Wagner, a Austria Holmes, su discípula, dijo un día: "Lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo, a mí". Gran decir.

Luego, en el breve Prefacio de sus *Cantos de Vida y Esperanza* (1905), reitera estos conceptos y asegura que su "respeto por la aristocracia del pensamiento, por la nobleza del Arte, siempre es el mismo. Mi antiguo aborrecimiento a la mediocridad, a la mulatez intelectual, a la chatura estética, apenas si se aminora hoy con una razonada indiferencia".

Más importante, en cuanto a la precisión de las ideas estéticas de Rubén, es el amplio Proemio que insertó en su libro *El Canto Errante* (1907), dedicado A los nuevos poetas de las Españas. El texto de este Proemio es realmente el mismo del amplio artículo que Rubén escribió para Los Lunes de *El Imparcial*, de Madrid, en respuesta a la invitación que se le hiciera para exponer sus ideas en relación con el arte y la literatura. Este texto se intituló primero *Dilucidaciones*, pasando luego a constituir el *Proemio de El Canto Errante*. Edelberto Torres, a cuya autoridad tantas veces hemos acudido, califica este Proemio como "el credo poético" de Rubén Darío, "la definición de su actitud y de su misión". "Estas dilucidaciones, agrega don Edelberto, son la exposición más completa que (Darío) ha hecho de sus ideas sobre los asuntos que más le atañen, incluso, por tanto, la forma poética".⁷¹ Si bien es cierto que la aportación teórica de Rubén Darío, en cuanto a la formulación de una nueva estética, no es muy abundante, porque él mismo se negó a hacerlo, con todo, de sus escritos es posible extraer conceptos claros al respecto, aunque es obvio que el Magisterio estético de Rubén está en su propia obra más que en los prólogos de sus libros que, en el mejor de los casos, como nos advierte Guillermo de Torre: constituyen "una explicación marginal de su propia obra, sin adentrarse a fondo en la mutación de la lírica española e hispanoamericana experimentada durante su tiempo y, en buena parte, por su influjo".⁷²

Los dos escritos donde Rubén fue más explícito acerca de su creación poética son: el antes mencionado *Proemio de El Canto Errante* y el artículo publicado, varios años atrás (1896) en *La Nación* de Buenos Aires, bajo el título *Los Colores del estandarte*, en respuesta a los comentarios que Paul Groussac escribió en su revista *La Biblioteca* sobre *Los Raros y Prosas Profanas*.

En *Los colores del estandarte* Darío confiesa que su sueño era “escribir en lengua francesa . . . Al penetrar en ciertos secretos de armonía, de matiz, de sugestión, que hay en la lengua francesa, fue mi pensamiento descubrirlos en el español, o aplicarlos . . .”⁷³ De su libro *Azul* . . . destaca, como aportes “el cuento parisiense, la adjetivación francesa, el giro galo y los ecos de Goncourt, Catulle Mendés, Heredia y Coppée”.⁷⁴

Luego, y lo más importante, Darío da una de las pocas definiciones que ensayó sobre su poética: “La poética nuestra, dice, se basa en la melodía; . . . el capricho rítmico es personal. El verso libre francés, hoy adaptado por los modernos a todos los idiomas e iniciado por Whitman, principalmente, está sujeto a la melodía. Aquí llegamos a Wagner . . .” Un poco más explícito, en las *Palabras Liminares de Prosas Profanas*, Darío se refiere a la cuestión métrica y el ritmo: “Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces”.

En el *Proemio de El Canto Errante* Darío comienza por responder a la proposición, surgida en las discusiones del Ateneo de Madrid con motivo del auge del versolibrismo, acerca de “si la forma poética está llamada a desaparecer, si se identifica la poesía únicamente con la forma poética métrica: La forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos labios de las sabrosas mozas, no desaparece bajo la gracia del sol . . . No. La forma poética no está llamada a desaparecer, antes bien, a extenderse, a modificarse, a seguir su desenvolvimiento en el eterno ritmo de los siglos. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo uno de los puros. Siempre habrá poesía, y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores . . . No gusto de moldes nuevos ni viejos . . . Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música —música de las ideas, música del verbo—. . . Los pensamientos e intenciones de un poeta son estética, dice un buen escritor. Que me place. Pienso que el don de arte es aquel que de modo superior hace que nos reconozcamos íntima y exteriormente ante la vida. El poeta tiene la visión directa e introspectiva de

la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento . . . Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra . . . Las palabras —escribe el señor Ortega y Gasset—, cuyos pensares me halagan, son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y, por tanto, sólo pueden emplearse como signos de valores, nunca como valores. De acuerdo. Mas la palabra nace juntamente con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra. Tal mi sentir, a menos que alguien me contradiga después de haber presenciado el parto del cerebro, observando con el microscopio la neurona de nuestro gran Cajal . . . Resumen: La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El don del arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del ensueño o de la meditación. Hay una música ideal como hay una música verbal. No hay escuelas; hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia”.

Y aunque Darío no se lo haya propuesto, a él le correspondió, por la influencia de su obra, encabezar el movimiento literario conocido como Modernismo, el más importante movimiento de liberación verbal e independencia cultural que hasta ahora ha producido Hispanoamérica. Sin embargo, Darío tuvo plena conciencia de su liderazgo, pues en varias oportunidades así lo reconoció. En el Prefacio de los *Cantos de Vida y Esperanza* dice claramente: “El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América, se propagó hasta España, y tanto aquí como allá, el triunfo está logrado”. Y en el *Proemio de El Canto Errante* dice: “El movimiento que en buena parte de las flamantes letras españolas me tocó iniciar, a pesar de mi condición de meteco, echada en cara de cuando en cuando por escritores poco avisados”.

VIGENCIA Y ACTUALIDAD DEL MAGISTERIO DARIANO

Se pregunta Angel Rama: “¿Por qué, abolida su estética, arrumbado su léxico precioso, superados sus temas y aun desdeñada su poética, sigue (Darío) cantando empecinadamente con su voz tan plena?”⁷⁵ La respuesta,

obviamente, la encuentra Rama en la perennidad de su incomparable poesía: "Como Garcilaso, como Fray Luis de León, lo que dijo puede no conmovernos hoy, afirma Enrique Anderson Imbert, pero la música sigue siendo irresistible".⁷⁶ "Ser o no ser como él", precisa Octavio Paz. "De ambas maneras Darío está presente en el espíritu de los poetas contemporáneos. Es el fundador".

Cuando un poeta como Darío ha pasado por una literatura, todo en ella cambia, nos enseña Jorge Luis Borges: "Todo lo renovó Darío: la materia, el vocabulario, la métrica, la magia peculiar de ciertas palabras, la sensibilidad del poeta y de sus lectores. Su labor no ha cesado y no cesará; quienes alguna vez lo combatimos, comprendemos hoy que lo continuamos. Lo podemos llamar el Libertador"⁷⁷

"Nada defiende tanto a Rubén, dice Jaime Torres Bodet, de las acusaciones de cursilería y mal gusto, que sus detractores le dirigieron, como el pudor y la sobriedad con que nos reitera, cada vez que se siente obligado a mostrarnos las heridas que la existencia le ha hecho, su confianza en el perdón ulterior, su creencia en la facultad de superación del destino humano".⁷⁸

Conocida es la polémica entre el crítico inglés, Sir Cecil M. Bowra y nuestro Ernesto Mejía Sánchez, a propósito de la vigencia de Darío. Bowra sostuvo que gran parte de la poesía de Darío ha perdido su atractivo original porque, a pesar de su técnica impecable, su excelente sentido musical y su gran vitalidad, "ésta se ocupa mucho de asuntos que ya no nos continúen seriamente y han pasado al limbo de curiosidades olvidadas". A las apreciaciones del crítico de la Universidad de Oxford, contestó Mejía Sánchez con un excelente ensayo, cuyo solo título es una afirmación del valor actual de la obra dariana: *Rubén Darío, poeta del siglo XX*. Como explica su autor, el ensayo es "un examen de buena fe, una especie de corte de caja, un balance al día de hoy, de la poesía y del hombre, para poner en claro lo vivo de ambos, lo permanente de su obra, si es que esto puede identificarse con lo clásico y con lo que la poesía actual persigue más acentuadamente". En su estupendo análisis, Mejía Sánchez sale al paso de quienes sostenían que la influencia de Rubén está liquidada porque ya nadie lo imita. Mejía Sánchez dice: "Darío y Lorca son clásicos

porque ya no se les imita; se les estudia, se les lee, como puede leerse y estudiarse a Bécquer y a Garcilaso, pero no se les imita". Y agrega: "No es por la imitación de los menores por lo que sobrevive un poeta. Un poeta vive —si se permite el retruécano— por lo que tiene de no imitable, por lo inimitable personal que tiene y lo caracteriza".⁷⁹

La renovación de la poesía castellana llevada a cabo por Darío es de tal magnitud que Pedro Henríquez Ureña afirma: "De cualquier poema escrito en español puede decirse con precisión si se escribió antes o después de Rubén Darío". Y Luis Alberto Cabrales, juzgando que las reformas de Darío no sólo incidieron en la poesía sino en el instrumento mismo, en la propia lengua, que fue así libertada de viejas ataduras, llega a decir que "de tal manera enriqueció la lengua castellana que con la misma justicia con que se le denomina lengua de Cervantes, podría llamársele lengua de Darío".

"Esta ahora, dice Arturo Torres-Rioseco en un ensayo escrito especialmente para la revista de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, en el más alto nivel de los valores artísticos: junto a Garcilaso, por su fluidez lírica y por su inmensa ternura; a San Juan de la Cruz, por la maestría psicológica con que maneja el idioma poético; a Quevedo, por la recia estructura y la perfección formal; a Fray Luis de León, por la serenidad. Y en América: único y solo". Su advenimiento fue, en palabras de Dámaso Alonso "uno de los instantes claves de la poesía española". "Sus versos, escribió José Ortega y Gasset, han sido una escuela de forja poética", criterio que corrobora Germán Arciniegas cuando escribe que Darío "enseñó a los españoles a cantar de otra manera. Tomó todo lo que había en el fondo musical de España, lo orquestó con otras músicas, y dio un sesgo nuevo a la poesía". "Con Darío, agrega Luis Alberto Sánchez, se inunda de nueva luz la poesía (prosa y verso) de América y España".

Excelso *Maestro del idioma*, Darío nos lega una lección de sinceridad, de autenticidad (*Sé tú mismo: esa es la regla*), de dedicación tenaz e inteligente a la labor creadora; un escritor que inauguró el profesionalismo en la ardua tarea de las letras y el periodismo; que se formó por su propio esfuerzo autodidacta y que, a pesar de su vida viajera y su tendencia a la bohemia, fue capaz de consagrarse seriamente a las tareas de investigación y creación artísticas; que ejerció consciente y responsablemente un

magisterio estético, cultural e incluso político a nivel continental y que dejó, como su mejor lección, una lección de modestia y honestidad intelectual en su búsqueda constante de la belleza y el ritmo.

“No sé de un hombre más hombre que Rubén Darío, ni sabrá en mucho tiempo América de mejor maestro”, asegura Arturo Capdevila.

“A la inspiración y destreza (de Darío) debe la lengua castellana, reconoce Mario Vargas Llosa, una de las revoluciones seminales de su historia”. “Porque con Rubén Darío —punto de partida de todas las futuras vanguardias— la poesía en España y América Latina empezó a ser moderna”.⁸⁰

“Darío es ese, señala Pablo Antonio Cuadra, que pone en pie el castellano para una segunda salida —aún mejor que la primera— como el Quijote. El mismo sirve de guía, de capitán: es el renovador”.

Lorca y Neruda coinciden, en el célebre discurso al alimón pronunciado en Buenos Aires, que al nombrar a Rubén Darío lanzaban sobre el mantel el nombre del poeta de América y de España.

“Surgió del idioma volando una ráfaga de alas de oro”, cantó Pablo Neruda en su homenaje a Darío escrito en 1966: . . . “y por vez primera la estatua yacente de Jorge Manrique despierta: sus labios de mármol sonrían, y alcanzando una mano enguantada dirige una rosa olorosa a Rubén Darío que llega a Castilla e inaugura la lengua española”. Concluyo este discurso, honorables señores académicos, citando una vez más a mi gran maestro dariano, el Profesor don Edelberto Torres: “Rubén Darío se encuentra en sitio del más alto rango en la poesía en la lengua española; pero no solamente como orfebre del verso, que también y ante todo como cantor de los ideales de unión, justicia, independencia y cultura de nuestros pueblos”.

Con Darío cerramos el Siglo XIX y abrimos el Siglo XX. Con Darío clausuremos el Segundo Milenio y lancémonos, inspirados en su *paideia*, al Tercer Milenio:

*en un grau volar, con la aurora por guía
adelante, en el vasto azul, siempre adelante . . .*

MANAGUA, JULIO DE 1995

NOTAS

1. Werner Jaeger: *Paideia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p.2. Años después, Jaeger publicó *Cristianismo primitivo y paideia griega*, que trata de la recepción de la *paideia* griega en el mundo cristiano primitivo. Fondo de Cultura Económica (Breviarios), 1965, México.
2. Luis Alberto Cabrales: *Paideia en Salomón de la Selva*, en EDUCACION, Revista Cultural, órgano del Ministerio de Educación Pública, Managua, Año 3, N°7, mayo de 1959, p.p. 6 a 14.
3. Edelberto Torres E.: *Rubén Darío y la Educación*, en EDUCACION, Revista Cultural, órgano del Ministerio de Educación Pública, Managua, Año 8, N°43, abril, mayo, junio, 1968 p.p. 18 a 33.
4. Advertencia en *Opiniones* (1906).
5. Arturo Torres-Rioseco: *Nueva Evaluación de Rubén Darío*, en LA TORRE, Revista general de la Universidad de Puerto Rico, Año XV, Números 55-56 en Homenaje a Rubén Darío, Enero, Junio de 1967, p.p. 121 a 131.
6. Edelberto Torres: *Ibíd.*
7. Arturo Marasso: *Rubén Darío y su creación poética*, Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1973, p.11.
8. Edgardo Buitrago: *La Casa de Rubén Darío - Influencia del medio en el poeta durante su infancia*. Editorial Alemana, León, Nicaragua, 1966, p.p. 3 y 4.
9. Fidel Coloma González: *Introducción al estudio de Azul...*, Editorial Manolo Morales, Managua, 1988, p.29.
10. Mariano Fiallos Gil: *León de Nicaragua, campanario de Rubén*, Editorial Hospicio, León, 1958, p.10.
1. Rubén Darío: *Autobiografía*, Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, 1962, p.15.
12. Edelberto Torres: *La dramática vida de Rubén Darío*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1982, p.30.
13. Rubén Darío: *Autobiografía*, etc., p.19.
14. Alfonso Valle: *Recuerdos de la Infancia de Rubén Darío*, Biblioteca Popular de Autores Nicaragüenses, Ediciones del Club del Libro Nicaragüense, Managua, 1962, p.43.
15. Juan de Dios Vanegas: *Nacimiento y Primera Infancia de Rubén Darío*, Biblioteca Popular de Autores Nicaragüenses, Ediciones del Club del Libro Nicaragüense, Managua, 1962, p.20. En su libro *El viaje a Nicaragua e interneezo tropical* (1909) Darío incluye un párrafo (página 66), en que alude a su maestro Felipe Ibarra. Dice así: "Y hay quienes en Nicaragua se han dedicado a la tarea de estudiar el idioma, y que merecen el título de miembros correspondientes de

la Real Academia Española tanto como el Sr. Guzmán. Me refiero al señor Fletes Bolaños; á un poeta honesto y sensitivo: mi antiguo maestro Felipe Ibarra; á un concienzudo é infatigable minero de las minas clásicas: Mariano Barreto”.

16. Ibidem, p.16.
17. Edelberto Torres: Op. cit. p.33
18. *Autobiografía*: p.21. *La Biblia se conserva en el Museo-Archivo Rubén Darío* (en la Casa de Doña Bernarda, en la ciudad de León). Es una edición bilingüe, de latín y español, en diez tomos, de los cuales sólo falta el décimo de Rubén. Está impresa en un tipo muy pequeño, con fecha de 1858, por *Librería Española* de Madrid y Barcelona. Es la conocida traducción del *Ilustrísimo Don Felipe Scío de San Miguel, revisada por el Ilustrísimo Don José Palau*. Edgardo Buitrago: Op. cit. p.15.
19. Juan de Dios Vanegas: Op. cit. p.17
20. *Autobiografía*: p.30.
21. Ernesto Mejía Sánchez: *Cuestiones Rubendarianas*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1970, p.p. 142 y 143.
22. *Autobiografía*: p.p. 14 y 15.
23. Edgardo Buitrago: Op. cit: p.p. 12-14.
24. Alfonso Valle: Op. cit. p.28
25. Juan de Dios Vanegas: Op. cit. p.19. Edgardo Buitrago sostiene que el escritor granadino, don Anselmo Fletes Bolaños, atribuye el descubrimiento de Rubén a otro contertulio de doña Bernarda, el doctor Rosa Rizo. E. Buitrago: Op. cit. p.52.
26. Juan de Dios Vanegas: Ibidem.
27. *Autobiografía*: p.p. 15 y 16.
28. Edgardo Buitrago: Op. cit. p.28.
29. Rubén Darío: *Autobiografía*: p.15.
30. Edelberto Torres: Op. cit. p.p. 24 y 44.
31. Edgard Faure: *Aprender a ser*, UNESCO - Alianza Editorial, Madrid, Tercera Edición, 1974, p.220.
32. Sobre la personalidad del Dr. José Leonard ha escrito un magnífico ensayo el profesor Edmund Stephen Urbanski, de Howard University, Washington D.C., reproducido en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, N° 1, Universidad de Costa Rica, Depto. de Publicaciones, San José, 1974, p.p. 33 a 46, bajo el título: “El doctor José Leonard, el maestro de Rubén Darío”.
33. Ibidem.
34. Marcelo Jover: *Rubén Darío: Ensayo biográfico y breve autología*, México, 1944, p.XII. La acusación en contra del Profesor Leonard, suscrita por los Canónigos

Rafael Jeres y Apolonio Orozco, y por el Pbro. Dr. Juan Bravo decía textualmente lo siguiente: "Muy ilustre Señor Vicario General: Los eclesiásticos que suscribimos, cumpliendo con un deber de conciencia nos vemos en el estrecho de denunciar ante S.S. que ayer que asistimos al acto inaugural del colegio de la Junta de Padres de Familia de esta ciudad, el Sr. profesor Leonard, preceptor de ese colegio, a la faz de un numeroso concurso, se expresó con ardor en su discurso en términos anti-religiosos, condenados por el Syllabus, como son: que él daría una enseñanza moderna basada en la libertad del pensamiento y libertad de conciencia. Como estas especies deletéreas son trascendentales a la sociedad, a los padres e hijos de familia, por lo expuesto V.S. determinará lo que tenga por conveniente, a fin de que se ponga coto a este mal que nos amenaza". León, Marzo 7 de 1881.

Inserta en la obra del Dr. Nicolás Buitrago Matus: *León, la sombra de Pedrarias*, Managua, D.N. 1966, p.287.

35. Edmund Stephen Urbanski: Op. cit. Rubén Darío opinaba que Leonard, más que un Krausista, era un hegeliano, o mejor un platónico. Su libre pensamiento tenía esos visos. *José Leonard: un polaco ilustre en Centro América*, en *Semblanzas*, 1912.
36. Este trabajo de Rubén Darío fue incluido en su libro *Semblanzas*, 1912.
37. Edelberto Torres: Op. cit. p.53.
38. Ibidem, p.52.
39. Juan de Dios Vanegas: Op. cit. p.23.
40. El Profesor Edelberto Torres sitúa en enero de 1884 la época en que tuvo lugar este absurdo proceso, que concluyó en marzo de ese año. La causa del proceso la atribuye don Edelberto a la publicación de la oda a la *Unión Centroamericana* (diciembre de 1883) dedicada al Presidente liberal de Guatemala, General Justo Rufino Barrios, más los artículos contra el gobierno que don Edelberto dice fueron publicados en *La Voz de Occidente*. *El Alcalde de Policía dictó sentencia condenatoria a la pena de ocho días de obras públicas conmutables a razón de un peso por cada día, por falta de policía de vagancia y represión privada*. Darío apeló al Prefecto del Departamento, pidiéndole revocación de la sentencia, por cuanto ese mismo mes de enero comenzó a dar clases de Literatura en el *Colegio de la Independencia*, que dirigía el Lcdo. Nicolás Valle. Varios declarantes dan testimonio de que conocen a Rubén como escritor. El 21 de junio fue revocada la sentencia por el Prefecto del Departamento.
41. Edelberto Torres: *Rubén Darío y la Educación*, artículo publicado en la revista *Educación* del Ministerio de Educación Pública, N° 43, Abril-Mayo-Junio de 1968, p.p. 18 a 33.
42. Edelberto Torres: Ibidem.
43. Ibidem.
44. Edelberto Torres: *La dramática vida*, etc. . . . p.161.
45. Charles W. Watland: Op. cit. p.p. 171 a 173.

46. Edelberto Torres: *La dramática vida* etc., p.p. 113 y 114.
47. Ernesto Mejía Sánchez: Op. cit., p.144.
48. Citado por Eduardo Zepeda Henríquez en su artículo: *La formación francesa de Darío en la Biblioteca Nacional de Nicaragua*, publicado en la revista italiana *Quaderni Ibero-Americani*, N° 42-44, Torino, Italia, 1974, p.p. 147 a 153.
49. "Y tómesese en cuenta, agrega Luis Alberto Cabrales, que Darío sólo llegó a Francia, de paso, en 1893, tres años después de haber escrito poemas en francés, y sólo después de 1898 fincó allí largos años. Para un joven de habla española que jamás ha pisado el suelo de Francia, y que sólo tiene veintitrés años, escribir en idioma extranjero con delicadeza y aciertos es casi prodigioso". Luis Alberto Cabrales: *Provincialismo contra Rubén Darío*, Ministerio de Educación Pública, Imprenta Nacional, Managua, 1966, p.26.
50. Ensayo citado en la nota 48.
51. Fidel Coloma González: *Introducción al estudio de Azul . . .* Editorial Manolo Morales, Managua, 1988, p.p. 29 y 37.
52. *En este libro, como en todos los míos, no pretendo enseñar nada, pues me complazco con reconocerme el ser menos pedagógico de la tierra.* (Breve presentación del libro de Darío *Opiniones*, París, 1906).
53. Edelberto Torres: *Rubén Darío y la Educación*, etc...
54. Edelberto Torres: *Ibidem*.
55. Mariano Fiallos Gil: Op. cit., p.19.
56. Edgardo Buitrago: *Ideas estéticas de Rubén Darío*, Cuadernos Universitarios segunda serie - N°2 Año 1, Volumen I, Enero de 1967, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, León, Nicaragua, p.p. 181 a 230.
57. Luis Alberto Cabrales: Artículo citado en la nota (2).
58. La versión transcrita de este poema es la que insertó el académico don José Jirón Terán en su artículo *Brotos resurrectos de Rubén Darío*, publicado en *Nuevo Amanecer cultural*, Año XIII, N° 652, Sábado 30 de enero de 1993. Esta versión la tomó Jirón Terán de un artículo publicado en *La Prensa* el 24 de julio de 1965 por el Hno. Boanerges Mendoza Flores, pastor de la Primera Iglesia Evangélica de Nicaragua, quien a su vez lo tomó de un Boletín del año 1937 o 1938.
59. Arturo Capdevila: *Rubén Darío: Un Bardo Rei*, Colección Austral, Espasa - Calpe, S.A., Madrid, Segunda edición, 1969, p.130.
60. Citado por el académico Don René Schick Gutiérrez en su discurso de ingreso que versó sobre *Rubén Darío y la Política*, publicado en los Nos. 35 y 36 de la revista *Educación*, Managua, Año 6, 1966.
61. Pedro Salinas: *La poesía de Rubén Darío*, Editorial Losada, S.A., Buenos Aires, Segunda edición, 1957, p.p. 31 a 44.
62. Jaime Torres Bodet: *Rubén Darío-Abismo y cima*- Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1966, p.130.

63. Carlos Martín: *América en Rubén Darío - Aproximación al concepto de la literatura hispanoamericana*. Editorial Gredos, S.A., Madrid, 1972, p.97.
64. Pablo Antonio Cuadra: *Rubén Darío y la aventura literaria del mestizaje* en *Revista del Pensamiento Centroamericano*, N° 174 (enero-marzo 1982), p.p. 6 a 10.
65. Carlos Martín: Op. cit., p.259.
66. Edelberto Torres: *Introducción a la poesía social de Rubén Darío*, en *Estudios sobre Rubén Darío*, compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, p.p. 585 a 595.
67. Pedro Salinas: Op. cit., p.216.
68. Enrique Anderson Imbert: *Rubén Darío, poeta*. Estudio preliminar a la antología de poesías de Rubén Darío publicada por el Fondo de Cultura Económica, México, D.F., Segunda reimpresión, 1993, p.XXX.
69. Guillermo de Torre: *Vigencia de Rubén Darío y otras páginas*, Ediciones Guadarrama, S.A. Madrid, 1969, p.63.
70. *En Historia de mis Libros* (1913) Rubén explicó un poco más porqué se negó a elaborar un manifiesto: "Estaba de moda entonces la publicación de manifiestos, en la brega simbolista de Francia, y muchos jóvenes amigos me pedían hiciese en Buenos Aires lo que, en París Moréas y tantos otros. Opiné que no estábamos en idéntico medio, y que tal manifiesto no sería ni fructuoso, ni oportuno. La atmósfera y la cultura de la seclar Lutecia no era la misma de nuestro estado continental. Si en Francia abundaba el tipo de Remy de Gourmont, *Celui-qui-ne-comprend-pas* ¿cómo no sería entre nosotros? El pululaba en nuestra clase dirigente, en nuestra general burguesía, en las letras, en la vida social. No contaba, pues, sino con una élite, y sobre todo con el entusiasmo de la juventud, deseosa de una reforma, de un cambio de su manera de concebir y de cultivar la belleza . . . Aún entre algunos que se habían apartado de las antiguas maneras, no se comprendía el valor del estudio y de la aplicación constante, y se creía que con el solo esfuerzo del talento podría llevarse a cabo la labor emprendida. Se proclamaba una estética individual, la expresión del concepto propio, más también era preciso la base del conocimiento del arte a que uno se consagraba, una indispensable erudición y el necesario don del buen gusto."
71. Edelberto Torres: *La dramática vida de Rubén Darío*, etc. p.576.
72. Guillermo de Torre: Op. cit., p.69.
73. Emilio Carilla: *Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*, Editorial Gredos, S.A. Madrid, 1967, p.83 y sigts.
74. *En Historia de mis libros* (1913), Darío amplió sus comentarios sobre los aportes de *Azul . . .* "¿Cuál fue el origen de la novedad? El origen de la novedad fue mi reciente conocimiento de autores franceses del Parnaso, pues a la sazón la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero y menos en nuestra América. Fue Catulle Mendés mi verdadero

iniciador, un Mendés traducido, pues mi francés todavía era precario. Algunos de sus cuentos lírico-eróticos, una que otra poesía, de las comprendidas en el *Parnasse contemporaine*, fueron para mí una revelación. Luego vendrían otros anteriores y mayores: Gautier, el Flaubert de *La tentación de St. Antoine*, Paul de Saint Victor, que me aportarían una inédita y deslumbrante concepción del estilo. Acostumbrado al eterno clisé español del Siglo de Oro, y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar, de ciertos modos sintáxicos, de su aristocracia verbal, al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual”.

75. Rubén Darío *Poesía* - Tomo 9 de la Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, p.IX.
76. Enrique Aderson Imbert: Op. cit., p.277.
77. Jorge Luis Borges: *Mensaje en honor de Rubén Darío*, en *Estudios sobre Rubén Darío*, Fondo de Cultura Económica y Comunidad Latinoamericana de Escritores, México, 1968, p.13.
78. Jaime Torres Bodet: *Rubén Darío - Abismo y cima* - UNAM y Fondo de Cultura Económica, México, 1966, p.316.
79. Ver: *Rubén Darío en Oxford*, publicado por la Academia Nicaragüense de la Lengua en 1966, con ensayos de C.M. Bowra, Arturo Torres-Rioseco, Luis Cernuda y Ernesto Mejía Sánchez. Editorial Unión, Managua.
80. Mario Vargas Llosa: *El pez en el agua. Memorias*, Seix Barral, Madrid, 1993, p.468.

II

RUBEN DARIO: PARADIGMA DEL ENCUENTRO DE DOS MUNDOS



El desembarco de Colón en la pequeña isla de Guanahaní (Bahamas) el 12 de octubre de 1492 es de por sí un hecho histórico de suma importancia: marca el momento en que la humanidad comienza a adquirir conciencia de su universalidad. Como lo advierte la UNESCO al sumarse a la conmemoración, “dos hemisferios que se ignoraban mutuamente, entraron en contacto, provocando transformaciones a escala planetaria que, a través de cinco siglos, siguen en gran medida caracterizando el mundo”.

Puede discutirse si la llegada de Colón a tierras americanas fue o no un verdadero “Descubrimiento”; cabe preguntarse que si por las consecuencias trágicas que para las poblaciones indígenas tal hecho desencadenó merece una *Celebración* o *Commemoración*; podemos disentir acerca de si realmente se produjo un “encuentro entre dos mundos”, o si fue más bien un “choque o confrontación entre dos culturas”, de las cuales una, la indígena, llevó la peor parte por el menosprecio de que fue objeto. Todo esto es posible. Pero lo que nadie puede negar es la trascendencia del acontecimiento, sin duda básico para la historia de la humanidad. “Occidente dejó de ser lo que había sido, cambió como luego cambió el mundo entero”, nos dice Arturo Uslar Pietri. Y agrega: “La aparición del continente nuevo, de esa circunstancia humana, hizo cambiar y enmendar

todos los conceptos que hasta ese momento habían dominado la mentalidad europea. El primer concepto que se modifica es, desde luego, el de la humanidad. Se van a dar cuenta de que hay muchas maneras de ser hombre pero que, en el fondo, todos somos hombres. Es decir, termina, en cierto sentido, con el europeocentrismo”.

Cuando un nuevo e ignorado continente se interpuso en la ruta de Colón hacia las Indias, la geografía y la concepción misma de la tierra cambiaron. La especie humana pudo entonces asumir una imagen más apropiada del planeta que habita y de su verdadera geografía. El resultado fue un efecto *globalizador* o, como se ha dicho, “el inicio de la mundialización del mundo, de la conversión de la historia de la humanidad en una sola historia”.

¿Cuál es entonces la dimensión que debemos dar al hecho de que este año se cumplen quinientos años del inicio de ese proceso? La más apropiada, nos parece, es la de ocasión única para reflexionar sobre las consecuencias, de tal acontecimiento y, de manera particular, sobre los aportes mutuos de cada pueblo a la generación de ese gran fenómeno biológico y cultural que es el mestizaje, sustrato fundamental de los pueblos que hoy habitan nuestro continente.

El alto costo pagado por las razas indígenas, como consecuencia del acontecimiento, torna antiético y hasta insultante la idea de *Celebración*. Pero, también podemos caer en el otro extremo, como sería ignorar el hecho, disminuir su importancia o rechazarlo. Lo cierto es que pertenece a la historia, a nuestra historia para ser más exactos, a la historia de donde venimos y que explica lo que actualmente somos y nuestras posibilidades para el futuro. Rechazarlo equivaldría a rechazarnos a nosotros mismos.

En un brillante discurso pronunciado en la sede de la UNESCO en París el año pasado (1991), Carlos Fuentes sostenía que los problemas de 1492 en 1992 son dos: uno es la hipercelebración, otro es la hipercrítica. Y razonaba, lúcidamente, que tales posturas eran consecuencia de: “Ver el pasado sólo como un prolongado crimen o sólo como una utopía realizada, como una hazaña civilizadora. No debemos convertirnos en estatuas de sal, no podemos tampoco ser nuestros propios verdugos contemporáneos, no cumplamos la tarea de fiscales que nuestros críticos históricos, con

consumada hipocresía, vienen cumpliendo desde hace 500 años para cargar sobre nuestras espaldas crímenes de los que a ellos nadie los ha absuelto salvo nuestro masoquismo. De los hechos del pasado hemos nacido todos nosotros. Somos lo que somos porque juntos hicimos la cultura que nos une: india, europea, africana y sobre todo, mestiza. Una cultura que predica la naturaleza y los problemas del mundo en el siglo XXI, pues el mundo por venir será como lo ha sido el nuestro, un mundo de mestizaje”.

Tampoco estamos de acuerdo con quienes se empeñan en calificar la llegada de Colón como Descubrimiento. Esta posición implica, de entrada, un menosprecio por las razas indígenas, consideradas como sujeto de tal descubrimiento. En tal caso, los indios también *descubrieron* a los españoles, como magistral y jocosamente nos lo describe García Márquez en *El otoño del patriarca*. La verdad es que se trató de “un mutuo descubrimiento”. O como dice Eduardo Galeano, “ni leyenda negra, ni leyenda rosa. Los dos extremos de esta oposición, falsa oposición, nos dejan fuera de la historia, nos dejan fuera de la realidad”. A su vez Cardoza y Aragón advierte que tan erróneo es idealizar la conquista como idealizar las culturas precolombinas. Y denuncia la falacia de quienes culpan a los españoles de maltratar a los indios, pero ellos siguen alegremente maltratando a sus descendientes: “En Guatemala perdura Pedro de Alvarado... Como en el siglo XVI, en Guatemala matar a un indio no es matar”.

El mutuo descubrimiento fue, en esencia, el encuentro *con el otro*, el descubrimiento *del otro*, de sus costumbres, de su organización social política, de su cultura. *El otro*, que en última instancia prolonga nuestro propio ser. Este fenómeno, que en América ocurrió hace cinco siglos, es el fenómeno que hoy día se repite, a escala mundial, en todas las grandes ciudades sujetas al torrente inmigratorio y que, indefectiblemente, nos conducirá a un mundo fundamentalmente mestizo, a la *raza cósmica* que en América se manifiesta por primera vez. A la edificación de una civilización donde *ser otro* no sea motivo de discriminación ni de abuso. “Lo que se está gestando, escribía Vasconcelos no es una raza más sino la raza definitiva, la raza síntesis, raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal”.

En el contexto de vocación universal y de apertura renacentista en que ocurre la hazaña de Colón, el *otro* apareció en la ruta que supuestamente conducía a Cipango y a la India. Entonces, precisa Federico Mayor, Director General de la UNESCO, "el encuentro tuvo lugar y también el descubrimiento mutuo. La mirada azorada de unos seres humanos frente a otros seres humanos; de hombres llegados en Castillos que flotaban en el agua, provenientes de donde sale el sol, avistados por otros hombres de insospechada, edénica apariencia que nada tenía que ver con el gran Khan de los relatos de Marco Polo. Y el encuentro ocurrió. Y también el choque. Y el afán de mutuo entendimiento y de fusión, y la violencia. Y en ese sobresalto se fueron forjando nuevas formas de vida, se fueron acomodando las nuevas culturas. Fue así como se cerró el círculo de nuestro destino común: buscando a Asia, apareció y se selló el destino de la familia humana".

EL MESTIZAJE

Jacques Lambert sostiene que el rasgo más característico de la composición étnica de América Latina es que, si bien existen en ella europeos, indoamericanos y africanos, se encuentran aún en mayor número los latinoamericanos, que son en parte europeos, indoamericanos o africanos.

Somos, pues, por excelencia un continente mestizo, de raza y cultura mestiza. América es, por definición, tierra de mestizaje, de encuentro, o *superposición* según Leopoldo Zea, de culturas y de tiempos históricos. Ese es su signo y esperanza, su capital humano y cultural. "Nuestra América mestiza", como la llamó José Martí. La raza a través de la cual "hablará el espíritu", según el lema vasconceliano de la UNAM, de México.

¿Qué queremos decir por *mestizo*, se pregunta Madariaga. ¿Mezclado de sangre? "Desde luego, así, en general; pero también algo menos y algo más. Algo menos porque no es menester que Pérez o Fernández tenga sangre india para que sea mestizo; basta que viva en el ambiente hispanoamericano o indiohispano que condiciona su ser físico y moral. Y algo más, porque la mesticidad de Hispanoamérica es en último

término fruto de un injerto del tronco—ramaje español en el tronco raigambre indio; de modo que el español no arraiga en la tierra americana más que a través del indio. El indio es, pues, la matriz receptora del mestizaje”.

“No somos europeos . . . no somos indios . . . Somos un pequeño género humano”, decía Simón Bolívar. “Poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil”. Ese pequeño género humano de que hablaba Bolívar es en realidad la raza mestiza, aunque mucho tiempo debía transcurrir antes que los latinoamericanos nos reconociéramos como tales y, más aún, para que comprendiéramos las potencialidades creadoras del proceso de mestizaje y lo transformáramos en motivo de orgullo. “En lugar de avergonzarse de su mestizaje, escribe Uslar Pietri, la América Latina debe reconocer en esa peculiar condición la más poderosa base para su originalidad y para el gran papel de síntesis que está llamada a realizar en el futuro inmediato”.

Es evidente, pues, escribe el Dr. Edgardo Buitrago, “que Iberoamérica es una sociedad mestiza en la que ha habido, más que un proceso de incorporación, un verdadero proceso de fundación de una nueva sociedad en la que ha logrado perfilarse ya el tipo de un nuevo hombre el del hispano—americano, en cuyos rasgos se confunden las líneas originales del español y del indio (así como también las del negro) . . . Pero, sobre el mestizaje de sangre, sobre la integración racial de iberos e indios, lo que interesa considerar fundamentalmente, para los efectos de nuestra vinculación histórica, es el proceso de aculturación, es ese darse recíproco entre lo indígena y lo hispánico principalmente, que fue produciendo lentamente, y que continúa produciendo, tanto la europeización de lo americano, como una americanización también de lo europeo”.

El mestizaje es lo que define nuestro ser y quehacer como latinoamericanos, o si se prefiere, como hispanoamericanos. Define nuestra personalidad y, a la vez, define nuestras posibilidades, nuestras potencialidades como pueblos, nuestra originalidad y poder creador. Nuestro presente y nuestro futuro están contruidos sobre la base del mestizaje. Negarlo es negarnos a nosotros mismos.

La propia España ya había dado muestras de lo que significa ser una nación mestiza. El español que llegó a América hace quinientos años ya era, a su vez, producto de un rico mestizaje. Como ha sido señalado, la etnia hispano—lusitana tenía todas las mezclas, todos los mestizajes del mundo llamado Occidental. Ibéricos, cartagineses, romanos, godos, cristianos, francos, moros y judíos contribuyeron a forjar al español del siglo XVI. Cuando arribó a tierras americanas no le era extraña la experiencia del mestizaje, de la convivencia y mezcla de razas, cuya expresión más notable puede aún contemplarse en la histórica Toledo.

Aunque el fenómeno del mestizaje no se reduce a la unión casual de dos razas distintas, tal unión es su origen biológico. Sin embargo, de lo anterior tampoco cabe deducir que los españoles buscaron a las indias porque de por sí eran proclives al mestizaje. Lo cierto es que el mestizaje surgió como una necesidad impuesta por la ausencia de mujeres españolas en tierras del Nuevo Mundo. Las investigaciones de Angel Rosenblat nos permiten afirmar que los españoles, en los dos primeros siglos de sus incursiones por las llamadas *Indias occidentales*, no trajeron mujeres. Alejandro Von Rechmitz nos recuerda que: “Los españoles se acostaron con indias, embarazaron indias, pero no se casaban con ellas. Parecían creer que las indias eran buenas para concubinas, pero que para esposas había que hacer traer españolas. El ejemplo más evidente del habitual y normal comportamiento en esto es el de Hernán Cortés. Vivió con Malintzin, la usó como valiosísima intérprete e informadora, pero cuando quiso casarse buscó una española en España y obsequió, generosamente, ¡no faltaba más! a la valiosísima, pero indigenísima Malintzin a uno de sus capitanes”.

En *El laberinto de la Soledad*, Octavio Paz señala que la conciencia colectiva del mexicano aún resiente que la violación, el abuso sexual o la seducción hayan estado presente en el origen del mestizaje. Por eso, doña Malinche, la amante de Cortés, es una figura asociada a la traición. “Doña Malinche se ha convertido en una figura que representa a las indias fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche. Ella encarna lo abierto, lo chingado, frente a nuestros indios, estoicos, impasibles y cerra-

dos. Cuauhtémoc y doña Malinche son así dos símbolos antagónicos y complementarios”.

En Brasil, el mestizaje fue más bien el resultado de la mezcla de las razas blanca y negra, más que con la india. En *Casa grande e senzala*, Gilberto Freyre sostiene que la mujer morena ha sido siempre la preferida de los portugueses para el amor, por lo menos para el amor físico. Con relación al Brasil, que lo diga el adagio: *Blanca para casar, mulata para fornicar, negra para trabajar*.

Lo antes expuesto quizá explique el sentimiento de inferioridad que, a veces, se ha asociado al mestizaje y que algunas corrientes europeas alimentaron sobre la base de una supuesta superioridad de la raza blanca. Todas estas teorías racistas, que terminaron por desencadenar la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, han sido desvirtuadas y rechazadas por su inhumanidad y carencia total de base científica.

Como latinoamericanos, como hispanoamericanos, o mejor aún, como indohispanos, nos toca reivindicar la riqueza del mestizaje y de sus potencialidades creadoras y originales. En este sentido, somos los precursores de lo que un día será toda la humanidad: una humanidad mestiza y, por lo mismo, verdaderamente universal. “Soy un mestizo, proclama Luis Cardoza y Aragón, tengo mi lugar. Un lugar entre Apolo y Coathicue. Soy real, me fundo en dos mitos”. “Somos y no podemos ser otra cosa que hispanoamericanos”, sostiene Uslar Pietri, sin dejar de reconocer la crisis de identidad que ha caracterizado al heredero del indio y del español en la búsqueda de su propia expresión. En última instancia, somos indohispanos “y es esto y no otra cosa lo que nos da dignidad, valor y presencia ante el mundo”.

EL MESTIZO RUBEN DARIO

Si en alguien el mestizaje adquiere su plena dimensión universal y nos muestra sus potencialidades creadoras y renovadoras es en Rubén Darfo, cuya misma personalidad tenía cierta grandeza y dignidad de enorme indio chorotega. Esta apariencia física, lejos de crearle sentimientos de inferioridad, le llenaba de legítimo orgullo. Rubén afirmaba tener sangre

de indio chorotega o nagrandano no *sin cierta coquetería*, comenta Jaime Torres Bodet, y a despecho de sus manos de marqués. En *El viaje a Nicaragua*, al observar una mujeres indias en Nindirí, escribe: "A la puerta, o en pequeños corredores delante de ella, vi algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozco". Y cuando en una infortunada ocasión don Miguel de Unamuno dijo que a Darío se le veían las plumas de indio debajo del sombrero, nuestro colosal mestizo reaccionó, a lo que podía ser un desprecio, respondiendo dignamente en célebre carta: *Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo . . .*

La simbiosis cultural que engendró el mestizaje da la razón a quienes sostienen que lo que tuvo lugar en América no fue ni la permanencia del mundo indígena ni la prolongación de Europa. "Lo que ocurrió fue otra cosa, nos dice Uslar Pietri, y por eso fue Nuevo Mundo desde el comienzo". El mestizaje comenzó de inmediato por la lengua, por la cocina, por las costumbres. Entraron las nuevas palabras, los nuevos alimentos, los nuevos usos. Podría ser ejemplo de esa viva confluencia creadora, aquella casa del Capitán Garcilaso de la Vega en el Cuzco recién conquistado. En un ala de la edificación estaba el capitán con sus compañeros, con sus frailes y sus escribanos, metido en el viejo y agrietado pellejo de lo hispánico, y en la otra, opuesta, estaba la Nusta Isabel, con sus parientes incaicos, comentando en quechua el perdido esplendor de los viejos tiempos. El niño que iba a ser el Inca Garcilaso iba y venía de una a otra ala como la devandera que tejía la tela del nuevo destino. Los *Comentarios Reales* son el conmovedor esfuerzo de toma de conciencia del hombre nuevo en la nueva situación de América. Pugnan por acomodarse en su espíritu las contrarias lealtades impuestas desde afuera. Quiere ser un cristiano viejo de Castilla, pero también, al mismo tiempo, no quiere dejar morir el esplendor del pasado incaico. Un libro semejante no lo podía escribir ni un castellano puro, ni un indio puro.

Simón Bolívar, quien sostenía que "es imposible asignar a qué familia humana pertenecemos", es otro singular exponente del mestizaje. No era indio ni español. Era venezolano, es decir, indohispanoamericano. Incluso don Benito Juárez, quien era un indio puro zapoteca es culturalmente un mestizo, un mexicano, sin renegar de sus ancestros indios.

Es interesante apuntar que los primeros modernistas hispanoamericanos revalorizaron el legado cultural indígena como elemento esencial de nuestro ser y quehacer hispanoamericano. José Martí condenó el inútil afán de la generación romántica del siglo XIX por disminuir o negar nuestro pasado indígena: “¡Estos nacidos en América que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que les crió . . . ! ¡Estos hijos de América que han de salvarse con sus indios . . . !”

Rubén Darío fue el primero y más persistente en el propósito de rescatar el otro lado de nuestro ser, el lado aborigen y su aporte al enriquecimiento de nuestra cultura. En su ensayo *Rubén Darío y la aventura literaria del mestizaje*, Pablo Antonio Cuadra sostiene que fue “Darío el primer valor que en la corriente de nuestra literatura culta, no sólo señala lo indio como fuente de originalidad y de autenticidad literaria, sino que proclama en sí mismo —contra todos los complejos y prejuicios de su tiempo— el orgullo de ser mestizo”.

En su artículo *Estética de los primitivos nicaragüenses*, Darío hace una valoración positiva de las manifestaciones culturales de nuestros indios y concluye con las siguientes palabras: “La antigua civilización americana atrae la imaginación de los poetas. Un Leconte de Lisle arrancarí­a de la cantera poética de la América vieja, poemas monolíticos, hermosos cantos bárbaros, revelaciones de una belleza desconocida. Y el arte entonces tendrí­a un estremecimiento nuevo”. En las *Palabras Liminares de Prosas Profanas* dirá: “Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Uxatlán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro”.

Su poema *Tutecotziminí* es, al decir de Pablo Antonio Cuadra, “la primera incorporación del indio a nuestra poesía culta nicaragüense, y esa incorporación la realiza para elaborar un mensaje contra la tiranía, la violencia y la guerra”. Pero hay algo aún más profundo y significativo: la influencia del habla indígena, concretamente de la tendencia a la acumulación de sentencias, propia de la sintaxis nahuatl, en la manera de versificar de Darío. Hay, pues, como lo ha observado el mismo autor, “un nahuatl oculto en la lengua de Rubén, que le permite producir una fecunda innovación en la poesía en lengua castellana”. Tal es el caso de uno de

sus famosos *Nocturnos*, donde cada verso es una sentencia y el poema una suerte de enumeración de sentencias.

Pero, para ser auténticamente mestizo, Rubén tenía que ser también español: "Soy un hijo de América, soy un nieto de España" . . . había dicho en su invocación a los cisnes. Y cuando se propone definirse se proclama *Español de América y americano de España*. En ambos casos, no es el indio ni el español quien canta en su poesía, *extraño pájaro tropical*. Su condición de mestizo no le impide cantar a España, hasta el punto de que los vibrantes hexámetros de su *Salutación del optimista* están reconocidos como "el más hermoso canto tributado a la estirpe hispánica", al decir de Guillermo de Torre. O, mejor aún "el homenaje mayor hecho por la América joven a la España eterna", según la máxima autoridad de la crítica literaria española, don Marcelino Menéndez y Pelayo.

"América es parte espiritual de España y España lo es de América", sostiene el más eminente de nuestros darianos, el maestro Edelberto Torres. Y agrega: "El idioma es un puente de unión por el que transita el espíritu de la raza, llevando la carga de dolores comunes y de iguales esperanzas. Rubén mereció la ciudadanía de honor de la ilustre Matrona por el amor de pura raíz cordial que le profesó, como que procediera del profundo hontanar racial".

Darío, gigantesco mestizo nicaragüense, indio y español, es el símbolo más completo del encuentro que tuvo lugar hace quinientos años. Y no deja de ser significativo que el primer encuentro de Rubén con España haya tenido lugar, hace exactamente cien años, en 1892, precisamente en ocasión de las fiestas del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América.

DARIO: PARADIGMA DEL ENCUENTRO DE DOS MUNDOS

En el *Discurso al alimón* sobre Rubén Darío pronunciado en Buenos Aires por Federico García Lorca y Pablo Neruda, García Lorca dice: "Nosotros vamos a nombrar al poeta de América y de España: Rubén Darío". Y más adelante hace el más hermoso reconocimiento que un poeta español haya

hecho de la influencia de Rubén en la poesía castellana: “Como poeta español, enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle—Inclán y a Juan Ramón Jiménez, y a los hermanos Machado, y su voz fue agua y salitre, en el surco del venerable idioma”. “Desde Rodrigo Caro a los Argensolas o don Juan Arguijo no había tenido el español fiestas de palabras, choques de consonantes, luces y forma como en Rubén Darío. Desde el paisaje de Velásquez y la hoguera de Goya y desde la melancolía de Quevedo al culto color manzana de las payesas mallorquinas, Darío paseó la tierra de España como su propia tierra”.

Si, como decíamos antes, el Quinto Centenario debe ser más que nada ocasión propicia para reflexionar sobre el *mutuo descubrimiento*, sobre la trascendencia que para la humanidad tuvo el proceso de mestizaje que se inició en 1492, nada mejor encarna el enriquecimiento que para la cultura hispanoamericana y universal significó tal acontecimiento, que la obra de renovación de las letras castellanas promovida por nuestro singular mestizo Rubén Darío. Él es, por autonomasía, el paradigma, el símbolo del *Encuentro de dos Mundos*.

Si toda revolución o renovación en el campo de la cultura tiene necesariamente que partir de las profundas raíces de la tradición, nadie ha cumplido mejor ese cometido que nuestro insigne poeta. “Y he aquí lo que hace de su genio y de su obra el símbolo por excelencia de la cultura de nuestros pueblos”, afirma el Dr. Edgardo Buitrago.

Rubén Darío, “es el Colón de una nueva poética”, escribe Jaime Torres Bodet. “Rubén es el Colón indio”, agrega Pablo Antonio Cuadra, “que regresa a España —el retorno de las carabelas, le dijeron—, el fruto de ese acontecimiento del 12 de octubre que no podemos llamarle descubrimiento de América porque para América fue realmente, y en todas sus consecuencias, el descubrimiento de Europa. Rubén es la respuesta a España. Es el retorno de Nicaragua que ya no va a Gil González a preguntarle sino a darle respuestas. Rubén cierra el ciclo. El primer ciclo. Con él comienza a descubrirse América. Con él América tiene la palabra: sólo la palabra produce la revelación. Sólo por la palabra nos descubrimos”.

¿Podemos presentar a Darío como paradigma del *Encuentro de dos Mundos*, siendo, como lo fue, el jefe indiscutible del Modernismo, movimiento literario denostado por algunos como una evasión de la realidad americana? Chocano es América, decían, Darío un escapista. Octavio Paz responde que: “Más cierto sería decir que fue una fuga de la actualidad local que era, a sus ojos, un anacronismo en busca de una actualidad universal, la única y verdadera actualidad. En labios de Rubén Darío y sus amigos, modernidad y cosmopolitismo eran términos sinónimos. No fueron antiamericanos; querían una América contemporánea de París y Londres”. *Yo detesto (la vida y el tiempo en que me tocó nacer*, había escrito Rubén). Este criterio lo refuerza Guillermo de Torre al decir: “Rubén Darío es profundamente americano, en su condición de tal, ambiciosamente cosmopolita, y merced a la fuerza de sus raíces, identificado con el genio del idioma español . . . Situado en el puente de ambos mundos, y cada uno de sus habitantes del nuevo puede reconocerse en él si desciende a los estratos más íntimos de su ser. Darío no era escapista ni renegó de América”. Su propósito era emparentarla con Europa, rompiendo la existencia cultural e histórica.

Esto nos lleva a subrayar el carácter hispanoamericano, y por ende mestizo, del Modernismo. Los críticos coinciden en reconocer la profunda vena mestiza del cosmopolitismo e incluso del versallismo de los modernistas. La cosmovisión modernista es de raigambre mestiza. El mismo afrancesamiento de los modernistas es muy americano, como lo señaló acertadamente el propio Unamuno: “Se ha dicho de Darío que hasta cuando escribe en castellano correcto, corriente y moliente, parece traducido del francés, bien traducido, pero traducido al cabo. No lo creo así. Lo que hace es pensar en americano —aunque no lo crea nuestro amigo Rodó— en genuino americano”.

Sin dejar de ser americano, el Modernismo rechaza la *moral burguesa*, la mediocridad municipal. Su cosmopolitismo lo hace anhelar París, las fiestas galantes del Versalles de Luis XIV, las chinerías y japonerías. No hay nada, por cierto, más provinciano que tales afanes.

“El Modernismo fue en las letras americanas, explica Guiseppe Bellini, la reacción contra un mundo sobrepasado y agonizante, aunque

más tarde los modernistas volvieron a preocuparse de España, sintiendo como una misión, la tarea de forzar las puertas de la Hispanidad, que volvían a ser sagradas a la comunión de la raza, después de la asimilación de las múltiples influencias culturales extranjeras, y, sobre todo, frente al perfilarse de la amenaza del materialismo norteamericano”.

Pero fue también un movimiento liberador, de búsqueda de nuestra independencia cultural. Así lo reconoce Gerardo Diego cuando defiende el carácter americano del Modernismo: “En España faltaba un factor importantísimo que da al Modernismo hispanoamericano toda su profunda significación: la intención diferencial de lo americano contra lo español, la rebelión contra el casticismo, el deseo de abrir ventanas y de acentuar la personalidad americana apoyándose por el momento en el ejemplo de los grandes poetas universales y, sobre todo, en los franceses con sus doctrinas y sus poemas más o menos actuales y esplendentes . . . Pasados los primeros años y desahogadas las primeras promociones del Modernismo, lograda la renovación del léxico, del ritmo y de las intenciones estéticas, afirmada la autonomía de Hispanoamérica (que empieza a denominarse, con implícita ofensa a lo hispánico, Latinoamérica) y por primera vez en la historia anticipándose e influyendo las letras americanas en las españolas, el Modernismo triunfa”.

El Modernismo dio fisonomía, perfil propio, identidad a las letras hispanoamericanas. El propio Darío lo definió así: “El Modernismo no es otra cosa que el verso y la prosa castellanos pasados por el fino tamiz del buen verso y de la buena prosa francesa. Pero revolucionó el idioma y fue una revolución hispanoamericana”. “Por primera vez en la historia”, escribe Antonio Castro Leal. “I-Hispanoamérica, no sólo se separó de España —como ya lo había hecho políticamente antes— sino que le mostró un nuevo camino. Una revolución como no la había habido en poesía desde principios del siglo XVII, cuando don Luis de Góngora planta nuevos rosales en los campos líricos de la lengua española. Y Rubén Darío, al ir a las tierras de Castilla, cuatro siglos después de la Conquista, le devuelve a España —remozada con nuevos encantos, sonora de imprevistas músicas, ductilizada con sorpresas y adivinaciones— la lengua que nos había traído los conquistadores y los misioneros”.

De esta suerte, en Darío el *Encuentro de dos Mundos* alcanza su máxima expresión, su más alta cima. Siglos después del arribo de Colón a tierras americanas, el mestizo nicaragüense Rubén Darío conquistó, con su poesía deslumbrante, a España, "en una forma más absoluta que la conquista de México por Hernán Cortés", asegura Germán Arciniegas: Darío conquistó a España por la fuerza del espíritu. Enseñó a los españoles a cantar de otra manera. Tomó todo lo que había en el fondo musical de España, lo orquestó con otras músicas, y le dio un sesgo nuevo a la poesía". "Rubén Darío, sostiene Alfonso Reyes, desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma esperanza".

MANAGUA, FEBRERO DE 1992

III

CENTENARIO DE RAFAEL NÚÑEZ, BENEFACTOR DE RUBEN DARIO



El 18 de septiembre de 1994, Colombia conmemoró el primer centenario del fallecimiento del ex-Presidente Dr. Rafael Núñez, una de las figuras más importantes y controvertidas en la historia de aquel país.

Para nosotros los nicaragüenses, el Dr. Rafael Núñez merece el más alto reconocimiento por haber sido uno de los benefactores claves de Rubén Darío. En efecto, fue el célebre Presidente, a quien Rubén visitó en su retiro de *El Cabrero*, en Cartagena de Indias, Colombia, en 1892, quien gestionó su nombramiento como Cónsul General de Colombia en Buenos Aires, cargo que permitió a Rubén visitar París y luego radicarse, en 1893, en la "gran Cosmópolis del Sur", donde pronto se constituiría en Jefe indiscutible del movimiento Modernista.

Pero así como muy pocos colombianos conocen este hecho, tan definitivo en la vida y obra de nuestro Rubén, la mayoría de los nicaragüenses también ignora quien fue el Dr. Rafael Núñez, uno de los personajes más singulares e influyentes en la historia de Colombia, tan singular que la controversia sobre su personalidad aún se reflejó en los artículos que se publicaron en los principales diarios de Santafé de Bogotá en ocasión del centenario de su muerte.

Rafael Núñez no sólo fue el principal inspirador de la Constitución de Colombia de 1886, que estuvo vigente por más de cien años

(1886-1991), sino que fue también un distinguido escritor y poeta, autor de la letra del Himno Nacional de Colombia, e impulsor del movimiento político que se conoce en la historia colombiana con el nombre de *la Regeneración*, inspirado en las ideas políticas del propio Bolívar.

Rafael Núñez nació el 28 de septiembre de 1825 en Cartagena de Indias y fue bautizado con el nombre de Rafael Wenceslao Núñez Moledo. Sus padres fueron don Francisco Núñez, sargento segundo de la Brigada Nacional de Artillería, quien andando el tiempo ascendería al grado de Coronel, y su madre doña Dolores Moledo. En la Cartagena de aquella época, con unos diez mil habitantes, la familia Núñez gozaba de buena posición social, siendo el padrastro de doña Dolores, Gobernador de la Provincia.

Desde muy niño Núñez dio muestras de poseer un gran talento. Fue un estudiante brillante, dueño de una memoria privilegiada. Obtuvo su grado de bachiller en la Universidad de Cartagena, donde también cursó sus estudios de Derecho, graduándose en 1844 antes de alcanzar la mayoría de edad. Muy joven comenzó a escribir versos, siendo Víctor Hugo su poeta preferido y cuyo poema, *Al pie de un crucifijo*, tradujo. Asiduo lector, devoró las obras de los clásicos españoles y de los autores franceses más conocidos de entonces. Cultivaba a la par la poesía y el ensayo político-filosófico, y seguramente fue mejor ensayista que poeta.

Su primer cargo público fue el de Secretario General del Gobernador de Cartagena, Tomás Herrera. Desde esta posición alentó una serie de iniciativas en beneficio de su Provincia, entre ellas la de conmemorar la fecha de la independencia absoluta de Cartagena, el 11 de noviembre, transformada más tarde en fiesta nacional. En saludo a esa efeméride Núñez compuso un canto que más tarde, con algunas modificaciones, se transformó en el Himno Nacional de Colombia.

Fue casado en primeras nupcias con doña Dolores Gallegos y en segundas, sólo por lo civil, con doña Soledad Román, lo cual en aquella época dio lugar a muchas críticas, aun de parte del sector radical del Partido Liberal. El mejor biógrafo de Núñez, Indalecio Liévano Aguirre, nos narra lo que sucedió cuando Núñez llegó a Bogotá con su segunda esposa, a tomar posesión, por segunda vez, de la Presidencia de Colombia: "Los

radicales, descreídos y escépticos, los que implantaron en el país el divorcio vincular y el matrimonio civil, se negaban a que sus mujeres saludaran a la esposa civil del presidente, y, en cambio, las familias conservadoras, católicas, tradicionalistas y enemigas del divorcio, rodeaban a su mujer de atentos y oportunos homenajes. Una sonrisa de ironía debió aparecer en sus labios ante esta doble hipocresía . . .” Trece años después, al contraer matrimonio eclesiástico, Núñez lo participó con una célebre tarjeta que decía: “Rafael Núñez saluda a usted atentamente y tiene el honor de participarle que hoy, ante el altar de San Pedro Claver, elevará a la categoría de sacramento el matrimonio que tiene contraído con doña Soledad Román”

Pero antes de ser Presidente de Colombia, Núñez fue catedrático y Rector del Colegio Superior de Cartagena; diputado por el Partido Liberal al Congreso de 1853; Ministro de Guerra y de Hacienda en la Administración de Manuel María Mallarino y Secretario del Tesoro. Desilusionado por la actuación pública de su partido, el Liberal, Núñez se alejó unos años de la política, trasladándose a Europa en calidad de Cónsul General de Colombia en Liverpool (Inglaterra). Durante sus largos años de permanencia en Europa, Núñez se dedicó al estudio de las Ciencias Políticas y ejerció brillantemente el periodismo, enviando artículos y crónicas a varios periódicos de América del Sur.

Desde Europa, Núñez seguía muy de cerca los acontecimientos de su patria, donde reinaba la más completa anarquía: una cadena ininterrumpida de golpes de Estado, dictaduras militares, sublevaciones y guerras civiles.

Trece años después, Núñez regresó a Colombia trayendo nuevas ideas para reorientar el rumbo del país. Convocó a los mejores ciudadanos de ambos partidos, liberal y conservador, para formar un partido Independiente, que se empeñara en sacar al país del lamentable estado en que se encontraba, víctima de las ambiciones desmedidas de los caudillos de los dos partidos. Postulado para la Presidencia de la República por el nuevo partido en las elecciones de 1875, Núñez hubiera ganado “i la mala fe de los gobernantes y los escandalosos combates que se libraron contra los electores no hubieran hecho que triunfase el candidato del gobierno”

afirma Acosta de Samper. Pero en 1880, una nueva coalición de liberales y conservadores, le llevó a la Presidencia de la República para un período de dos años y, por segunda vez, en 1884.

Poco a poco, el partido Conservador se fue constituyendo en el principal soporte político de Núñez. Los liberales radicales no dudaron en considerar a Núñez como "un traidor" a sus ideas liberales y no tardaron mucho en alzarse en armas contra él (1885). Núñez, apoyado por los conservadores y los liberales independientes, logró dominarlos e impedir que la anarquía se apoderara nuevamente del país. Al finalizar la revuelta, Núñez convocó a una Asamblea de Delegados Nacionales para redactar una nueva Constitución Política: la de 1886, inspirada en las ideas moderadas de Núñez y de Caro, y que debía regir los destinos de Colombia por más de cien años. Esta Constitución reemplazó a la federalista de Rionegro (1863) y estableció un sistema de gobierno más equilibrado, con un poder ejecutivo más fuerte y un régimen basado en "la centralización política y la descentralización administrativa".

Reorganizado jurídicamente el país, la paz reinó por más de una década. Dos veces más fue electo Núñez a la Presidencia de Colombia, pero el prócer prefirió retirarse a su quinta de *El Cabrero* en Cartagena de Indias, y dejar la autoridad suprema en manos del Vicepresidente. El retiro de la actividad política le permitió dedicarse de lleno al estudio y a las letras. Se mantenía al día en Ciencias Políticas y literatura, leyendo asiduamente libros, revistas y periódicos de diversas partes del mundo. Con frecuencia enviaba magníficas colaboraciones a los periódicos, de manera especial a *El Porvenir* de Cartagena.

Fue en su retiro de *El Cabrero* que el Dr. Rafael Núñez, Presidente titular de la República, recibió, en diciembre de 1892, la visita del joven Rubén Darío cuando éste regresaba de España después de haber asistido, como Secretario de la delegación de Nicaragua, a las fiestas del Cuarto Centenario del descubrimiento de América.

En su *Autobiografía*, Darío describe así aquel encuentro, que debía de ser decisivo en su vida: "No tengo en la memoria ningún incidente del viaje de retorno, solamente de las horas que el vapor se detuviera en el puerto de Cartagena, en Colombia . . . No lejos de Cartagena está la resi-

dencia de Cabrero, en donde se encontraba entonces retirado el antiguo presidente de la República y célebre publicista y poeta, doctor Rafael Núñez. Este hombre eminente ha sido de las más grandes figuras de ese foco de superiores intelectos, que es el país colombiano. Digan lo que quieran sus enemigos políticos, el nombre de Rafael Núñez ha de resplandecer más tarde en una cierta y definitiva gloria. Era un pensador y un formidable hombre de acción. Bajé a tierra a hacerle una visita. Acompañábanle, cuando penetré a su morada, su esposa doña Soledad y una sobrina. Me recibió con gravedad afable. Me dijo cosas gratas, me habló de literatura y de mi viaje a España, y luego me preguntó: Piensa usted quedarse en Nicaragua? De ninguna manera —le contesté—, porque el medio no me es propicio. Es verdad —me dijo—. No es posible que usted permanezca allí. Su espíritu se ahogaría en ese ambiente. Tendría usted que dedicarse a mezquinas políticas; abandonaría seguramente su obra literaria y la pérdida no sería para usted sólo, sino para nuestras letras. ¿Querría usted ir a Europa? Yo le manifesté que eso sería mi sueño deseado; y al mismo tiempo expresé mis ansias por conocer Buenos Aires. Puesto que usted lo quiere —agregó—, yo escribiré a Bogotá, al presidente señor Caro, para que se le nombre a usted Cónsul General en Buenos Aires, pues cabalmente la persona que hoy ocupa ese puesto va a retirarse de la capital argentina. Vaya usted a su país a dar cuenta de su misión, y espere las noticias que se le comunicarán oportunamente. No hay que decir que yo me llené de esperanzas y de alegrías”.

El 17 de abril de 1893 el Presidente de Colombia, Manuel Antonio Caro, poeta también y traductor de Virgilio, firmó el nombramiento de Rubén Darío como Cónsul General de Colombia en Buenos Aires y, curiosamente, ese mismo día, el del gran poeta José Asunción Silva como Secretario de la Legación de Colombia en Caracas.

La magnanimidad del gobierno colombiano, que le entregó un año de sueldos anticipados (2.400 pesos oro) más una apreciable suma para cubrir sus gastos de viaje (2.680 pesos oro) le permitió a Rubén organizar su traslado a Buenos Aires por la insólita ruta de Nueva York y París, por cierto no la más corta pero sí la que mejor convenía a su más cara ilusión: “la mayor ansia de su vida, visitar París, la Ville Lumière, la ciudad

del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y sobre todo, . . . la capital del Amor, el reino del Ensueño”.

El 13 de agosto de 1893, a los veintiséis años de edad, llega Rubén a Buenos Aires para dar principio a una de las etapas más fecundas de su vida literaria. “Una etapa decisiva”, la califica Emilio Carilla en el libro que escribió sobre la permanencia de Rubén Darío en la Argentina. A menos de un mes de su llegada, en la Revista Nacional publica *Era un aire suave*, su primer poema escrito en Buenos Aires y que más tarde formará parte de *Prosas Profanas*. En agosto de 1894 aparece el primer número de la Revista de América, órgano por excelencia del Modernismo, dirigida por Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre.

Darío apreciaba la obra poética del Dr. Rafael Núñez. En el número 2 de la *Revista de América* publicó el poema de Núñez *El ángel caído*.

El Reformador, Dr. Rafael Núñez, falleció en Cartagena el 18 de septiembre de 1894, cuando se disponía a viajar a Bogotá para asumir la Presidencia, llamado por el Presidente en ejercicio, don Manuel Antonio Caro. “Venga usted a manejar su Congreso, porque yo no puedo”, le había escrito Caro. El Presidente titular estaba preparando sus maletas cuando le sobrevino el síncope fatal.

Cuando Rubén recibió en Buenos Aires la noticia de la muerte de su benefactor, le dedicó un poema publicado el día primero de octubre de 1894 en la portada del N° 3 de la *Revista América*:

RAFAEL NUÑEZ

QUE SAIS JE?

*El Pensador llegó á la barca negra
Y le vieron hundirse
En las brumas del lago del Misterio
Los ojos de los cisnes.
Su manto de poeta
Reconocieron los ilustres lises
Y el laurel y la espina entremezclados
Sobre la frente triste.*

*A lo lejos alzábanse los muros
 De la ciudad teológica en que vive
 La sempiterna Paz. La negra barca
 Llegó á la ansiada costa. Y el sublime
 Espíritu gozó la suma gracia.
 Y ¡oh Montaigne! Núñez vió la Cruz erguirse
 Y halló al pie de la sacra Vencedora
 El helado cadáver de la Esfinge!*

A cien años de su muerte, la figura de Núñez sigue provocando debates, aunque ya nadie pone en duda su enorme aporte a la configuración institucional de la actual República de Colombia. En un discurso pronunciado en Cartagena el propio día del centenario por el ex Presidente de Colombia, Dr. Alfonso López Michelsen, éste hizo el siguiente juicio sobre Núñez: "Solo Núñez supo ser el director de orquesta que consiguió armonizar las aspiraciones de los liberales independientes con los conservadores" . . .

En un editorial, el Diario *El Tiempo*, de Santa Fe de Bogotá, se refirió a la controversia que desde su muerte se mantiene sobre la personalidad de Núñez: "Desde entonces se agudizó la discusión, casi siempre desde posiciones extremas, sobre la personalidad del llamado Padre de la Regeneración, sus ejecutorias, sus afirmaciones y sus cambios de posición. Los nuñistas de extrema consideran que fue el continuador institucionalista del Libertador, como si entre 1830 y 1886 no hubiera ocurrido nada en el transcurso político y administrativo de la nación. Otros, con similar necedad han preferido marcarlo con el signo de la deslealtad . . . Cien años después de su muerte, parece ser que los colombianos han llegado al acuerdo de que sobre la personalidad y la obra del Regenerador será siempre muy difícil llegar a un consenso".

Un poco más ecuánime, *El Espectador* juzgó así la obra del cuatro veces Presidente de Colombia: "Negar que Núñez dejó una obra extraordinaria sería contrariar la historia. Excelente para unos y vulnerable para otros, lo cierto fue que se impuso con el correr de los años. Contó, para su consolidación, con una reforma que, a los cincuenta años exactos de ha-

berse iniciado su vigencia, le agregó lo que faltaba para que el Estado colombiano se despojara de injertos institucionales que dificultaban la operación eficaz de los órganos del poder. El propio Núñez hubiera celebrado los cambios impulsados por López Pumarejo, y pudo Colombia hacer el tránsito de sociedad pastoril a sociedad moderna”.

MANAGUA, OCTUBRE DE 1994

IV

1983: UN AÑO CLAVE EN LA VIDA DE DARIO



El año de 1893 fue un año clave en la vida de Rubén Darío, tanto desde el punto de vista humano como en lo referente a su quehacer literario.

En los doce meses de ese singular año, Darío sufrió la pérdida de su primera esposa, Rafaelita Contreras; se casó, en segundas nupcias, con Rosario Murillo, en circunstancias plagadas de “violencia y engaño”, como él mismo diría después; fue nombrado Cónsul General de Colombia en Buenos Aires, a donde viaja en abril de ese mismo año por la singular ruta de Nueva York y París. En Nueva York tiene lugar su encuentro con José Martí y en París conoce a Verlaine, Moréas y otros poetas franceses que admira. Finalmente, llega a Buenos Aires el 13 de agosto, donde inicia una de las etapas más importantes de su renovadora obra literaria. En septiembre publica *Era un aire suave . . .*, poema con el cual, más tarde, se abre su obra modernista por excelencia, *Prosas Profanas*.

Todos esos acontecimientos, que tanto influyeron en la vida y obra de Rubén, llegan a su primer centenario en este año de 1993. Es la razón que nos motiva para comentarlos, y así traerlos a la atención de los profesores y estudiantes de literatura, principalmente.

El propio Rubén nos cuenta, en su *Autobiografía*, como fue que se enteró de la muerte de su primera esposa, Rafaela Contreras, a quien había dejado en San Salvador en compañía de su pequeño hijo Rubén Darío

Contreras y de su madre doña Manuela Cañas de Contreras. En esos días, se celebraba en León una velada en honor de un ilustre político que había muerto en París, don Vicente Navas. "Se me rogó que tomase parte en la velada que se daría en honor del personaje fallecido, y escribí unos versos en tal ocasión. Estaba, la noche de esa velada, leyendo mi poesía, cuando me fue entregado un telegrama. Venía de San Salvador, lugar adonde yo no podía ir a causa de los Ezetas, y en donde residía mi esposa en unión de su madre y de su hermana casada. El telegrama me anunciaba en vagos términos la gravedad de mi mujer, pero yo comprendí, por íntimo presentimiento, que había muerto; y sin acabar de leer los versos, me fui precipitadamente al hotel en que me hospedaba, seguido de varios amigos, y allí me encerré en mi habitación a llorar la pérdida de quien era para mí consolación y apoyo moral. Pocos días después llegaron noticias detalladas del fallecimiento. Se me enviaba un papel escrito con lápiz por ella, en el cual me decía que iba a hacerse operar pues había quedado bastante delicada después del nacimiento de nuestro hijo, y que si moría en la operación, lo único que me suplicaba era que dejase al niño en poder de su madre, mientras ésta viviese. Por otra parte, me escribía mi cuñado, el banquero don Ricardo Trigueros, que él se encargaría gustoso de la educación de mi hijo, y que su mujer sería como una madre para él . . . Pasé ocho días sin saber nada de mí, pues en tal emergencia recurrí a las abrumadoras nepentas de las bebidas alcohólicas. Uno de esos días abrí los ojos y me encontré con dos señoras que me asistían; era mi madre y una hermana mía, a quienes se puede decir que conocía por primera vez, pues mis anteriores recuerdos maternos estaban como borrados".¹

Rubén Darío había contraído matrimonio civil con Rafaela Contreras Cañas el 21 de junio de 1890 en San Salvador. Ella era hija del intelectual hondureño don Alvaro Contreras, en una época considerado como el mejor orador de Centroamérica, y de doña Manuela Cañas, descendiente del último gobernador español de Costa Rica². El matrimonio eclesiástico se celebró en Guatemala el 11 de febrero de 1891, a donde Rubén había llegado como consecuencia del golpe de Estado de Carlos Ezeta en contra del Presidente salvadoreño, el general Francisco Menéndez. Rubén tenía entonces 24 años de edad y ya había publicado *Azul* . . . (1888).

Edelberto Torres describe así a la primera esposa de Rubén: “Es una joven de baja estatura, de cabello castaño oscuro, grandes ojos negros y morena faz, graciosa, con mucho don de simpatía y hasta con su dosis de literata por herencia paterna”.² Efectivamente, Rafaelita, como todos le llamaban cariñosamente, escribía cuentos y poemas que firmaba bajo el seudónimo Stella, y en los cuales se advertía la influencia de la lectura de *Azul . . .*, el primer gran libro de su novio nicaragüense. Sin duda, la muerte prematura de su esposa, a causa de una excesiva dosis de cloroformo que se la administró durante una operación quirúrgica, impactó terriblemente el alma sensible del poeta. Poco tiempo después, evocará su recuerdo al llegar a Nueva York en mayo de 1893 con estas bellas y sentidas frases: ¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse a leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poesía, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas a través del polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú como ellas eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, ¡oh mi ángel consolador! . . . Leonora . . . Ulalume . . . Annabel Lee . . . Ligeia . . . Ellas son, cándido coro de ideales oceánidas, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado a la montaña Yankee . . . Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu ser inmortal, cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco. ¡Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo arcangélico!”

Años después, incluiría en *Prosas Profanas*, uno de sus más sentidos poemas: *El poeta pregunta por Stella*. Al *lirio divino*, *lirio de las Anunciaciões*, la pregunta por su esposa muerta:

*¿has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella
la hermana de Ligeia, por quien mi canto
a veces es tan triste?*

A menos de dos meses de haber enviudado, Rubén viaja a Managua. Una tarde, mientras paseaba en coche por las calles de la capital en compañía de su amigo el poeta Manuel Maldonado, el coche transita por la calle del Triunfo, donde estaba la casa de su antigua novia Rosario Murillo, la *garza morena* del cuento de Azul. Por fatal coincidencia para Darío, cuando el coche pasa por aquella casa Rosario sale a la puerta y los antiguos novios se saludan. “Al momento, narra Edelberto Torres, Rubén olvida todo y sólo recuerda a la *garza morena* de los deliquios amorosos en el muelle de la ciudad, años antes”. Y agrega don Edelberto, refiriéndose a Rosario: “su experiencia amorosa y su aptitud personal para la intriga, la hacen una mujer peligrosa para un ser tan ingenuo. Es el hermano de Rosario, un hombre sin ningún género de escrúpulos, Andrés Murillo; conoce el íntimo drama de su hermana, que la incapacita para ser esposa de ningún puntilloso caballero local. Además, el *caso* de Rosario ha trascendido al público, y entonces Murillo concibe el plan de casar a Rubén con su hermana. Conoce el carácter timorato del poeta y la abulia a que queda reducido bajo la acción del alcohol. Traza el plan a su hermana y ésta lo acepta. Al atardecer de un malhadado día, Rubén está entregado inocente y honestamente a los requiebros amorosos con Rosario, en una casa situada frente al lago, barrio de Candelaria. De repente aparece el cuñado, que desenfundando un revólver y con insolentes palabras lo amenaza con ultimarle si no se casa con su hermana. El poeta, desconcertado y sobrecogido de miedo, ofrece hacerlo. Y como todo está preparado, llega el cura a casa de don Francisco Solórzano Lacayo, otro cuñado de Murillo. Se ha hecho tragar whisky a Rubén y en ese estado se procede al matrimonio religioso, único autorizado en Nicaragua, el 8 de marzo de 1893. El poeta no se ha dado cuenta del sí que ha pronunciado. El embotamiento de sus sentidos es completo, y cuando, al amanecer, recobra la razón, está en el lecho conyugal con Rosario, bajo la misma manta. Ni protesta, ni se

queja; pero se da cuenta de que ha sido víctima de una perfidia, y que aquel suceso va a pesar como un lastre de desgracia en su vida".³

En su *Autobiografía*, Rubén califica ese matrimonio como "el caso más novelesco y fatal de mi vida", y luego agrega, con gran hidalguía: "al cual no puedo referirme en estas memorias por muy poderosos motivos. Es una página dolorosa de violencia y engaño, que ha impedido la formación de un hogar por más de veinte años; pero vive aún quien como yo ha sufrido las consecuencias de un familiar paso irreflexivo, y no quiero aumentar con la menor referencia una larga pena".

Estos dos acontecimientos, una prematura viudez y un segundo matrimonio en circunstancias rocambolescas, marcaron para siempre la vida del poeta, haciéndole difícil por el resto de sus días, lograr la paz y el sosiego que únicamente un hogar bien establecido puede dar. Sólo la compañía de Francisca Sánchez, *lazarillo de Dios* en su sendero, pudo mitigar esa terrible desolación:

*En mi pensar de duelo y de martirio,
casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.
¡Hacia la fuente de noche y olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame . . .*

El otro acontecimiento importante en la vida del poeta, que influyó notablemente en su carrera literaria, fue el nombramiento que el gobierno de Colombia, presidido por un distinguido poeta, traductor de Virgilio, el Vice Presidente, en ejercicio de la Presidencia, don Manuel Antonio Caro, le hizo el 17 de abril de 1893 como Cónsul General de Colombia en Buenos Aires, siguiendo instrucciones del Presidente don Rafael Núñez.

La magnanimidad del gobierno colombiano, que le entregó un año de sueldos anticipados (2.400 pesos oro) más una apreciable suma para cubrir sus gastos de viaje (2.680 pesos oro) le permitió a Rubén organizar su traslado a Buenos Aires la singular ruta de Nueva York y París, como vimos antes.

En Nueva York le aguardaba el encuentro con el apóstol de la independencia de Cuba, José Martí. Viene el deslumbramiento de la entrada al puerto, donde alza su antorcha la estatua obsequiada por Francia, obra de Bertholdi, y que Darío saluda con estas admirativas frases: "A ti, prolífica, enorme, dominadora. A tí, Nuestra Señora de la Libertad. A tí, cuyas mamas de bronce alimentan un sin número de almas y corazones. A tí, que te alzas solitaria y magnífica sobre tu isla levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso de mi steamer, posternándome ante tu majestad".

Hasta el modesto hotel español América donde se hospeda, llegan a invitarle para que asista a una Conferencia que Martí dictará esa noche en el Harmand Hall. El Maestro deseaba verle. "El Maestro era José Martí, refiere Rubén en su *Autobiografía*, que se encontraba en esos momentos en lo más arduo de su labor revolucionaria . . . Fui puntual a la cita, y en los comienzos de la noche entraba en compañía de Gonzalo de Quesada por una de las puertas laterales del edificio en donde debía hablar el gran combatiente. Pasamos por un pasadizo sombrío; y de pronto, en un cuarto lleno de luz, me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro de iluminado, voz dulce y dominadora al mismo tiempo, y que me decía esta única palabra: Hijo! —Era la hora ya de aparecer ante el público, y me dijo que yo debía acompañarle en la mesa directiva, y cuando me dí cuenta, después de una rápida presentación a algunas personas, me encontré con ellas y con Martí en un estrado, frente al numeroso público que me saludaba con un aplauso simpático. ¡Y yo pensaba en lo que diría el Gobierno colombiano de su cónsul general, sentado en público, en una mesa directiva revolucionaria anti-española! . . . Luego fuimos a tomar el té a casa de una su amiga, dama inteligente y afectuosa, que le ayudaba mucho en sus trabajos de revolucionario. Allí escuché por largo tiempo su conversación. Nunca he encontrado, ni en Castelar mismo, un conversador tan admirable. Era armonioso y familiar, dotado de una prodigiosa memoria, y ágil y pronto para la cita, para la reminiscencia, para el dato, para la imagen. Pasé con él momentos inolvidables, luego me despedí. Él tenía que partir esa misma noche para Tampa, con objeto de arreglar no sé qué preciosas disposiciones de organización. No le volví a ver más".⁴

La colonia de patriotas cubanos que luchaban por la independencia ofreció un banquete a Darío. No quiso Rubén embarcar rumbo a Europa sin antes conocer las célebres cataratas del Niágara, en la frontera con Canadá, que le conmovieron y ante las cuales recordaría los versos de José María de Heredia.

La siguiente escala era París. Yo “soñaba con París desde niño, nos confiesa Rubén, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra . . . Y cuando en la estación de Saint Lazare pisé tierra parisiense, creí hollar suelo sagrado”.⁵ Allí está París: los bulevares, la Plaza de la Concordia, el Arco del Triunfo, la Columna de Vendome, ¡ah! pero sobre todo el Barrio Latino, el café D’Harcourt, el Vachette, por donde andan algunos de los grandes de las letras francesas, que desde tiempo atrás ha admirado y que pronto conocerá. Da la razón a Víctor Hugo, que llamó a París *la Ciudad Luz*, y que para él será la capital de las capitales.⁶

Dispuesto a conquistar París, se hospeda en el *Grand Hotel de la Bourse et des Ambassadeurs*. Su primer cicerone será Enrique Gómez Carrillo, el célebre cronista guatemalteco, quien precisamente había sido enviado a Europa por el Presidente Barillas de Guatemala, a instancias de Darío en 1891. Gómez Carrillo lo pone en contacto con la editorial de los Hermanos Garnier, donde él labora. Como por razones de su trabajo Gómez Carrillo no le puede acompañar durante el día, será el poeta español Alejandro Sawa quien le introduzca en la bohemia de París y le acompañe por sus bulevares, cafés y lugares de citas galantes.

Uno de los grandes deseos de Rubén era conocer personalmente a Verlaine. Dejemos que sea el propio Rubén quien nos narre el desafortunado encuentro: “Cierta noche, en el café *D’Harcourt*, encontramos al Fauno, rodeado de equívocos acólitos. Estaba igual al simulacro en que ha perturbado su figura el arte maravilloso de Carrière. Se conocía que había bebido hartó. Respondía, de cuando en cuando a las preguntas que le hacían sus acompañantes, golpeando intermitentemente el mármol de la mesa. Nos acercamos con Sawa, me presentó: Poeta americano, admirador, etc. Yo murmuré en mal francés toda la devoción que me fue posible

y concluí con la palabra gloria . . . Quién sabe qué habría pasado esta tarde al desventurado maestro; el caso es que volviéndose a mí, y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en voz baja y pectoral: ¡*La gloire!* . . . ¡*La gloire!* . . . ¡*M. M. encore!* Creí prudente retirarme y esperar para verle de nuevo en una ocasión más propicia. Esto no lo pude lograr nunca, porque las noches que volví a encontrarle, se hallaba más o menos en el mismo estado; y aquello, en verdad, era triste, doloroso, grotesco y trágico. ¡*Pobre Pauvre Lelian!* ¡*Priez pour le pauvre Gaspard!* . . .”

Pero no todo fue bohemia. Y aunque Rubén se inició en “aventuras de alta y fácil galantería” y los cafés y restaurantes del Bosque de Boulogne no tuvieron secretos para él y años después rescatará de sus recuerdos el nombre de la gallarda Marión Delorme, quien le diese “la primera ilusión del costoso amor parisién”, hay otros aspectos de esta primera visita a París que serán importantes para su obra. Entra en contacto con escritores franceses de diversas categorías: Jean Moréas, Charles Morice, Maurice Duplessis y Aurelien Scholl. “Combinación extraña, comenta Jaime Torres Bodet, que hubiera podido hacerle comprender hasta qué punto es difícil penetrar —de improviso— en la intimidad de los grandes hombres, sobre todo cuando viven en Francia. Madrid había sido mucho más fácil, más generoso y, también, más acogedor. A pesar de todo, Miguel Cuadra se creyó con derecho para organizar un banquete. Asistieron Gómez Carrillo, un redactor de *La Concarde*, Kretzberger, Maurice Duplessis y varios centroamericanos residentes en Francia, o de paso en su capital. Gómez Carrillo —cuyas relaciones con Rubén fueron, a veces, bastante tensas— pronunció, en francés, un discurso más bien confuso. Elogió al poeta de Azul, invocó la superioridad de la raza (¿galo-española?), y concluyó brindando por Darío y por Moréas. Por enfermedad, por discreción, por modestia —o, tal vez, por indiferencia— éste se hallaba ausente. No pudo oír, a los postres, el poema escrito en su honor por Rubén Darío”.⁷

Darío se dio tiempo para adquirir muchos libros nuevos de los poetas franceses que admiraba, parnasianos, simbolistas y de la llamada escuela romana, y que luego daría a conocer al público hispanoamericano en las extraordinarias semblanzas que dieron contenido a su libro *Los Raros* (1896), publicadas primero en *La Nación*, de Buenos Aires.

En los últimos días, mientras acumula más libros comprados en librerías de primera y segunda mano, aun tiene tiempo para escribir su soneto premonitorio *A Francia*:

*¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!
Bajo áurea rotonda reposa tu gran paladín.
Del cíclope al golpe, ¿qué pueden las risas de Grecia?
¿Qué pueden las gracias, si Heracles agita su crin?*

“Tal es, nos dice don Edelberto Torres, la premonición que Darío tiene en 1893, veinte años antes de la primera guerra mundial y casi medio siglo antes de la segunda, cuando los cascos imperiales e imperialistas relucieron al sol del Arco del Triunfo”.

Mientras tanto, los pesos oro adelantados por el Gobierno de Colombia comienzan a escasear. Rubén comprende que debe dejar París, muy a su pesar, y embarcarse rumbo a Buenos Aires, para asumir su cargo de Cónsul General de Colombia en la Cosmópolis del Sur.

El 13 de agosto de 1893, a los veintiséis años de edad, llega a Buenos Aires, para dar principio a una de las etapas más fecundas y definitivas de su vida literaria, “una etapa decisiva”, como la califica Emilio Carilla en el libro que escribió sobre la permanencia de Rubén Darío en la Argentina. Como dijo el chileno Francisco Contreras: la de Darío en Buenos Aires “fue la más larga parada que hizo en su vida errante (1893-1898), después de su primera salida en 1885 . . .

“Y heme aquí, por fin”, escribe Darío en su *Autobiografía*, en la ansiada ciudad de Buenos Aires, adonde tanto había soñado llegar desde mi permanencia en Chile. Los diarios me saludaron muy bondadosamente. *La Nación* habló de su colaborador con términos de afecto, de simpatía y de entusiasmo en líneas confiadas al talento de Julio Piquet. Rubén responde al saludo de *La Nación* con frases plenas de agradecimiento y cortesía: “He estimado y estimo más mi situación de colaborar de *La Nación*, que cuantos honores y distinciones me haya deparado el destino”.

Como no hay relaciones comerciales entre Argentina y Colombia, el Consulado no le quitará tiempo para sus quehaceres literarios, a los

cuales se dedica de lleno. “El día siguiente de su llegada, nos dice don Edelberto, *La Nación* publica una de las crónicas escritas en París, titulada *Impresiones de París, La agitación recién pasada*, Jean Carrere, *Ferro non auro*; seis días después, *La Leyenda del Aguila* y el día siguiente *Jean Moréas, Poetas jóvenes de Francia, Su vida y sus obras, Fragmento inédito*. Este y el anterior son las primeras colaboraciones que alcanzarán el honor de perpetuarse en el primer libro que publique en Buenos Aires. La noticia de su presencia en Buenos Aires circula en los estratos intelectuales. El primero que llega a saludarlo es un poeta que tiene la consagración nacional, Rafael Obligado, el cantor de Santos Vega en décimas que corrieron dichosa fortuna por todas las tierras del Continente. En su casa reúne Obligado hebdomadariamente a poetas y escritores, e invita a Rubén. En esa cofradía el centroamericano encuentra a muchos de los que serán conmlitones suyos. Darío desarrolla su campaña en prosa y en verso, es decir, predicando con el ejemplo. En prosa da a conocer a los poetas simbolistas y parnasianos franceses, a escritores nuevos de otras lenguas a los que califica genéricamente de raros. Cada semblanza que aparece es una campanada que suena a grata convocatoria para unos, y a escándalo para otros. En esas páginas quedan los testimonios de sus copiosas lecturas y de su capacidad crítica, y si su entusiasmo va a veces más allá de los merecimientos del sujeto, ese entusiasmo cumple la función fecundadora de la lluvia en el suelo de las almas jóvenes, que están ávidas de renovación. Por la serie de raros desfilan su gran amigo Jean Moréas, su querido maestro Verlaine, el bilioso fanático León Bloy, el vigoroso Paul Adam, el cubano-francés Augusto de Armas, el pontífice del parnasano Leconte de Lisle; el relator de las Historias Extraordinarias y exquisito tañedor de Las campanas, Edgar Allan Poe; la demoníaca Rachilde, el maestro de América José Martí, el grande Ibsen, de estatura shakespeariana, y algunos desconocidos como Eduardo Dubús”.

Como *La Nación* no acostumbra publicar versos, Darío selecciona la *Revista Nacional*, que dirige Carlos Vega Belgrano para publicar, en un tono “enteramente nuevo en nuestro idioma”, el poema que sintetiza su credo literario, sus afanes de renovación lírica: Era un aire suave . . .

De este poema el propio Darío dirá lo siguiente: “*Era un aire suave . . .*”, fue escrita en edad de ilusiones y de sueños y evocada en esta

ciudad práctica y activa, un bello tiempo pasado, ambiente del siglo XVIII francés, visión imaginaria traducidas en nuevas verdades músicas. Ella dice la eterna ligereza cruel de aquella a quien un aristocrático poeta llamara *Enfant Malade*, y trece veces impura; la que nos de los más dulces y los más amargos instantes en la vida; la Eulalia simbólica que ríe, ríe, desde el instante en que tendió a Adán la manzana paradisiaca”.

Y en su *Historia de mis Libros*, Darío agrega: “*En Era un aire suave . . .*, que es un aire suave, sigo el precepto del Arte poético de Verlaine: *De la musique avant toute chose*”. Cien años cumple este ya clásico poema dariano, y sigue siendo *un aire suave* que recorre sutilmente todo lo que fue y significó para las letras hispanoamericanas el movimiento literario que le correspondió a Rubén encabezar.

MANAGUA, ENERO DE 1993

NOTAS

1. Darío, Rubén. *Autobiografía*, Ministerio de Educación, República de El Salvador, 1962, p.111-112.
2. Ver Edelberto Torres Espinosa: *La dramática vida de Rubén Darío*, EDUCA, 1980, p.217.
3. Edelberto Torres E. Op.Cit. p.218.
4. Rubén Darío: Op.Cit. p.119.
5. Rubén Darío: Op.Cit., p.119.
6. Edelberto Torres E.: Op. Cit. P.318.
7. Jaime Torres Bodet: *Rubén Darío - Abismo y Cima*. Fondo de Cultura Económica, México, 1966, p.107.
8. Emilio Carrilla: *Una etapa decisiva de Darío* (Rubén Darío en la Argentina), Editorial Gredos, Madrid 1967, p.11.

V

RUBEN DARIO EN LA ARGENTINA



En su primera visita, Darío llegó a Buenos Aires el domingo 13 de agosto de 1893, en el vapor francés *Diolibah*, investido del cargo de Cónsul General de Colombia. Cinco años y cuatro meses permaneció Darío en Argentina en esta oportunidad (13 de agosto de 1893 al 3 de diciembre de 1898). Por la importancia que este período tuvo en su obra, vamos a reseñar, brevemente, lo que fue la vida de Rubén durante este quinquenio, que marca un momento crucial en su labor renovadora de las letras y del movimiento Modernista que le correspondió acaudillar.

Como vimos antes, Darío arribó a Buenos Aires a los veintiséis años de edad. Pese a su juventud, no era un desconocido en los ambientes literarios y periodísticos de la gran urbe. Para entonces, ya había publicado *Epístolas y poemas Primeras notas* (1885), *Abrojos* (1887), *Canto épico a las glorias de Chile* (1887), *Otoñales* (Rimas) (1887), y, particularmente, *Azul . . .* (1888), hasta entonces su obra más conocida y que él mismo había reinitido a algunos amigos suyos en Buenos Aires. Además, desde 1889, hacia el final de su permanencia en Chile, había comenzado a enviar sus colaboraciones a *La Nación* de Buenos Aires, algo que desde muy joven ambicionaba. Fue el eminente escritor chileno, don José Victorino Lastarria quien recomendó a Darío ante el general Bartolomé Mitre, propietario y director de *La Nación*, para que se le nombrara corresponsal del entonces

periódico de mayor circulación y autoridad en América Latina. La primera colaboración de Rubén se publicó el día 15 de febrero de 1889 en la primera página del diario y con el título siguiente: *Desde Valparaíso. Llegada de La Argentina y del Almirante Barrozo (sic). Recepción y festejos. Domeyko*. Se trata de una crónica sobre el arribo al puerto chileno de dos barcos argentinos con sus cadetes, uno de los cuales traía a bordo un príncipe, nieto del Emperador del Brasil, los festejos en honor de los visitantes, y una breve referencia al fallecimiento en Chile del sabio polaco Ignacio Domeyko . . . *La Nación* presentó a su nuevo colaborador con la nota siguiente: “Publicamos hoy la carta de un nuevo corresponsal, que nos escribirá periódicamente desde Chile, y que viene a engrosar con su valiosísimo contingente el grupo selecto de corresponsales de *La Nación*. Su nombre, que encabeza estas líneas, es ya conocido de los que siguen el movimiento literario americano (. . .) Recordaremos, sin embargo, su última obra, reciente, de cuentos y poesías, titulada *Azul . . .*, que fue recibida aquí con general aplauso”.¹

Saludada su presencia en Buenos Aires, en términos elogiosos y cordiales por los principales diarios de la ciudad, la intelectualidad de la Argentina finisecular dio, en general, una muy favorable acogida al joven poeta nicaragüense, que ya mostraba en su bagaje un libro de amplias resonancias —*Azul . . .*— más la experiencia de sus visitas a Madrid, Nueva York y París.

Durante el lustro que vivió en Buenos Aires, Darío se incorporó activamente a la vida literaria de la ciudad: asiste a las veladas semanales en casa del poeta Rafael Obligado; frecuenta *El Ateneo*, por entonces la más importante institución cultural de la ciudad; colabora en las más prestigiosas revistas literarias y en los principales diarios; dicta conferencias; edita la *Revista de América*, en compañía de su amigo, el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre; y publica dos de sus libros más significativos: *Los Raros* (1896) y *Prosas Profanas y otros poemas*. (Terminada de editar en 1896, pero que comenzó a circular en enero de 1897).

Vamos a referirnos únicamente a algunos de los aspectos más sobresalientes del discurrir vital y artístico de Rubén en la gran Cosmópolis. Estos serán: a) Su relación con el diario *La Nación*; b) La publicación

de la *Revista de América*; c) Sus amistades literarias en Buenos Aires; y d) La importancia de sus composiciones, escritos y libros que vieron la luz pública durante su permanencia en la capital argentina.

DARIO Y LA NACION DE BUENOS AIRES

Gracias a la relación que durante toda su vida mantuvo con *La Nación* de Buenos Aires, Rubén Darío fue un periodista profesional. Sus corresponsalías para dicho diario fueron su único medio estable de subsistencia, pues, como se sabe, cuando desempeñó cargos diplomáticos para su patria los salarios nunca fueron adecuados y siempre se le enviaron con gran retraso. Tampoco Darío hubiera podido subsistir con el producto de sus derechos de autor, pues no sólo tuvo la mala suerte de tratar, en general, con editores tacaños sino que las dificultades económicas le obligaron varias veces a mal vender esos derechos. Él, que renovó el idioma y lo enriqueció, fue tratado miserablemente por los libreros. De esta manera, sus corresponsalías al diario bonaerense fueron el alivio para sus inveteradas estrecheces económicas. Fue tal la ingratitud y el descuido de la Cancillería nicaragüense para con su flamante representante en París y Madrid, que se dieron ocasiones en que Rubén se vió precisado a sufragar, de su propio peculio, los gastos de la Legación para “salvar el decoro de la nación”, como él mismo lo dejó escrito.

Rubén tenía un alto concepto del periodismo. “El periodista que escriba con amor lo que escribe, no es sino un escritor como otro cualquiera”, afirmó en uno de sus escritos. Hoy y siempre un periodista y un escritor se han de confundir. No es así extraño que las crónicas y artículos que enviaba a *La Nación* dieran luego contenido a varios de sus libros. Así lo subrayó, con orgullosa complacencia, el editorial con el cual *La Nación* saludó la segunda visita de Darío a la Argentina, en junio de 1906: “Podríamos hacer aquí una recapitulación de la hermosa obra edificada por Rubén Darío con sus correspondencias a *La Nación*, sus sensaciones artísticas y literarias de París, sus impresiones de viaje por Europa; pero la tarea nos exigiría el examen de las colecciones de ocho años, pues la me-

moria sólo guarda vivo el recuerdo de algunos puntos salientes, esfumado lo demás por el tiempo, ese gran armonizador. Por otra parte muchas de esas correspondencias han formado ya volúmenes acogidos con aplauso por la prensa europea y argentina, pues Rubén Darío periodista es siempre Rubén Darío artista, escritor, poeta, y las hojas efímeras al parecer de su producción diaria, son dignas de la vida más grave y larga del libro”.

Además de nombrarle su corresponsal, *La Nación* le distinguió con misiones especiales. Es así como Darío viajó, en diciembre de 1898 a España para informar a los lectores de *La Nación* sobre la situación en que había quedado la Madre Patria después de su derrota ante los Estados Unidos, derrota que le significó la pérdida de Cuba, Puerto Rico, Guam y las Filipinas. El arreglo entre Darío y *La Nación* estipulaba la obligación de remitir cuatro correspondencias cada mes a cambio de 400 pesos de honorarios mensuales.

Cabe observar que Rubén elevó la calidad y profundidad de la crónica y del reportaje periodístico y cumplió esta misión con gran profesionalismo. Sus correspondencias sobre la situación de España fueron verdaderos ensayos, cuidadosamente preparados y documentados, sobre los más variados aspectos de la vida española de fin de siglo. Más tarde editaría estos trabajos en un libro bajo el título *España Contemporánea* (1901) Es interesante reproducir aquí el juicio del Profesor Fidel Coloma sobre el análisis que Darío hace de la situación española: “El balance de Rubén es negativo. Encuentra esperanzas en la juventud, cuyos esfuerzos se ahogan en un ambiente de politiquería mezquina, de superstición e ignorancia, de irresponsabilidad en las clases altas y de terrible miseria en las clases populares. Es un libro, que mantiene actualidad, pues los problemas de la España de ese tiempo, siguen siendo los problemas que afligen a gran parte de Hispanoamérica, hasta en nuestros días”.² Efectivamente, lo que Rubén dice, por ejemplo, sobre la educación en la España de aquella época es aplicable a buena parte de la realidad actual de la educación en varios países de América Latina, como ya lo hemos señalado.

En 1900, con motivo de la Exposición Universal que se celebró en París, Darío fue enviado por *La Nación* a dicha ciudad “para cubrir el evento”, como dicen ahora los periodistas. También *La Nación* le encargó

a Rubén, en 1910, con motivo del primer centenario de la Revolución de mayo, un poema para celebrar las glorias de la patria de San Martín, poema que sería publicado en un número extraordinario. Otros grandes escritores, como Almafuerte y Lugones recibieron igual invitación. Rubén sabía que la invitación era también un reto. En menos de cinco meses escribía su extraordinario *Canto a la Argentina*, que consta de 1.001 versos, casi todos ellos endecasílabos, que *La Nación* pagó con singular largueza: diez mil francos de entonces. Compárese con los doscientos francos que la Casa Garnier de París le pagó por el libro *Letras*.

Sobre este Canto opina Jaime Torres Bodet lo siguiente: "En su género, por su categoría —y hasta por su extensión— el *Canto a la Argentina* constituye una positiva proeza. Quien era capaz de erigir ese edificio solemne —de fábricas, mármoles, mástiles, metáforas y relieves— había alcanzado una maestría excepcional, no sólo en el arte de la instrumentación armónica del poema, sino en el dominio de su arquitectura histórica y cívica".³

Y aunque no todos los redactores de *La Nación* le guardaron siempre la misma voluntad y afecto, especialmente en los años iniciales de la lucha por la renovación literaria, hasta el extremo que en 1895 Darío estuvo a punto de retirarse del diario, lo que no llegó a concretar gracias a la oportuna intervención de don Enrique de Vedia, es justo admitir el papel clave que la relación con este gran medio bonaerense tuvo en su vida y obra. El propio Rubén así lo reconoció en las palabras que pronunció para agradecer el banquete que en su honor organizó el personal de *La Nación* el 22 de agosto de 1906, con motivo de su segunda visita a Buenos Aires: "Hace ya largo tiempo, un anciano ilustre, el primer chüleno de su siglo, me presentaba, casi adolescente, lleno de sueños, hambriento de esperanzas, al más grande de los argentinos. Entraba yo a la redacción de *La Nación* introducido por el más ilustre de los chilenos, apadrinado por el más grande de los argentinos. Lleno de juventud y animado de poesía, mi dorada ilusión era figurar en aquella estupenda sábana de antaño; en donde Castelar, EmilioCastelar, Edmundo D'Amicis y José Martí hacían flamear, a los aires de la gloria, las más hermosas prosas del mundo".

Y en su *Autobiografía*, Darío va aún más allá, al reconocer lo que *La Nación* significó para su formación literaria: "He de manifestar que es en este periódico donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y que en este momento fueron mis maestros en prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada, además de José Martí. Seguramente en uno y otro existía espíritu de Francia. Pero de un modo decidido, Groussac fue para mí el verdadero conductor intelectual".

LA REVISTA DE AMERICA

A un año de su llegada a Buenos Aires, Rubén siente la necesidad de que el movimiento literario, que él ya indiscutiblemente encabeza, tuviera su propia revista, como correspondía a toda vanguardia. Se necesitaba, como él mismo dice en su *Autobiografía*, un "órgano de nuestra naciente revolución intelectual".

En compañía de su amigo, el joven boliviano Ricardo Jaimes Freyre, hijo del prestigioso escritor boliviano, miembro de la redacción de *La Nación*, Julio L. Jaimes, funda la *Revista de América*, cuyo primer número apareció el 19 de agosto de 1894.

Como se sabe, debemos a la tesonera e infatigable búsqueda, por más de una década, del erudito norteamericano, Dr. Boyd G. Carter, de la Universidad de Missouri, la localización de los tres únicos números que se publicaron de esta Revista, tan importante para conocer los rasgos iniciales del movimiento Modernista. En 1967, la *Comisión Nacional para la celebración del Centenario del Nacimiento de Rubén Darío*, patrocinó la edición facsimilar de los tres números de la revista, precedidos de un estudio y notas del propio Dr. Boyd G. Carter.

Gracias al prestigio y a los contactos de Darío con la gran prensa bonaerense, la Revista nació bajo los mejores augurios. Desde antes de su aparición, los más importantes diarios saludaron su publicación como un acontecimiento literario. *La Nación*, por ejemplo, apuntó que con directores del valor de "Rubén Darío, a quien basta nombrarle, y el señor Ricardo Jaimes Freyre, que se inicia con brillo en la carrera de las letras . . . la nueva

revista será una de las publicaciones más interesantes de nuestro ya considerable periodismo".⁴

En la portada del primer número, los directores de la Revista exponen sus propósitos así:

NUESTROS PROPOSITOS

- Ser el órgano de la generación nueva que en América profesa el culto del Arte puro, y desea y busca la perfección ideal;
- Ser el vínculo que haga una y fuerte la idea americana en la universal comunión artística;
- Combatir contra los fetichistas y contra los iconoclastas;
- Levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética que hoy hace con visible esfuerzo, la juventud de la América Latina, a los Santos lugares del Arte y a los desconocidos Orientes del ensueño;
- Mantener, al propio tiempo que el pensamiento de la innovación, el respeto a las tradiciones y la jerarquía de los maestros;
- Trabajar por el brillo de la lengua castellana en América, y, al par que por el tesoro de sus riquezas antiguas, por el engrandecimiento de esas mismas riquezas en vocabulario, rítmica, plasticidad y matiz;
- Luchar porque prevalezca el amor a la divina Belleza, tan combatido hoy por invasoras tendencias utilitarias;
- Servir en el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América Latina, a la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española: esos son nuestros propósitos.

El sumario del primer número registra trabajos de Jaimes Freyre, Enrique Gómez Carrillo; (*Los poetas jóvenes de Francia*), Rubén Darío; (*Un esteta italiano*) Gabriel D'Annunzio; Julián Martel (*El Anarquista*, anticipo

de una novela en preparación); poemas de Víctor Arreguine, Salvador Rueda y Leopoldo Díaz. Interesante es anotar que este primer número publica también una encuesta sobre la "cuestión social contemporánea", promovida por la Revista, que reproduce las opiniones de los directores de los principales diarios argentinos de la época. También ofrece a sus lectores secciones sobre teatro, libros y periódicos, de diversas partes del mundo, particularmente Europa.

El segundo número de la Revista se abre con el *Canto de la sangre* de Darío y ofrece, además, la segunda entrega del estudio de Rubén sobre D'Annunzio, igual que la continuación del ensayo de Gómez Carrillo sobre *Los poetas jóvenes de Francia*, uno de los trabajos más importantes publicados en la Revista. De Jaimes Freyre se inserta *Buenos Aires pintoresco* y otras colaboraciones.

En el tercer y último número (1 de octubre de 1894) la portada ofrece la elegía que Darío dedicó a su benefactor, el expresidente colombiano Rafael Núñez cuando conoció la noticia de su muerte, y de quien había reproducido en el número dos el poema *Angel caído*.

La Revista tuvo, pese a lo selecto de sus colaboradores y del público al cual iba dirigida, una vida precaria, por la escasez de fondos, la falta de suscripciones y, sobre todo, como narra el propio Darío, "porque a los pocos números, un administrador italiano, de cuerpo bajito, de redonda cabeza calva y maneras untuosas, se escapó llevándose los pocos dineros que habíamos podido recoger. Y así acabó nuestra entusiasta tentativa".

Sobre el valor literario de la *Revista de América* los críticos han emitido juicios contradictorios. Emilio Carilla juzga que, "aunque la Revista de América, publicación quincenal, no pasó de los tres números, y aunque su importancia literaria fue relativa, sirvió fundamentalmente para iniciar de manera visible la penetración modernista en Buenos Aires. Mejor aún: para sostener a través de una revista —en forma más unitaria— lo que ya se manifestaba aisladamente".⁵

Para Rafael Alberto Arrieta, la *Revista de América* decepciona al investigador afanoso de nuestros días. Revela muy poco del ruidoso momento a que respondía, y —agrega— es explicable. "Desapareció antes de

que el modernismo cobrara impulso en Buenos Aires" . . . Y destaca que sólo dos colaboraciones (la de Gómez Carrillo, sobre *Los poetas jóvenes de Francia*, y la de Darío sobre D'Annunzio) "espejan particularidades del movimiento o tienen que ver con rasgos de escuela".⁶

Para nosotros, lo más acertado sobre esta aventura literaria que fue la publicación de la *Revista de América*, es el juicio del doctor Boyd G. Carter: "Aunque de corta trayectoria cronológica, la publicación en cuestión habría de influir poderosamente en el desarrollo del Modernismo en la Argentina. Darío reprodujo el editorial *Nuestros propósitos* del primer número como el prólogo de la primera edición de *Los Raros* en 1896. Dos años más tarde, Eugenio Díaz Romero incluye la mayor parte del mismo editorial, palabra por palabra, en su prólogo de *El Mercurio de América* (1898-1900), el mayor vehículo del Modernismo en la Argentina. Así, el programa estético de la *Revista de América* siguió siendo el del Modernismo en la Argentina hasta 1900 por lo menos".⁷

AMISTADES LITERARIAS EN BUENOS AIRES

Amplias y fecundas fueron las relaciones de amistad que Darío cultivó en Buenos Aires, algunas de las cuales perduraron durante toda su vida, sobre la base del mutuo afecto y la admiración. La lista de sus amigos de esa época es extensa. Emilio Carilla, en la obra que ya hemos citado, nos proporciona una lista que tiene la singularidad de agregar, a cada nombre, alguna referencia escrita por Darío sobre el personaje. La lista es la siguiente: Roberto J. Payró (*Era mi guía, era mi heraldo*), Julio Piquet, Julián Martel (*Mis sueños con Julián Martel*), Leopoldo Díaz (*¡Ay!, tan joven*), Angel de Estrada (*La calandria de Estrada*), Miguel Escalada (*Un gorrión muy elegante*), José Ceppi, Luis Berisso (*Rosado y modesto*), Alberto Ghirardo (*El terrible efebo Ghirardo/ hecho un Luzbel apareció*), José Ingenieros, Ricardo Jaimes Freyre (*Y Jaimes Freyre era romántico*).

Más adelante agrega otros nombres: Eugenio Díaz Romero (*Templando su dulce laúd*), Leopoldo Lugones (*Lugones llegó en ese instante / y empezó a rugir*), Carlos Alfredo Becú, Charles de Soussens (*Hombre triste y*

profundo), José León Pagano . . . Pero están también los de más edad: Bartolomé Mitre (*Y La Nación*), Bartolito Mitre (*Mi confianza en Bartolito*), Enrique de Vedia, Rafael Obligado (*Mi amigo Rafael Obligado*), Mariano de Vedia (*Juan Cancio*), Carlos Vega Belgrano, Joaquín V. González, Eduardo Wilde, Antonino Lamberti, Domingo Martinto, Francisco Soto y Calvo, Ernesto Quesada, Julio L. Jaimes (*Brocha Gorda*), Casimiro Prieto, Juan José García Velloso, Eduardo Holmberg . . . Y hasta Calixto Oyuela (*no mucho*).⁸

En su *Autobiografía* Rubén menciona, en especial, a Rafael Obligado, Calixto Oyuela, Alberto del Solar, chileno radicado en Buenos Aires, Federico Gamboa, entonces secretario de la Legación de México, Domingo Martino y Francisco Soto Calvo, el doctor Ernesto Quesada, Bartolito Mitre, el propio prócer General Bartolomé Mitre, cuyo encuentro tanto impresionó a Rubén (“Estuvo suave y alentador en su manera seria y como triste, cual de hombre que se sabía ya dueño de la posteridad. Sufí contentísimo”); Enrique de Vedia, administrador de *La Nación*, José Ceppi, Roberto J. Pavró, José Miró (Julián Martel), Alberto Ghirardo, el doctor Manuel Argerich, con quien visitó la Pampa *inmensa y poética*, y compartió el mate con auténticos gauchos “rudos y primitivos, pero también poéticos”, Charles Soussens (poeta suizo), José Ingenieros, José Pardo, Diego Fernández Espiro, Antonio Lamberti, Charles E.F. Vale, (*—inglés criollo—*, le llama Darío, a quien le dictó en un restaurante de Buenos Aires el poema *God save the Queen*, dedicado a la reina Victoria de Inglaterra y reproducido íntegramente en la *Autobiografía*), Mariano de Vedia (*Juan Cancio*), director de *La Tribuna*, Carlos Vega Belgrano, director del diario *El Tiempo*, quien generosamente sufragó los gastos para la publicación de *Prosas Profanas*, Miguelito Ocampo, en cuya casa Rubén escribió *La página blanca*, Rouquard, con quien visitó Bahía Blanca, Armando Vasseur (Américo Llanos), Eugenio Díaz Romero, el doctor Lorenzo Anadón, el general Mansilla, los poetas Carlos Roxlo y Cristián Roeber, Ricardo Jaimes Freyre y su padre, el escritor Julio L. Jaimes (*Brocha Gorda*), todo el grupo de intelectuales, artistas y hombres de ciencia que animaban las reuniones de *El Ateneo* de Buenos Aires, los médicos que le atendieron y fueron “alternativamente los salvadores de mi salud”; Francisco Sicardi, quien además

era novelista y poeta, el doctor Martín Reibel y el doctor Prudencio Plaza, con quien fue a pasar una temporada a la isla de Martín García, donde Rubén escribió su famosa *Marcha Triunfal*; Manuel Carlés y su hermano el doctor Carlos Carlés, Director General de Correos y Telégrafos, quien no dudó en nombrarle, en 1896, su secretario privado cuando Rubén en la entrevista en que gestiona el puesto le confiesa, que tiene "El don negativo del silencio" . . . "Entonces será usted mi secretario privado", responde en el acto el Director;⁹ Patricio Piñeiro Sorondo, el *clown* inglés Frank Brown y muchos amigos más cuya sola mención haría casi interminable esta lista.

Vamos, entonces, a limitarnos a recordar sólo aquéllas amistades que tuvieron mayor relevancia literaria.

Además de Ricardo Jaimes Freyre, compañero de Rubén en la maravillosa aventura espiritual que fue la publicación de la *Revista de América*, corresponde dedicar algunas líneas a la relación de Rubén con Leopoldo Lugones y con el escritor galo-argentino Paul Groussac. "Paul Groussac, escribe Emilio Carilla, figura valiosa, severa y huraña de nuestra cultura, fue una de las grandes admiraciones de Rubén Darío. Curiosamente, había una distancia enorme de labor, sensibilidad y temperamento entre los dos hombres, pero tales diferencias no fueron obstáculo —¿cómo podrían serlo?— para una estimación mutua que, en rigor, no sufrió mella con los años".¹⁰

Darío conoció a Groussac en Panamá, antes de pisar tierra argentina, cuando Darío iba a Buenos Aires, vía Nueva York y París, y Groussac a la Exposición de Chicago. Groussac era también colaborador de *La Nación* y ya vimos que Rubén, en su *Autobiografía*, afirma que Groussac fue para él "el verdadero conductor intelectual". Y en su célebre réplica a los comentarios de Groussac sobre *Los Raros*, que Darío publicó bajo el título *Los colores del estandarte*, aparece el siguiente reconocimiento: "Los maestros que han conducido al *galicismo mental* de que habla Don Juan Valera son: algunos poetas parnasianos, para el verso, y Ud. para la prosa. Si, Groussac, con sus críticas teatrales de *La Nación*, en la primera temporada de Sarah Bernhardt, fue quien me enseñó a escribir, mal o bien, como hoy escribo".

Groussac siempre reconoció la calidad artística de Rubén, pero tuvo sus reservas en relación con lo que consideraba como decadentismo: *el eco servil de rapsodias parisienses*. Groussac abogaba por una literatura hispanoamericana original, vital y proponía como modelo a Whitman, por ser "expresión viva y potente de un mundo virgen".

Groussac publicaba la revista *La Biblioteca*, de la cual Darío fue frecuente colaborador. Allí publicó su célebre *Coloquio de los Centauros*, que luego incorporaría a su libro *Prosas Profanas*, precisamente con gentil dedicatoria para Groussac.

La polémica entre Groussac y Darío, si es que podemos llamarla así, permitió, a este último explicitar sus ideas estéticas en *Los colores del estandarte*, uno de los pocos manifiestos que sobre su credo artístico escribió Rubén. En uno de los párrafos de dicho artículo Darío dice: "En verdad, vivo de poesía. Mi ilusión tiene una magnificencia salomónica. Amo la hermosura, el poder, la gracia, el dinero, el lujo, los besos y la música. No soy más que un hombre de arte. No sirvo para otra cosa. Creo en Dios, me atrae el misterio; me abisman el ensueño y la muerte; he leído muchos filósofos y no sé una palabra de filosofía. Tengo, sí, un epicureísmo a mi manera: gocen todo lo posible el alma y el cuerpo sobre la tierra, y hágase lo posible para seguir gozando en la otra vida. Lo cual quiere decir que lo veo todo en rosa . . . Penetrar en ciertos secretos de armonía, de matiz, de sugestión, que hay en la lengua de Francia, fue mi pensamiento descubrirlo en el español, o aplicarlos . . ." porque . . . "ambos idiomas están por así decirlo, contruidos con el mismo material. . . . Estamos, querido maestro, los poetas jóvenes de América de lengua castellana, preparando el camino, porque ha de venir nuestro Whitman, nuestro Walt Whitman indígena, lleno de mundo, saturado de universo, como el del Norte, cantado tan bellamente por nuestro Martí".

Cuando poco tiempo después aparece *Prosas Profanas*, la crítica de Groussac es, salvo algunos reparos menores, favorable, consagratoria. "En las numerosas batallas literarias ganadas por Darío, escribe Emilio Carilla, ésta que significa el reconocimiento de Paul Groussac debió ser de las que más saboreó. No era para menos si tenemos en cuenta (aprecio personal aparte) el precedente y la fama regañona del director de *La Bi-*

biblioteca, y si tenemos en cuenta también el momento oportuno en que llegaba el juicio de Groussac, para sumarse a otras voces de valfa en la enconada lucha que Darío venía emprendiendo".¹¹

Con Leopoldo Lugones, en cambio, la identificación fue plena. El encuentro con Lugones ocurrió tres años después del arribo de Rubén a Buenos Aires, en 1896, cuando Lugones se traslada de su provincia natal, Córdoba, a Buenos Aires, a los veintidós años de edad, entusiasmado por la poesía modernista y por las ideas socialistas. A los pocos meses de la llegada de Lugones, Rubén publica en *El Tiempo* de Buenos Aires su ensayo: *Un poeta socialista: Leopoldo Lugones*, que aunque contiene algunos reproches (Este robusto no sabe decir el amor con corteses razones . . . Su gracia es pesada, su insinuación, elefantina) saluda a Lugones como una promesa de la poesía y de las letras, con lo cual el prestigio de Darío daba el espaldarazo crítico al joven provinciano, que sobresalta por su poesía de ímpetu. Pero esta semblanza, con ser tan elogiosa, Rubén no la incluyó en *Los Raros*, lo que sorprendió mucho a Lugones, pero no fue óbice para que escribiera un comentario elogioso sobre el libro de Darío en *El Tiempo*.

Lugones funda con José Ingenieros el semanario *La Montaña*, que difunde ideas socialistas. Rubén colabora en una sección, no obstante que, como recuerda don Edelberto Torres, en esa época abomina el anarquismo al que llama: "la democracia oliente a ajo".

Más tarde Darío escribe un elogioso comentario sobre el libro *Las montañas del oro* de Lugones, al cual considera "el mejor de toda su obra, porque es donde expone principalmente su genial potencia creadora, su gran penetración de lo misterioso del mundo . . ."

Los críticos estiman que el libro de Lugones donde más se advierte la influencia de Darío es *Los crepúsculos del jardín* (1905). Y es que, en general, Lugones coincide con Rubén en la actitud poética y en el afán renovador, más que en la simple imitación de su poesía.

El afecto de Rubén se hace patente en la dedicatoria de varios poemas a la esposa de Lugones, entre ellos la famosa y extensa *Epístola a la señora de Leopoldo Lugones* (1906). Y en 1911, Darío escribe su juicio definitivo sobre la obra de Lugones: uno de los ensayos incluidos en su libro *Cabezas*, en el cual se expresa en los términos siguientes: "Enorme suma

de condiciones geniales, apoyadas por la más potente y sana voluntad . . . No creo yo que en nuestras tierras de América haya hoy personalidad superior a la de Leopoldo Lugones, quien antes de llegar al medio del camino de la vida, se ha levantado ya inmovible pedestal para el futuro momento”¹²

Lugones correspondió ampliamente al aprecio y afecto de Darío. Además de publicar juicios sobre su obra, le dedicó varios poemas muy emotivos, saludándole como “Maestro Darío”. Pero fue en el discurso que pronunció en el homenaje que la intelectualidad argentina brindó a Rubén, al conocerse en Buenos Aires la noticia de su muerte, donde Lugones hizo el más certero y justo elogio: “¿Quién es ése —comenzó— que murió en pequeña lejana ciudad, durante el cataclismo más espantoso de la historia, sin cargo importante ni fortuna, antes empobrecido por todas las miserias de la existencia; y que, no obstante, entristeció, al desaparecer, veinte naciones representadas en la ocasión por sus más bellas almas: con lo cual sonaron, para lamentar como bronce dolidos, los sendos idiomas ibéricos que hablan cien millones de hombres? . . . La poesía joven de España es rama de su tronco Después de él todos cuantos fuimos juventud cuando él nos reveló la nueva vida mental, escribimos de otro modo que los de antes. Los que siguen, hacen y harán lo propio. América dejó ya de hablar como España, y, en cambio, ésta adopta el verbo nuevo . . .”¹³

LA OBRA DE RUBEN EN BUENOS AIRES

No pretendemos analizar aquí toda la fecunda producción de Darío durante el quinquenio de su primera visita a Buenos Aires, ni su influencia sobre la literatura argentina de la época, sobre todo lo cual existen excelentes trabajos de eminentes darianos, como los de Pedro Luis Barcia, quien ha publicado dos tomos de *Escritos dispersos de Rubén Darío* - recogidos en periódicos de Buenos Aires. (Por cierto el Tomo II se abre con el estudio *Rubén Darío y la literatura argentina*), Emilio Carilla, José A. Orfá y el mismo Profesor Edelberto Torres, en *La Dramática Vida de Rubén Darío*.

Darío colaboró activamente en prácticamente todas las más importantes revistas literarias argentinas de la época y en los principales periódicos. También dictó conferencias, entre ellas, la que leyó en *El Ateneo* de Buenos Aires, del cual era miembro correspondiente, sobre el poeta portugués Eugenio de Castro el 19 de septiembre de 1896, estudio incorporado después a su libro *Los Raros*. En el Ateneo de Córdoba, ciudad que visitó en septiembre y octubre de 1896, recitó su poema verleniano, *En elogio del Ilustrísimo Obispo de Córdoba, Fray Mamerto Esquiú O.M.*, que provocó la renuncia pública de un literato provinciano que no quiso seguir perteneciendo al Ateneo pues, según él, se tornó en manicomio por haberse homenajeado en él a un poeta capaz de escribir *locuras*, como eso de un *blanco horror de Belcebú*, verso incluido en la poesía de Darío en honor del Obispo Esquiú.

Nos limitaremos aquí a señalar lo que significó no sólo para la literatura argentina sino para la luspanoamericana, la publicación de *Los Raros* (1896) y *Prosas Profanas* (1896-97) que circularon casi simultáneamente y son los dos aportes mayores de Rubén al movimiento Modernista.

La mayoría de las semblanzas de los artistas incluidos en *Los Raros* ya habían sido publicada en *La Nación*. Rubén les da forma de libro para ampliar su difusión e impacto, desde luego que dar a conocer estos "raros", cuya originalidad les hacía ser poetas o escritores fuera de lo común, le permitía enfatizar sobre sus propios principios estéticos sin necesidad de elaborar un manifiesto, como era la moda de entonces. "Cada semblanza de los escritores analizados, nos dice Jaime Torres Bodet, definía sus aficiones, denunciaba sus propósitos y acusaba, indirectamente, lo que no podía ya soportar en la obra de los demás".¹⁴ De esta suerte, *Los Raros* anuncian *Prosas Profanas*, son su obligado precedente.

Cierto que el valor literario de los artistas presentados en la galería de "raros" es desigual. El propio Darío lo reconoció así en *Los colores del estandarte* cuando escribió: "*Los Raros* son presentaciones de diversos tipos, inconfundibles, anormales; un hierofante olímpico, o un endemoniado, o un monstruo, o simplemente un escritor que, como D'Esparbés, da una nota sobresaliente y original . . ."

Años más tarde, Darío dirá en su *Autobiografía*: “Cierto que habrá en mis exposiciones, juicios y comentarios quizás demasiado entusiasmo; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas; mantiene la fe y aviva la esperanza”. Sin embargo, en el prólogo a una nueva edición, escrito en París en enero de 1905, Darío dice: “Hay en estas páginas mucho entusiasmo, admiración sincera, mucha lectura y no poca buena intención. En la evolución natural de mi pensamiento, el fondo ha quedado siempre el mismo. Confesaré, no obstante, que me he acercado a algunos de mis ídolos de antaño y he reconocido más de un engaño de mi manera de percibir. Restan la misma pasión de arte, el mismo reconocimiento de las jerarquías intelectuales, el mismo desdén de lo vulgar y la misma religión de belleza. Pero, una razón autumnal ha sucedido a las explosiones de la primavera”.

También las poesías incluidas en *Prosas Profanas* fueron escritas en la Argentina y casi todas publicadas previamente en revistas y periódicos de Buenos Aires.

Prosas Profanas es el libro modernista por excelencia de Rubén. Señala la culminación de la primera etapa en el desarrollo de su obra literaria y de su madurez poética.

¿Porqué dio Rubén el nombre de *Prosas* a un libro exclusivamente de poesía? ¿Fue un capricho literario? En realidad, Rubén no hizo sino retomar una tradición medieval. En el medievo se llamó “prosas” a los poemas o romances en latín que se cantaban en honor de los santos durante la celebración de las misas. Rubén llama prosas a sus poemas y como no tratan precisamente de vida de santos, las califica de “profanas” (*Yo he dicho, en la misa rosa de mi juventud, mis antifonas, mis secuencias, mis profanas prosas*, dice en las *Palabras Liminares*).

No se trata de hacer aquí un estudio de *Prosas Profanas*, sino de apreciar lo que significó su publicación durante la permanencia de Darío en Argentina. Nos parece que Torres Bodet resume muy acertadamente lo que en la experiencia literaria de Rubén representa este libro precioso: “Con ese volumen, nos dice Torres Bodet, se anunciaba la soberanía indiscutible del artífice literario que, por espacio de cuatro lustros, gobernaría

el destino del modernismo y ejercerfa, sobre la poesía española, un dominio mágico y sin rival”.

CONCLUSION

Darfo consideró a la Argentina como su segunda patria: “Si, es verdad y afirmo aquí entre paisanos, mi segunda patria es la Argentina, es decir, mi patria espiritual”. De ahí que su obra cumbre *Cantos de Vida y Esperanza* esté dedicada a Nicaragua y a la República Argentina.

“En la Argentina, dice el gran dariano que recientemente nos visitó y que forma parte de la comisión encargada de recopilar las obras completas de Rubén, el Profesor Pedro Luis Barcia, su espíritu renovador halló clima propicio que lo estimulara y apoyara en su empresa; en ella maduró su talento creador que dió, por entonces, un par de libros ejemplares para la nueva tendencia estética de las letras en lengua española”¹⁵

MANAGUA, FEBRERO DE 1993

NOTAS

1. Ver Pedro Luis Barcia: *Escritos dispersos de Rubén Darío (Recogidos de periódicos de Buenos Aires)* Universidad Nacional de La Plata, 1968, Tomo I, p.p. 20 y 21.
2. Fidel Coloma González: *Rubén Darío - Antología Verso y Prosa - Selección e Introducción de Fidel Coloma González*, Editorial LIMUSA, México, D.F., 1991, p.32.
3. Jaime Torres Bodet: *Rubén Darío - Abismo y cima*, Fondo de Cultura Económica, 1966, p.228.
4. Boyd G. Carter: *La Revista de América de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre*. Publicaciones del Centenario de Rubén Darío, 1967, p.28.
5. Emilio Carilla *Una etapa decisiva de Darío - Rubén Darío en la Argentina* - Biblioteca Románica Hispánica - Editorial Gredos, S.A. Madrid, 1967, p.30.
6. Emilio Carilla: Op. cit., p.p. 31 y 32.
7. Boyd G. Carter: Op. cit., p.40.
8. Emilio Carilla: Op. cit., p.16.
9. Edelberto Torres: *La dramática vida de Rubén Darío*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1980, p.377.
10. Emilio Carilla: Op. cit., p.78.
11. Emilio Carilla: Op. cit., p.85
12. Rubén Darío: *Cabezas, Obras completas - Volumen XX*, Madrid, 1929, p.p. 75 a 79.
13. Emilio Carilla: Op. cit., p.139.
14. Jaime Torres Bodet: Op. cit., p.114.
15. Pedro Luis Barcia: Op. cit., p.75.

VI

EL CENTENARIO DE LOS RAROS



El 12 de octubre de 1896, según reza el colofón, se terminó de imprimir en los talleres de la tipografía *La Vasconia* de la ciudad de Buenos Aires, el libro de Rubén Darío *Los Raros*, justamente calificado por Jaime Torres Bodet como “una de sus contribuciones mayores al Modernismo”.

Pese a la importancia que este libro tiene en el conjunto de la obra dariana y su enorme influencia en los años iniciales de la renovación modernista, *Los Raros* es una de las obras de Rubén menos estudiada por los críticos. Su difusión no puede compararse a la de *Azul . . . Prosas Profanas* y *Cantos de Vida y Esperanza*. En vida de Darío sólo se publicaron dos ediciones (1896 y 1905). Los estudiosos darianos aseguran que hasta la fecha no pasan de una docena las ediciones que ha tenido este libro memorable.

Y, sin embargo, se trata de un libro de gran significación. Enrique Anderson Imbert esgrime cuatro razones para otorgar a *Los Raros* la categoría de *libro clave*: “La primera -no la mayor- porque nos deja ver a Darío en el acto de levantar un mapa en relieve de la cultura tal como la exploró entre 1893 y 1896. O sea, nos muestra qué rarezas celebraba en esos escritores, los diferentes grados de sus eminencias, la biblioteca y hemeroteca que consultaba, las autoridades críticas que reconocía, anécdotas de su trato personal con hombres de letras, en fin, una autobiografía con forma de biografía. La segunda razón por la que *Los Raros* es libro capital está en

los méritos de su prosa artística: en esos inteligentes ensayos cabrillean las frases con frecuentes aciertos poéticos; el dominio de la lengua le ha dado, ya, un estilo flexible, ágil, imaginativo, gracioso, evocador, elegante, sutil; hay pasajes de empeño, con la virtud expresiva de la mejor prosa poemática en esos años. La tercera razón es que gracias a sus juicios y citas podemos correlacionar estas páginas con los poemas coetáneos y hasta localizar algunas fuentes precisas. Y la cuarta razón no la menor- es que en *Los Raros* encontramos, implícita, indirecta, la teoría estética de Darío”.

FICHA BIBLIOGRAFICA DE LOS RAROS

La primera edición de *Los Raros* (*Editio Princeps*) es una verdadera joya bibliográfica desde varios aspectos, incluyendo su excelente presentación tipográfica (“impresión exótica”, la llamó Luis Berisso).

En primer lugar, por su propia “rareza”. Aparentemente sólo se editaron 500 ejemplares que se agotaron en quince días, un verdadero récord para la época. La publicación fue financiada por Angel de Estrada y un grupo de amigos de Rubén. La Tipografía La Vasconia, donde se editó, propiedad del español naturalizado en Argentina, Francisco Grandmontagne, estaba situada en la Avenida de mayo No. 781 del viejo Buenos Aires. En Nicaragua sólo existen tres ejemplares de la edición príncipe; dos pertenecientes a la Colección José Jirón Terán, de la Sala Dariana de la Biblioteca Nacional. El Museo Archivo Rubén Darío de León, posee el tercer ejemplar.

La Edición Príncipe es un volumen de 237 páginas, de 13 por 22 centímetros. En la cubierta aparece el dibujo a lápiz de la cabeza de Rubén, a los 29 años de edad, obra del artista argentino Alberto Schiaffino, publicado antes en la revista *Buenos Aires*. El título del libro está impreso en forma vertical. Del nombre del autor aparecen sólo la “R”, entrelazada con la “D” mayúscula inicial de Darío. Algunos suponen que el mismo Schiaffino pudo ser quien diseñó la cubierta. En la portada, donde están completos el nombre y el apellido del autor y el título de la obra, hay un dato curioso: un gato negro echado, da las espaldas al lector y pareciera estar

leyendo el título del libro. La presencia de esta curiosidad tipográfica ¿no será una alusión al nombre del célebre café parisino *Le Chat Noir*, cenáculo de parnasianos y simbolistas?

El libro está compuesto de 19 capítulos que corresponden, en su mayoría, a sendos artículos publicados por Rubén en *La Nación* de Buenos Aires entre 1893, año de su arribo a Buenos Aires, y 1896. Si bien el propio Darío dice en el prólogo que fueron extraídos por Angel de Estrada y Miguel Escalada, del bosque espeso de *La Nación*, lo cierto es que al menos dos de ellos, como lo advierte Pedro Luis Barcia, fueron publicados en otros medios, como la *Revista Nacional*, donde apareció el artículo dedicado a Edgar Allan Poe y el periódico *Argentina*, de Alberto Ghirardo, donde se publicó el correspondiente al Conde de Lautréamont. Tampoco todos fueron escritos en Buenos Aires. Barcia sostiene que la semblanza dedicada a D'Esparbes fue escrita en París, antes del viaje a Buenos Aires, y la correspondiente a Moréas durante la travesía a Buenos Aires, según el testimonio de Rafael A. Arrieta, quien asegura habérselo oído decir al propio Darío. Sin embargo, cabe observar que en la Edición Príncipe la aludida semblanza aparece datada en París, 1893.

La segunda edición de *Los Raros* y última en vida de Rubén, "corregida y aumentada", la publicó la Casa Editorial Maucci de Barcelona, España (calle de Mallorca, No. 166) en 1905 con 265 páginas. Hay notables diferencias entre ambas ediciones. En la primera edición, cada capítulo lleva un título, además del nombre del "raro" (Pauvre Lelian para Verlaine; El Rey, para Matías Augusto de Villiers de L'Isle Adam; El Verdugo, para León Bloy; El Turanio, para Jean Richepin; etc.). En la segunda y definitiva edición, los capítulos son encabezados directamente con el nombre del "raro". Además, se suprime, en los dedicados a Leconte de Lisle, Paul Verlaine y Augusto de Armas, la indicación de su carácter necrológico.

En la segunda edición Rubén modificó el orden de presentación de los capítulos. Esta vez el libro se inicia con uno de los dos artículos adicionados, el dedicado a Camilo Mauclair, que es el único que lleva un encabezado distinto del nombre del "raro": *El arte del silencio*, título del libro de Mauclair que Darío comenta. La otra adición es el trabajo sobre Paul Adam. Ambos artículos se habían publicado antes en *La Nación* de

Buenos Aires en abril de 1901 y en abril de 1903, respectivamente, según nos informa Pedro Luis Barcia. En la segunda edición, Darío substituyó el prólogo y dedicatoria de la primera edición por un prólogo más breve, fechado en París, enero de 1905, en el cual Rubén, en plena madurez y meses antes de publicar su obra cumbre *Cantos de Vida y Esperanza*, juzga con cierta benevolencia el contenido del libro que tanta influencia y tantas polémicas suscitó cuando amanecía para las letras españolas el movimiento Modernista. Dice Rubén: "Hay en estas páginas mucho entusiasmo, admiración sincera, mucha lectura y no poca buena intención. En la evolución natural de mi pensamiento, el fondo ha quedado siempre el mismo. Confesaré, no obstante, que me he acercado a algunos de mis ídolos de antaño y he reconocido más de un engaño de mi manera de pensar. Restan la misma pasión de arte, el mismo reconocimiento de las jerarquías intelectuales, el mismo desdén de lo vulgar y la misma religión de belleza. Pero, una razón autumnal ha sucedido a las explosiones de la primavera".

En cambio, en la primera edición, después de expresar su agradecimiento a sus *queridos y fieles amigos*, Angel Estrada y Miguel Escalada, a quienes está dedicado el libro, por haber sido ellos quienes compilaron los artículos sacándolos del *bosque espeso de La Nación*, Darío creyó oportuno reproducir, a continuación, el texto de la presentación (*Nuestros propósitos*) del primer número de la *Revista de América*, la que fundara en Buenos Aires con Ricardo Jaimes Freyre en 1894, cuya desaparición *en flor* lamenta (sólo se publicaron tres números entre agosto y octubre de 1894). Dicha presentación era, en realidad, el programa del proyecto literario del modernismo. Rubén justifica la reproducción de *Nuestros propósitos* por cuanto, como dice enseguida: "La esencia de ese programa nos anima siempre a todos los buenos trabajadores de entonces y a los que han aumentado las filas. Arte: esa es la única y principal insignia". Y luego, consciente del contenido polémico de su libro agrega: "Somos ya algunos y estamos unidos a nuestros compañeros de Europa. Que nuestros esfuerzos no son vanos, lo demuestran los aplausos de los pensadores independientes, los ataques nobles de los contrarios que saben y comprenden la Obra y sus principios, y el aleteo y gritería de espanto furioso que se produce entre las ocas normales".

En 1905, cuando autorizó la segunda edición, Rubén estimó, como lo diría un año después en el prefacio de *Cantos de Vida y Esperanza*, que: "El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América se propagó hasta España, y tanto aquí como allá el triunfo está logrado". Entonces, ya no era necesario reproducir el prólogo de la *Editio Princeps* de 1896.

La lista de "raros" incluidos en la Edición Príncipe es la siguiente:

I. Lcconte de Lisle. II. Paul Verlaine. III. El Conde Matías Augusto de Villiers de L'Isle Adam. IV. León Bloy. V. Jean Richepin. VI. Jean Moreas. VII. Rachilde. VIII. Teodoro Hannon. IX. El Conde de Lautréamont. X. Max Nordau. XI. George D'Esparbes. XII. Augusto de Armas. XIII. Laurent Tailhade. XIV. Fray Domenico Cavalca. XV. Edouard Dufus. XVI. Edgard Allan Poe. XVII Ibsen. XVIII. José Martí. XIX. Eugenio de Castro.

EL CONCEPTO DE RAROS

Varias veces, el propio Darío, explicó el concepto de "raro" que utilizó para seleccionar a los autores incluidos en su libro y decidir la exclusión de otros que aspiraban a figurar en él, o que podían haber encontrado sitio en la nómina definitiva de sus "raros".

Si bien sus amigos Estrada y Escalada recopilaron los artículos destinados a aparecer en el libro, la selección final la hizo el propio Darío, desde luego que no se trataba de publicar una simple colección de artículos. La obra formaba parte importante del proyecto literario que Rubén se propuso y, por lo mismo, debía tener un sentido y una coherencia, que sólo Darío podía dársela. *Los Raros* no fue un libro improvisado. Rubén concibió la idea de escribirlo algunos años antes de su publicación, de suerte que las semblanzas aparecidas en *La Nación* de Buenos Aires y en otros medios, a partir de 1893, eran ya capítulos anticipados de la obra. Incluso, algunos de estos artículos se publicaron bajo el título genérico de *Los Raros*, como anunciando el futuro libro que debía contenerlos.

En septiembre de 1894, la *Revue Illustré du Río de la Plata* consigna que el señor don Rubén Darío, Cónsul General de Colombia en Argentina tiene en prensa *Los Raros*, primera serie.

Se sabe, también, que Rubén decidió no incluir entre sus “raros” a un joven poeta argentino merecedor de su afecto y de su admiración, Leopoldo Lugones, pese a que había escrito un comentario muy elogioso sobre su obra (*Un poeta socialista, Leopoldo Lugones*). En realidad, Lugones esperaba aparecer en la galería de “raros” y no dejó de experimentar cierto resentimiento pasajero por la exclusión, lo cual no le impidió escribir una crítica laudatoria sobre el libro de Rubén.

Tampoco incluyó Darío a Paul Groussac ni su trabajo sobre el italiano Gabriel D’Annunzio, que insertó en los dos primeros números de su *Revista de América*. Otro excluido fue el filósofo Nietzsche, pese a que sobre él había escrito un ensayo publicado en *La Nación*, en 1894, bajo el título: *Los raros: Nietzsche*. Quizás repugnaron a Darío las teorías de este filósofo sobre el superhombre, a las cuales aludió con menosprecio en la parte final del artículo sobre Camilo Mauclair, donde contrapone la filosofía *amplia y generosa*, que según él inspira al simbolismo, a la prevalente de “egotismo superhombros y otras nietzschedades”.

La primera explicación sobre el criterio de su selección la ofreció Darío en su artículo *Los colores del estandarte*, réplica a la crítica de Paul Groussac a *Los Raros*. Y es que su famosa galería de “raros” motivó varias críticas por la aparente falta de homogeneidad entre los autores incluidos. ¿Qué afinidad o similitud, se preguntaban los críticos, podía hacer, por ejemplo, entre el loco Lautréamont y José Martí? Rubén creyó oportuno explicarse: “*Los Raros* son presentaciones de diversos tipos, inconfundibles, anormales; un hierofante olímpico, o un endemoniado, o un monstruo, o simplemente un escritor como D’Esparbes, que da una nota sobresaliente y original . . . Elegí los que me gustaron para el alambique. No son raros todos los decadentes ni son decadentes todos los raros . . . No son los raros presentados como modelos; primero, porque lo raro es lo contrario de lo normal, y después, porque los cánones del arte moderno no nos señalan más derrotero que el amor absoluto a la belleza —clara, simbólica o arcana— y el desenvolvimiento y manifestación de la personalidad. Sé tú mismo; ésa es la regla”.

En su *Autobiografía*, Rubén nos dice que un escritor “raro” es un escritor “fuera de lo común”. “Comencé a publicar en *La Nación* una serie

de artículos sobre los principales poetas y escritores que entonces me parecieron raros, o fuera de lo común. A algunos les había conocido personalmente, a otros por sus libros. La publicación de la serie de *Los raros* que después formó un volumen, causó en Río de la Plata excelente impresión, sobre todo entre la juventud de letras, a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza. Ciertamente que había en mis exposiciones, juicios y comentarios, quizás demasiado entusiasmo; pero de ello no me arrepiento, porque el entusiasmo es una virtud juvenil que siempre ha sido productora de cosas brillantes y hermosas; mantiene la fe y aviva la esperanza”.

Uno de los amigos que ayudaron a Rubén a compilar el libro, Angel de Estrada, advirtió, en artículo publicado días después de la aparición de *Los Raros*, que al término “raro” debía conferírsele la acepción de *extravagancia*, es decir, que se sale de la generalidad y de lo común.

Veamos cómo Rubén aplica su concepto de “raro” a los escritores incorporados a la serie de retratos literarios. Citaremos unos ejemplos:

“Leconte de L’Isle, el pontífice del Parnaso, el Vicario de Hugo y su sucesor en la asamblea de los inmortales, fue Jefe de escuela y de escuela que tenía por fundamento principal el culto de la forma”. Rubén llama homérica a de L’Isle por ser de alma y sangre latinas y por haber adorado siempre el lustre y el renombre de la Hélade inmortal. Y agrega que “Alejandro Dumas (hijo), al recibir en la Academia francesa al autor de los *Poemas antiguos* y los *Poemas bárbaros*, le dijo *Vuestros contemporáneos eran los griegos y los hindúes*”. Rubén advierte que la fama no ha sido propicia a Leconte de L’Isle: “Hay en él mucho de olímpico y esto lo aleja de la gloria común de los poetas humanos”.

“Paul Verlaine (Pauvre Lelian) fue un hijo desdichado de Adán, en el que la herencia paterna apareció con mayor fuerza que en los demás. De los tres Enemigos, quien menos mal le hizo fue el Mundo. El Demonio le atacaba -se defendía de él como podía, con el escudo de la plegaria. La Carne sí, fue invencible e implacable. Raras veces ha mordido cerebro humano con más furia y ponzoña la serpiente del Sexo. Su cuerpo era la lira del pecado. Era un eterno prisionero del deseo. Al andar, hubiera podido buscarse en su huella, lo hendido del pie . . . Y ese carnal pagano

aumentaba su lujuria primitiva y natural a medida que acrecía su concepción católica de la culpa . . . ¡Dios mío! Aquel hombre nacido para las espinas, para los garfios y los azotes del mundo, se me apareció como un viviente doble símbolo de la grandeza angelical y de la miseria humana”.

El Conde Matías Augusto de Villiers de L’Isle Adam, creador del personaje doctor Trifulat Bonhomet, descendiente de una noble familia, diz que emparentada con la familia real de Grecia, llevó una vida acosada por el sufrimiento. Rubén dice de él que era: *un ser raro entre los raros*. “Todos los que le conocieron conservan de él la impresión de un personaje extraordinario . . . A los ojos del hermético y fastuoso Mallarmé es un tipo de ilusión, un solitario, -como las más bellas piedras y las más santas almas-, además, en todo y por todo un rey; un rey absurdo si queréis, poético, fantástico; pero un rey. Luego, un genio”.

De León Bloy “el verdugo de la literatura . . . , vive sombrío, aislado, como en un ambiente de espanto y de siniestra extrañeza . . .” “León Bloy es el voluntario verdugo moral de esta generación, el Monsieur de París de la literatura, el formidable e inflexible ejecutor de los más crueles suplicios . . . más que todo, es un monje de la Santa Inquisición, o un profeta iracundo que castiga con el hierro y el fuego y ofrece a Dios el chirrido de las carnes quemadas . . . Hijo mío predilecto, le diría Torquemada . . . La prensa parisiense, herida por él, se ha pasado la palabra de aviso: silencio. Lo mejor es no ocuparse de ese loco furioso; no escribir su nombre, relegar a ese vociferador al manicomio del olvido . . . León Bloy sigue adelante, cargado con su montaña de odios, sin inclinar su frente una sola línea . . . Clama sobre París como Isaías sobre Jerusalén: Príncipe de Sodoma, oíd la palabra de Jehová . . . Es ingenuo como un primitivo, áspero como la verdad y robusto como un sano roble . . .”

Del autor de los *Cantos de Maldoror*, el Conde de Lautréamont, *El endemoniado*, seudónimo de Isodore Ducasse, Rubén dice que: “Vivió desventurado y murió loco. Escribió un libro que sería único si no existiesen las prosas de Rimbaud; un libro diabólico y extraño, burlón y aullante, cruel y penoso; un libro en que se oyen a un tiempo mismo los gemidos del Dolor y los siniestros cascabeles de la Locura. Se trata de un loco, ciertamente. Pero recordad que el deus enloquecía a las pitonisas, y que

la fiebre divina de los profetas producía cosas semejantes . . . El cómo se burla de la belleza —como de Psiquis, por odio a Dios— lo veréis en las siguientes comparaciones tomadas de otros pequeños poemas: . . . *El gran duque de Virginia era bello, bello como una memoria sobre la curva que describe un perro que corre tras de su amo . . . El adolescente, bello como la retractilidad de las garras de las aves de rapiña, o aun como la poca seguridad de los movimientos musculares en las llagas de las partes blandas de la región cervical posterior, o, todavía, Como esa tranpa perpetua para ratones, . . . o sobre todo, bello como el encuentro fortuito, sobre una mesa de disección, de una máquina de coser y un paraguas . . .*"

Dice Carlos Martínez Rivas, en el breve prólogo que escribió para la edición de EDUCA de *Los Raros* (San José, Costa Rica, 1972): "Y en cuanto a éste, con qué certero instinto va Rubén con su pinza a la frase definidora del arte como: el encuentro fortuito, sobre una mesa de disección, de un paraguas y una máquina de coser. Frase que los surrealistas (André Breton, Jefe de este movimiento, nace precisamente en 1896, año de la aparición de *Los Raros*) citarán hasta la saciedad en sus textos y reproducirán plásticamente en sus exposiciones, treinta años más tarde; y que Ramón Gómez de la Serna (1888-1963) escribirá con tiza en una pizarra para iniciar una conferencia para iniciados, en la década de los años treinta".

¿Que pueden tener en común este loco endemoniado de Lautréamont con alguien como José Martí, incluido en tan sorprendente galería de "raros"? Cada uno es raro o excepcional, a su manera. Para Darío, José Martí "era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros los pobres (se refiere a los hispanoamericanos); era millonario y dadivoso: vaciaba su riqueza a cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico: hay entre los enormes volúmenes de la colección de *La Nación*, tanto de su metal fino y piedras preciosas, que podría sacarse de allí la mejor y más rica estalua. Antes que nadie, Martí hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías. El cubano era un hombre. Más aún: era como debería ser el verdadero superhombre: grande y viril; poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la Naturaleza. Y era poeta; y hacía versos . . . y casi siempre versos pequeñitos, versos sencillos —no se llamaba así un

librito de ellos?- versos de tristezas patrióticas, de duelos de amor, ricos de rima o armonizados siempre con tacto; una primera y rara colección está dedicada a un hijo a quien adoró y a quien perdió por siempre: *Ismaelillo*"

CRITICA DE LOS RAROS

Antes de que comenzara a circular la primera edición de *Los Raros*, las notas periodísticas que anunciaban su publicación anticipaban su carácter polémico. La primera reseña del libro se debe a Luis Berisso. Apareció cuatro días después de su publicación y advierte que será campo de lucha para sirios y troyanos. Miguel Escalada escribe, días después, un artículo un poco más extenso. Luego se desató la polémica prevista.

Entre el cúmulo de artículos a que dio motivo el original libro de Rubén, sobresale el escrito por Paul Groussac en su prestigiosa revista *La Biblioteca*. Darío tuvo siempre un gran aprecio por este notable escritor de origen francés, radicado desde muy joven en Argentina, a quien consideraba, junto a José Martí y Santiago Estrada, como a uno de sus maestros en el nuevo estilo de la prosa. Si bien el artículo de Groussac sobre *Los Raros* reconoce los méritos literarios del "joven poeta centroamericano", es muy severo con este nuevo libro y le reprocha, en tono un poco áspero, que se haya convertido "en Heraldo de pseudo talentos decadentes, simbólicos, estetas . . ." Groussac no se muestra muy convencido de la renovación literaria francesa y censura en Rubén el "eco servil de rapsodias parisienses".

Darío respondió a la crítica de Groussac con su artículo titulado *Los colores del estandarte*, publicado en *La Nación* el 27 de noviembre de 1896. Este es uno de los pocos trabajos en que Rubén hizo un esfuerzo por explicar su credo estético, de suerte que es tenido como uno de sus manifiestos literarios. Otro, como se sabe, es *Dilucidaciones*, publicado primero en *Los lunes de El Imparcial* de Madrid y luego como proemio de *El Canto Errante* (1907).

Otros artículos sobre *Los Raros*, que se publicaron inmediatamente después de su aparición, se debieron a Manuel Ugarte, a Ch. Delgouffre y a Leopoldo Lugones. Este último, pese a su exclusión de la célebre ga-

lerfa, en *El Tiempo* de Buenos Aires escribió lo siguiente: "El libro encierra una colección de artículos raros sobre los raros. Casi todos son conocidos, por haberse publicado aisladamente en varios periódicos, pero ganan mucho más presentados en bloque. Son estudios y comentarios sobre las más famosas personalidades de la escuela decadente y son tanto más interesantes cuanto que han nacido bajo la pluma de un sectario incondicional de la nueva musa. Y, con sinceridad, el libro es bueno".

A cien años de su publicación, ¿cuál es el valor que la crítica contemporánea atribuye a *Los Raros*?

Ya adelantamos, en la introducción de este trabajo, las opiniones de Jaime Torres Bodet y de Enrique Anderson Imbert. En términos generales, los críticos consideran a *Los Raros* entre los dos o tres mejores libros en prosa de Darío, y compite con *Opiniones* el primer lugar en cuanto a crítica literaria. Ernesto Mejía Sánchez afirma que al llamado *período argentino* de Rubén (1893-1898) se deben "dos obras representativas en la producción de Darío, que habían de ser consideradas por la juventud de España y América como breviaros de una nueva estética, de 1896 en adelante: *Los Raros* y *Prosas Profanas*. El libro ha sido también calificado como *misal para la religión del nuevo arte americano*".

Pese a que los libros en prosa tienden a envejecer más rápidamente que los libros de poesía, las páginas de *Los Raros* siguen conservando su encanto literario, deleitan al lector y le ponen en contacto con una prosa muy rica y una crítica literaria ejemplar, aun cuando algunos de los autores reseñados hayan pasado al olvido. (Dubus, Hannon, D'Esparbes, Augusto de Armas y Laurent Tailhade, entre otros). Hoy día *Los Raros* es un clásico de la literatura hispanoamericana.

Seguramente todas las semblanzas no tienen el mismo mérito. Las más logradas son quizá las dedicadas a Leconte de L'Isle, Verlaine, Poe, Ibsen, Martí y Eugenio de Castro. Esta última es de las más extensas, ya que se trata del texto de la conferencia leída por Darío en el Ateneo de Buenos Aires. Es, en realidad, un magnífico estudio sobre la evolución de la literatura portuguesa.

De *Prosas Profanas* y *Los Raros* puede decirse, con Juan Loveluck, que son "obras claves en la historia de la evolución estética de Darío". *Los*

Raros es el antecedente obligado, el preámbulo indispensable de *Prosas Profanas*, el otro gran libro modernista de Rubén, cuyo centenario de edición también se conmemora este año. Gracias a ellos Rubén se convirtió en el portaestandarte y jefe indiscutible del más original movimiento literario que ha tenido lugar en las letras españolas.

MANAGUA, ENERO DE 1996

VII

CIEN AÑOS
DE PROSAS PROFANAS



rosas Profanas se terminó de editar en diciembre de 1896, el mismo año de la aparición de *Los Raros*, el otro gran libro modernista de Darío. Sin embargo, no comenzó a circular sino hasta en los últimos días del mes de enero del año siguiente. El 21 de enero de 1897, Rubén remitió al impresor, Pablo E. Coni, una esquila manuscrita rogándole enviar los ejemplares de *Prosas Profanas* al local de *El Ateneo* de Buenos Aires, situado sobre la calle de Florida.

Sin embargo, las primeras reseñas de *Prosas Profanas* aparecieron en Buenos Aires a mediados de enero. Esto se debió a que desde el 16 de dicho mes Darío dispuso de algunos ejemplares de su obra, que distribuyó entre amigos muy cercanos. Pero éstos contenían una errata en el texto del poema *Garçonnière*. El afán de Rubén de lograr una impresión impecable le llevó a ordenar, el día primero de enero, un nuevo tiraje de la página 56 donde detectó el error, circunstancia que demoró la entrada en circulación del libro. Se supone que las primeras reseñas fueron hechas por quienes dispusieron de estos ejemplares, que Darío calificó de *negros* en esquila dirigida al impresor, fechada el 16 de enero de 1897.¹

La publicación del nuevo libro de Rubén fue costeadada por su amigo Carlos Vega Belgrano, nieto del prócer argentino general Manuel

Belgrano, Presidente de *El Ateneo* de Buenos Aires y director del periódico *El Tiempo*.

FICHA BIBLIOGRAFICA DE PROSAS PROFANAS

La ficha bibliográfica de la edición príncipe es la siguiente: *Rubén Darío: Prosas Profanas y otros poemas*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos, 680, Calle Perú, 680, 1896. La dedicatoria dice así: *A Carlos Vega Belgrano/ Afectuosamente/ Este libro/ dedica/ R.D.*

Los treinta y tres poemas de la primera edición ocupan 176 páginas, nítidamente impresas. La segunda edición apareció en París, en 1901, publicada por la Librería de la viuda de C. Bouret, con un agregado de 21 poesías distribuidas en tres nuevas secciones: *Cosas del Cid*, *Dezires*, *Layes y Canciones*, y *Las ánforas de Epicuro*. La segunda edición lleva como introducción el estupendo estudio escrito por José Enrique Rodó, pero sin la firma del autor por una imperdonable omisión del editor, error enmendado después en la tercera edición hecha por el mismo impresor (Ed. de la Vda. Bouret, 1908). Todas las ediciones posteriores, igual que en el caso de *Los Raros*, reproducen la segunda edición, lo que hace de la *Editio Princeps* una verdadera rareza bibliográfica.

Pero, mientras la primera edición de *Los Raros* se agotó en quince días, *Prosas Profanas* no fue un éxito editorial inmediato: los quinientos ejemplares de la primera edición tardaron años en venderse, según Valentín de Pedro, citado por el Profesor Edelberto Torres.

Como en el caso de *Los Raros*, cuyo contenido fue reunido por Angel de Estrada y Miguel Escalada, sacándolo principalmente "del bosque espeso de *La Nación*", el poemario de *Prosas Profanas* fue también coleccionado por manos amigas. Según Emilio Carilla, fue Carlos Vega Belgrano, el mismo que pagó los gastos de la publicación, quien reunió los poemas.² En cambio, Pedro Luis Barcia atribuye esta tarea a los amigos que prepararon la edición de *Los Raros*, Angel de Estrada y Miguel Escalada.³ A su vez, Rafael Alberto Arrieta sostiene que fueron "algunos amigos, entre ellos el poeta Leopoldo Díaz".⁴ En todo caso, al igual que *Los*

Raros, la selección y disposición final del contenido de *Prosas Profanas* fueron hechas por el propio Darío.

El título del libro desconcertó a muchos, incluso a algunos críticos academizantes que lo consideraron una antífrasis inadmisibile. ¿Por qué llamar *Prosas* a una colección de poemas? ¿Capricho del autor? ¿Afán de llamar la atención? Estos comentarios hacían sonreír a Rubén, seguro de su hallazgo. En su *Autobiografía* Rubén nos dice que quienes se escandalizaron por el título se olvidaron de las prosas latinas de la iglesia, algo que si advirtió el gran crítico uruguayo José Enrique Rodó, quien celebró el acierto de Darío: “. . . Yo creo que el autor . . . ha sonreído al pensamiento de que el público ingenuo se sorprenda de ver aplicado a tan exquisita poesía el humilde nombre de prosa. ¿Coquetería de poeta? De cualquier modo, a mí me gusta la originalidad de ese bautismo, como rasgo voluntarioso y como cortesanía de señor que nos invita a que pasemos adelante . . . Laudable es que la espuma del ingenio suba hasta el título, que es como si subiera hasta el borde”. Y es que, efectivamente, como nos explica Pedro Luis Barcia, el vocablo *prosa* fue utilizado en el himnario litúrgico de la Iglesia Católica para designar un tipo de composición poética en versos en honor de los santos⁵ Rubén llamó *profanas* a sus *prosas* por los temas mundanos, sensuales y hasta eróticos de sus poemas.

En las *Palabras Liminares* del poemario Darío nos dio la clave del nombre: “Yo he dicho, en la misa rosa de mi juventud, mis antífonas, mis secuencias, mis prosas profanas”. Otra clave puede deducirse del hecho de figurar en el poemario, en su segunda edición, del soneto *A Maestre Gonzalo de Berceo*. ¿No fue acaso este primitivo poeta medieval el primero, en lengua castellana, en llamar *prosa* a su poema?:

*Quiero fer una prosa en roman paladino
en el cual sucle el pueblo fablar con su vecino . . .*

La crítica contemporánea coincide en considerar el título del libro como un acierto genial de Rubén. Afirma al respecto Pedro Luis Barcia: “Más aun, podríamos decir que algo contiene este título oximorónico de la sostenida y honda tensión anímica de Rubén entre el goce de lo vital,

su paganía, y su religiosidad profunda . . . El allegamiento, el entrecruzamiento designativo que el título supone, es una forma de la expresión de esa confluencia -que llega a ser agónica en Darío- en que vivió el poeta su dualismo espiritual".⁶

CONTENIDO DE LA PRIMERA EDICION DE *PROSAS PROFANAS*

Suele decirse que *Prosas Profanas* es "un libro bonaerense", no sólo por el lugar de su aparición sino también por ser en la ciudad de Buenos Aires donde fue escrita la mayoría de los poemas que contiene. Sin embargo, en realidad, varios de ellos son anteriores a su llegada a Buenos Aires, como *Blasón*, *Para una cubana*, *Elogio de la Seguidilla* y *Pórtico*, escritos en 1892. Muchos de los flamantes poemas de *Prosas Profanas* fueron escritos en las salas de redacción de los diarios argentinos en los cuales Darío colaboraba (*La Nación*, *El Tiempo*, *La Tribuna*), o bien sobre las mesas de los cafés y de las cervecerías que frecuentaba (el Café de los hermanos Luzio, el *Auer's Keller*, *El Americano*, *La Helvética* y la *Bier Convent*). "Ellos corresponden, nos dice Rubén en su *Autobiografía*, al período de ardua lucha intelectual que hube de sostener, en unión de mis compañeros y seguidores, en Buenos Aires, en defensa de las ideas nuevas de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien, de la aristocracia literaria".

El investigador argentino Eduardo Héctor Duffau ha logrado establecer con precisión el nombre del periódico o revista, con su respectiva fecha, donde fueron publicados, por primera vez, veintiséis de las treinta y tres piezas del poemario.⁷

La primera edición se compone de un prólogo (*Palabras Liminares*) y seis secciones (*Prosas Profanas*, *Coloquio de los Centauros*, *Varia*, *Verlaine*, *Recreaciones Arqueológicas* y *El reino interior*). A la segunda edición de 1901 Darío agregó 21 poemas, distribuidos en cuatro secciones, con lo cual el texto definitivo del libro llegó a 54 poesías.

Pertenecen a *Prosas Profanas* varias de las más celebradas poesías de Rubén, como *Era un aire suave*, *Sonatina*, *Blasón*, *Margarita*, *Ite*

*missa est, Coloquio de los Centauros, Año Nuevo, Responso, Verlaine y Yo persigo una forma. No es el propósito de este trabajo analizar las composiciones incluidas en este breviario modernista. Eximios darianos, como Arturo Marasso, Pedro Luis Barcia y Eduardo Zepeda-Henríquez, han hecho notables contribuciones a su estudio y análisis. Nuestro propósito es, más bien, subrayar la importancia que *Prosas Profanas* tiene en el conjunto de la obra dariana y el impacto que provocó su aparición a principios de 1897.*

POLEMICA GENERADA AL PUBLICARSE *PROSAS PROFANAS*

Cuando apareció *Prosas Profanas*, Rubén Darío tenía treinta años de edad. Había llegado a Buenos Aires en agosto de 1893 y, para entonces, era ya el portaestandarte indiscutible del Modernismo, la nueva escuela literaria surgida en la América hispana.

El prestigio de Rubén, después de *Azul . . .* y de *Los Raros* era tal que, muchas "voces insinuantes" solicitaron de él un *manifiesto*, que explicitara el nuevo credo literario. Rubén no lo consideró *ni fructuoso ni oportuno*. En las *Palabras Liminares* de *Prosas Profanas* dio sus razones. Además de señalar la "absoluta falta de elevación mental de la mayoría de nuestro continente" y lo aún "vano de la obra colectiva de los nuevos de América . . . estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del mismo Arte a que se consagran", Rubén esgrimió como argumento principal el siguiente: "proclamando como proclamo, una estética acrática, la imposición de un modelo o de un código implicaría una contradicción". Y agrega: "mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y paje o esclavo, no podrá ocultar su sello o librea".

Sin embargo, varias autoridades darianas, entre ellas Enrique Anderson Imbert, sostienen que Darío, "en las *Palabras Liminares* de *Prosas Profanas* con el aire de no querer dar un manifiesto de su teoría literaria lo dio", desde luego que en el célebre prefacio enuncia algunos elementos claves de su estética: "Si hay poesía en nuestra América, ella está en las

cosas viejas: en Palenque y Uxatlán, en el indio legendario y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman. Buenos Aires: Cosmópolis. ¡Y mañana! . . . - Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París . . . ¿Y la cuestión métrica? ¿Y el ritmo? Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces . . . Y la primera ley, creador: crear. Bufe el eunuco. Cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta”.

El desafiante título del libro, lo provocativo de sus *Palabras Liminarias*, las numerosas innovaciones métricas y rítmicas plasmadas en sus poemas y lo exótico de la mayoría de sus temas, hicieron de *Prosas Profanas* verdadera piedra de escándalo.

Rubén estaba perfectamente consciente de “la gritería de trescientas ocas” que iba a provocar su poemario. De eso precisamente se trataba: de lanzar el grito de la revolución literaria. Y él era el indicado para hacerlo. “Al publicar *Prosas Profanas*, dice Anderson Imbert, Darío era el más revolucionario de todos. Revolucionario, no destructor, pues sus imágenes embellecían las letras no las distorsionaban; sus reformas métricas sonorizaban la lengua, no la ensordecían; su cultura —a pesar del mote de decadente— elevaba el nivel social de nuestra América, no lo dejaba decaer”.⁸

El mismo Darío nos dice en su *Autobiografía*: “*Prosas Profanas*, cuya sencillez y poca complicación se pueden apreciar hoy, causaron al aparecer, primero en periódicos y después en libro, gran escándalo entre los seguidores de la tradición y del dogma académico; y no escasearon los ataques y las censuras y mucho menos las bravas defensas de impertérritos y decididos soldados de nuestra naciente reforma”. Y es que *Prosas Profanas es la obra señera de la lucha*, afirma el Profesor Edelberto Torres; es *libro de combate*, agrega el Profesor Guillermo Rothschild Tablada, que “aspira a presentar en forma concreta las características de la nueva escuela, bajo cuyo pórtico ingresarán los mejores”.

El terreno estaba, pues, preparado para la polémica, de la cual no se sustrajo ni el propio Darío. La repercusión desbordó el ámbito ar-

gentino. Sus ecos resonaron en todo el mundo hispánico. Los primeros elogios vinieron de amigos de Rubén. Se publicaron en *La Nación* y en *El Tiempo* los días 9 y 12 de enero de 1897, antes incluso de la puesta en circulación del libro y fueron escritos por Julio L. Jaines y Miguel Angel Garmenia, respectivamente. Después vinieron los ataques. Del sector académico surgió la del profesor de origen italiano Matías Calandrelli, tan poco imaginativa que ponía en duda que fuese físicamente posible *Ir al sol por la escala luminosa de un rayo*, como dice el soberbio verso de Rubén.

Desde Paraguay llega otra crítica. Esta vez se trata del ensayo de Manuel Gronda, escritor de valía, quien anteriormente había expresado su admiración por el autor de *Azul* . . . Ahora sus juicios no son tan admirativos: los conceptos de la *Palabras Liminares* le parecen inaceptables y lamenta que el afán esteticista de *Prosas Profanas* se plasme en una poesía, según él, carente de emoción y del sentimiento de América.⁹

Más importante para Darío fue el estudio crítico del escritor argentino-francés Paul Groussac, publicado en la revista *La Biblioteca*, de Buenos Aires (Año II, tomo III-1897), que el propio Groussac dirigía. Anteriormente, Groussac había hecho una crítica poco elogiosa sobre *Los Raros*, publicada también en *La Biblioteca* (Año I, tomo II-1896), y que dio lugar a la brillante respuesta de Darío aparecida en *La Nación* de Buenos Aires bajo el título de *Los colores del estandarte*. Al menos, esta vez, la crítica de Groussac le permitió a Rubén explicar lo de su famoso *galicismo mental*. En *Los colores del estandarte* ya se advierten ecos de las *Palabras Liminares* de *Prosas Profanas*. Para Darío, la opinión del severo y huraño Groussac era de mucha importancia, dado el prestigio de que gozaba como crítico literario este escritor que Darío no había vacilado en incluir entre sus maestros reconocidos. "Los maestros que me han conducido al galicismo mental de que habla Don Juan Valera, le había dicho Rubén en *Los colores del estandarte*, son: algunos poetas parnasianos, para el verso, y Ud para la prosa. Sí, Groussac, con sus críticas teatrales a *La Nación*, en la primera temporada de Sarah Bernhardt, fue quien me enseñó a escribir, mal o bien, como hoy escribo . . ."

Sin dejar de lado la fobia que le producían los decadentes franceses y sus serviles imitadores en hispanoamérica, el ensayo de Groussac

sobre *Prosas Profanas* contenía más reconocimientos que críticas negativas. En el fondo, era favorable y representaba un verdadero espaldarazo para el joven poeta nicaragüense. “En las numerosas batallas literarias ganadas por Darío, afirma Emilio Carilla, ésta que significa el reconocimiento de Paul Groussac debió ser de las que más saboreó”. No era para menos si tenemos en cuenta (aprecio personal aparte) el precedente y la fama regañona del director de *La Biblioteca*, y si tenemos en cuenta también el momento oportuno en que llegaba el juicio de Groussac, para sumarse a otras voces de valía en la enconada lucha que Darío venía emprendiendo.¹⁰

A don Juan Valera, el de las célebres cartas sobre *Azul* . . . , que abrieron las puertas de la fama a Rubén, esta vez no le agradó mucho el parnasianismo de *Prosas Profanas*: “A mi ver, escribió, si él se olvidase un poco de París, y si pensase más en América, que es su patria y que es donde vive, la originalidad, la gracia y el primor de su prosa y de sus versos serían mayores y más dignos de alabanzas que lo son ahora . . . pero, a pesar de lo dicho, repito, los versos de Rubén Darío están llenos de novedad y belleza y dan clarísimo testimonio de lo que el autor puede hacer en cuanto prescinda un poco de las modas de París, y tome para asunto de sus cantos objetos más ideales, y aventuras, escenas y casos más propios de su tierra y de su casta”.¹¹

¿Y los intelectuales de Nicaragua de aquella época, cómo recibieron la aparición de *Prosas Profanas*? La generación anterior no estaba preparada para apreciar el propósito renovador de Rubén. El gramático leonés Mariano Barreto, quien ya había, según él, advertido el “desequilibrio mental” del joven poeta, encontró en *Prosas Profanas* la confirmación de su tesis. El libro le pareció: “oscuro, alambicado, ininteligible a veces”. Al menos admitió, en un posible gesto de generosidad, que: “este poeta y literato desequilibrado tiene lúcidos intervalos”. Otro literato leonés, Francisco Quiñonez, en su despiste le aconseja a Rubén imitar a los poetas españoles Núñez de Arce y Campoamor, que escriben poesías “al alcance de todos”.

En cambio, los poetas jóvenes de entonces se entusiasmaron con el nuevo libro de Rubén, tal como nos lo narra don Edelberto Torres: “Como el problema de la comprensión del nuevo estilo en prosa y verso

es generacional, los jóvenes Juan de Dios Vanegas y Francisco Paniagua Prado, saltan al pequeño predio crítico leonés para defender a Rubén. Darío oficia en todas las escuelas, y no pertenece a ninguna, y es universal sin dejar de ser individual, dice Vanegas, probando así que tiene oído y criterio para gozar y juzgar las orquestaciones verbales del modernismo".¹²

En el primer trimestre de 1899, encontrándose ya Rubén en España, apareció en Montevideo, en el segundo número de la serie de folletos *La vida nueva*, el estupendo estudio monográfico del prestigioso crítico y hombre de letras uruguayo José Enrique Rodó, intitulado: *Rubén Darío. Su personalidad literaria. Su última obra*.¹³

Escrito dos años y medio después de la aparición de *Prosas Profanas*, el extenso ensayo de Rodó fue el primer estudio serio, de alta categoría, que mereció la obra de Rubén. El trabajo comienza afirmando que Rubén Darío "no es el poeta de América", afirmación basada exclusivamente en el contenido del libro analizado. Posiblemente el autor de *Ariel*, como lo ha señalado don Edelberto Torres, no conocía para entonces, o no tuvo presentes, los poemas americanos de Darío ya publicados, como *Tutecotzimi*, *El sueño del Inca*, *La Chinampa*, *Caupolicán*, y la oda *Unión Centroamericana*. Más tarde, después de la publicación de sus *Cantos de Vida y Esperanza* (1905), nadie podrá disputar a Rubén el título de *poeta de América*. Rodó tuvo el cuidado de agregar a su afirmación lo siguiente: *necesitaré decir que no es para señalar en ello una condición de inferioridad literaria . . .* "Aparte de lo que la elección de sus asuntos, el personalismo nada expansivo de su poesía, su manifiesta aversión a las ideas e instituciones circunstantes pueden contribuir a explicar el antiamericanismo involuntario del poeta, bastaría la propia índole de su talento para darle un significado de excepción y singularidad . . ."

Luego viene la valoración cabal de la obra, que Rodó expresa así: "Es su última colección de versos la que representa, por así decirlo, la plena tensión del arco del poeta. El autor de *Azul* . . . no es sino el boceto del autor de *Prosas Profanas* . . . Los que conocéis de las nuevas tendencias literarias la parodia, y de Rubén Darío la leyenda, podéis alejar todo temor de que os juegue una mala pasada, conduciéndonos a través de un libro sombrío, diabólico o impuro. Es un libro casi optimista . . . No encontra-

réis en él una sola gota del amargo ajeno verleniano, porque el Verlaine que aparece no es el Verlaine que sabe la ciencia del dolor y el arrepentimiento; ni una onda sola del helado nepenthe de Leconte de Lisle; ni un solo pomo de la farmacia tóxica de Baudelaire. Encontraréis mucha claridad, mucho champaña y muchas rosas. No bien hacemos nuestra entrada en el libro, el poeta nos toma de la mano, como el genio de algún cuento oriental, para que retrocedamos con él a la vida de una época llena de amenidad y de gracia. Vamos en viaje al siglo XVIII francés . . .”

A propósito del poema *Era un aire suave . . .* Rodó hace un amplio elogio de la originalidad poética de Rubén: “La composición es de un tono enteramente nuevo en nuestro idioma . . . Es la gracia de Watteau, la gracia provocativa y sutil, incisiva y amanerada, de ese siglo XVIII francés, que los Goncourt, que tan profundamente la amaron y sintieron, llamaban *la sonrisa de la línea, el alma de la forma, la fisonomía espiritual de la manera*. La originalidad de la versificación concurre admirablemente al efecto de ese capricho delicioso. Nunca el compás del dodecasilabo, el metro venerable y pesado de las coplas de Juan de Mena, que los románticos rejuvenecieron en España, después del largo olvido, para conjuro de evocaciones legendarias, había sonado a nuestro oído de esta manera singular. El poeta le ha impreso un sello nuevo en su taller; lo ha hecho flexible, melodioso, lleno de gracia; libertándole de la opresión de los tres acentos fijos e inmutables que lo sujetaban como hebillas de su traje de hierro, le ha dado un aire de voluptuosidad y de molicie, por cuya virtud parecen troncarse en lazos las hebillas y el hierro en marfil”.

Y así va el crítico uruguayo analizando, con un gran dominio, cada una de las composiciones del libro, anotando certeramente sus aportes innovativos, para concluir con el siguiente juicio, premonitorio del papel que a Darío le correspondería en la renovación de la lengua: “Mal entenderá a los escritores y a los artistas el que los juzgue por la obra de los imitadores y por la prédica de los sectarios. Si yo incurriera en tal extravío del juicio, no tributaría seguramente, al poeta, este homenaje de mi equidad, que no es el de un discípulo, ni el de un oficioso adorador . . . Yo soy un modernista también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución que, partiendo del natu-

ralismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas. Y no hay duda de que la obra de Rubén Darío responde, como una de tantas manifestaciones, a ese sentido superior . . . Pero la imitación servil e imprudente no es, por cierto, el influjo madurador que irradia de toda fuerte empresa intelectual, de toda alta producción puesta al servicio de una idea y conscientemente atendida . . . El poeta viaja ahora, rumbo a España . . . Llegue allí el poeta llevando buenos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común que es el arca santa de la raza; destáquese en la sombra vencedora figura del Arquero; hable a la juventud, aquella juventud incierta y aterida, cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala en nuevos amores y nuevos entusiasmos. Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamado pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludada, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia, como la de los príncipes que, en el cuento oriental, traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta”.

Darío, conmovido, agradeció el estúpido estudio de Rodó con la siguiente breve misiva: “Gracias mil. Su generoso y firme talento me ha hecho el mejor servicio. Usted no es sospechoso de camaradería cenacular. Pronto le escribiré largo”. Gracias. Rubén Darío.

VALORACION CONTEMPORANEA DE *PROSAS PROFANAS*

Darío, en *Historia de mis libros*, valoró el lugar de sus tres libros claves, en el conjunto de su obra, diciendo que “Si Azul . . . simboliza el comienzo de mi primavera, y *Prosas Profanas* mi primavera plena, *Cantos de Vida y Esperanza* encierra las esencias y savias de mi otoño”.

Prosas Profanas es el libro modernista por excelencia de Rubén, la primavera plena del movimiento renovador de la lengua que a Darío le correspondió encabezar y que dio un perfil propio a las letras hispanoamericanas. “El Modernismo, aclaró Rubén, no es otra cosa que el verso y

la prosa castellanos pasados por el fino tamiz del buen verso y de la buena prosa francesa”.

A cien años de su publicación, ¿cuál es la valoración que la crítica literaria contemporánea hace de esta joya dariana donde la gracia verbal se convierte en esplendor, y cuál es el lugar definitivo que ocupa en el conjunto de la obra del poeta?

La crítica literaria contemporánea, alejada ya del escándalo y la polémica producidos hace cien años, está en mejor capacidad de juzgar *Prosas Profanas* con mayor objetividad. Ya no se le considera como un libro únicamente esteticista y escapista, carente de sentimiento y dominado por temas exóticos, que de todo esto tiene. Pero, debajo de su aparente frivolidad la crítica descubre el mundo interior de Darío. Rubén dijo de sus *Prosas Profanas*: “se le juzgó mármol y era carne viva”.

Anderson Imbert nos dice al respecto: “La frivolidad de *Prosas Profanas* es una categoría estética. Juegos, danzas, fiestas son manifestaciones de un culto al arte puro La frivolidad se convierte, pues, en un austero ideal poético . . . Y así un poema tan aparentemente ligero como la *Sonatina de la princesa que está triste en su torre de marfil* se carga de intenciones: es el encuentro del sueño con su poeta, del poeta con su sueño . . . El tono hedonista también en serio . . . todo indica que Darío en un acto mental deliberado ha instituido el placer como fin de la vida . . . Y aunque las poesías de *Prosas Profanas* resbalan por una temática esteticista, el poeta suele enfrascarse en su interior y pensar en qué es la vida. Este tono reflexivo de sus poesías irá agudizándose con los años. Es una filosofía de la existencia, por vaga que resulte”.¹⁴

Ricardo Gullón sostiene que en *Prosas Profanas* “está todo Rubén: el deslumbrante y el meditabundo; filigranas y abismo erótico intenso y ciencia de la muerte. El poeta exterior, el poeta sensual que vibra apasionadamente y al contacto con la belleza descubre *El reino interior* donde el alma debate consigo misma”. “La preocupación metafísica está presente en *Prosas Profanas*: baste mencionar *Coloquio de los centauros*, el más filosófico de los poemas de Rubén”.

“Cierto, dice Octavio Paz, *Prosas Profanas* a veces recuerda una tienda de anticuario repleta de objetos *art nouveau*, con todos sus esplen-

dores y rarezas de gusto dudoso (y que hoy empiezan a gustar tanto). Al lado de esas chucherías, ¿cómo no advertir el erotismo poderoso, la melancolía viril, el pasmo ante el latir del mundo y del propio corazón, la conciencia de la soledad humana frente a la soledad de las cosas?"¹⁵

Federico de Onís sostiene que *Prosas Profanas* señala la plena realización del arte nuevo y sobre él se dio la batalla capital de la revolución literaria que se llamó Modernismo y que se extendió por todo el mundo".

El crítico italiano Profesor Giuseppe Bellini juzga que: "en *Prosas Profanas* el Modernismo canta su misa rosa: lo sagrado contamina de luz litúrgica lo profano, el sexo reaviva los significados litúrgicos de las palabras, el color asume significados eucarísticos, la forma ondulada de los mármoles griegos se anima a través del influjo francés de una Grecia de sensaciones corpóreas en movimiento de carne . . . Evidentemente en *Prosas Profanas*, Darío ha apartado todo temor en la presentación de sus innovaciones . . . Es por eso que en *Prosas Profanas*, el movimiento Modernista se consolida definitivamente. También el verso en su forma externa, presenta una decisiva revolución: Darío usa aquí, el alejandrino francés moderno, los versos de nueve sílabas, una acentuación original en el endecasílabo, combinaciones insólitas de estrofas, retornando también a formas primitivas de versificación propia de los Cancioneros . . . Sin embargo, si el aporte de *Prosas Profanas* se limitase a esto, esto es a las innovaciones métricas solamente, su alcance sería muy reducido. En el libro hay en cambio una nueva substancia poética que revela un mundo insospechado en toda su riqueza, un mundo que no es solamente colorístico y musical, sino también, más íntimamente espiritual, mesuradamente melancólico y desilusionado".¹⁶

"Fue mientras componía *Prosas Profanas*, escribe Angel Rama, que Darío pensó que si la palabra es un ser viviente, es a causa del espíritu que la anima: la Idea, y recogiendo la norma neoplatónica aspiró a una melodía ideal, simultánea, paralela, contrapuesta a la armonía verbal, confesando, en las *Palabras Liminares*, en que la música es sólo de la idea, muchas veces . . . La rectoría de la idea sobre la palabra, como la del alma espiritual e inmortal sobre el cuerpo placentero y perecedero, es la que

explica la rigurosa selección del léxico dentro de lo que definió, Mallarmé, como una aristocracia vocabularia. . . . Ya se trate del cultismo o del preciosismo, del arcaísmo o del neologismo, todas las palabras han sido sometidas a una preselección que las haga dignas de las ideas más altas: la aristocracia vocabularia es la prueba de la elevación del espíritu y ambas responden a las leyes estrictas del sistema poético dentro del cual operan No sé qué otra cosa diga el soneto. *Yo persigo una forma . . . que cierra las Prosas Profanas*'.¹⁷

¿Conserva lozanía, vigencia, *Prosas Profanas* como para interesar a los lectores de hoy en día?

El hispanista norteamericano Allen W. Phillips, profesor emérito de la Universidad de California afirma que *Prosas Profanas* es un libro "fresco y joven en su esencia" . . . *Poesía, pues, de una gracia encantadora y de una maestría verbal*. Este criterio es compartido por Octavio Paz cuando nos dice que "hay en *Prosas Profanas* una gracia y una vitalidad que todavía nos arrebatan. Sigue siendo un libro joven . . . Se acerca la hora de leer con otros ojos ese libro admirable y vano".¹⁸

Prosas Profanas es un clásico de la literatura en lengua española. Y a los clásicos, nos recuerda el Maestro Ernesto Mejía Sánchez, "ya no se les imita; se les estudia, se les lee". *Prosas Profanas* es un hito en la historia de la lírica castellana precisamente, en palabras de Pedro Salinas, "por introducir en ella, y con todo esplendor, esa gran novedad, una atmósfera de sensibilidad nunca respirada por los campos de Castilla".¹⁹

"Y tal es ese libro, nos confiesa el propio Rubén, que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus. Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar".²⁰

MANAGUA, ENERO DE 1997

NOTAS

1. Pedro Luis Barcia en: *Prosas Profanas* Breviario poético modernista - Estudio preliminar a la edición anotada *Prosas Profanas y otros poemas (1896 - 1996)*, publicada por la Embajada de Nicaragua en Argentina, Editores "Revista Diplomática", Buenos Aires, 1996.
2. Emilio Carilla: *Una etapa decisiva de Darío - Rubén Darío en la Argentina*, Editorial Gredos, S.A. Madrid, 1967, p. 87.
3. Pedro Luis Barcia, op. cit.: p. 16
4. Rafael Alberto Arrieta: "Rubén Darío y la Argentina" en el número 55-56 de la revista *La Torre*, en homenaje de Rubén Darío, publicada por la Universidad de Puerto Rico, 1967, p. 386.
5. Pedro Luis Barcia. Op cit., p. 20.
6. Pedro Luis Barcia. Op. cit. p. 22.
7. La información detallada aparece en el trabajo de Rafael Alberto Arrieta antes citado.
8. Enrique Anderson Imbert: *La originalidad de Rubén Darío*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1967, p. 75.
9. Edelberto Torres E.: *La dramática vida de Rubén Darío*. Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1980, p. 403.
10. Emilio Carilla: Op. cit., p. 85.
11. Edelberto Torres E.: Op. cit. p. 404 y 405.
12. Edelberto Torres E.: Op. cit. p. 406.
13. Bernardino de Pantorba: *La vida y el verbo de Rubén Darío*, Compañía Bibliográfica Española, S.A., Madrid, 1967, p. 243.
14. Enrique Anderson Imbert: Op. cit., p. 85 y sigs.
15. Octavio Paz: *Cuadrivio*, Joaquín Mortiz, México, 1965, P. 39.
16. Giuseppe Bellini: *Introducción a la poesía de Rubén Darío*, Separata de "Cuadernos Universitarios" - UNAN, León, 1968.
17. Angel Rama: *Prólogo a la Poesía de Rubén Darío* publicada por la Biblioteca Ayacucho, Edición de Ernesto Mejía Sánchez, Caracas, 1977, p. XXVIII y XXIX.
18. Octavio Paz, op. cit., p. 40.
19. Pedro Salinas: *La poesía de Rubén Darío*, Editorial Losada, S.A. Buenos Aires, 1957, p. 122.
20. Rubén Darío: *Historia de mis libros*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1987, p. 76.

VIII

EN TORNO A CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA



on sobrada razón se preguntarán algunos: ¿Por qué este año de 1994 el Ciclo Dariano tiene como eje de sus principales actividades *Cantos de Vida y Esperanza*? ¿Por qué aparentemente, se está como adelantando la conmemoración de este libro clave en la obra dariana, publicado en Madrid en 1905 si, siguiendo un estricto orden cronológico, correspondería antes celebrar el centenario de otras obras importantes de Rubén: en 1996, el centenario de *Los Raros*, publicado en Buenos Aires, en octubre de 1896, y de *Prosas Profanas*, cuya impresión se concluyó también en Buenos Aires, en diciembre de ese mismo año, aunque empezó a circular hasta en enero de 1897?

La razón es muy sencilla: el último domingo de este mes de enero, y coincidiendo con el desarrollo del Ciclo Dariano, va a tener lugar un verdadero acontecimiento en la historia de las ediciones de las obras de Rubén. Ese día, 26 periódicos de veintidós países iberoamericanos, incluidos España y Portugal, más cuatro periódicos que se publican en idioma español en los Estados Unidos, Canadá e Israel, van a distribuir gratuitamente en un tiraje superior a los 4 millones seiscientos mil ejemplares, el suplemento *Periolibros* del mes de enero que contendrá la reproducción íntegra de los *Cantos de Vida y Esperanza* de Darío. En Brasil y Portugal será distribuida la primera traducción al portugués del libro cumbre de Rubén.

El *Periolibro* traerá bellas ilustraciones del renombrado pintor panameño Alfredo Sinclair. En Nicaragua, el lanzamiento oficial del *Periolibro* tendrá lugar, en este mismo Teatro el día miércoles 26 de enero, en presencia de la Señora Presidenta de la República, Doña Violeta Barrios de Chamorro, y de representantes de la UNESCO y del Fondo de Cultura Económica, organismos que co-auspician el programa de los *Periolibros*. En Nicaragua el diario *La Prensa* tiene a su cargo su distribución.

Nunca antes una obra de Darío había alcanzado semejante difusión. El libro de Rubén será ese día puesto en las manos de una muchedumbre de lectores, con lo que se cumplirá lo que Darío había escrito, precisamente en el prólogo de *Cantos de Vida y Esperanza*: "Yo no soy un poeta para muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas".

Aquí, en su tierra natal, además de los 25,000 a 30,000 ejemplares que circularán con la edición de *La Prensa* del domingo 30 de enero, gracias al patrocinio de varias empresas, solicitado por el Instituto Nicaragüense de Cultura, decenas de miles de ejemplares más serán distribuidos gratuitamente entre estudiantes de secundaria, universitarios y público en general, por conducto del Instituto Nicaragüense de Cultura, el Ministerio de Educación y las Universidades. La idea es facilitar a nuestros estudiantes y a nuestros jóvenes el acceso a esta obra cimera de Rubén, con justicia considerada por sus críticos como el mejor y el más logrado de sus libros, el más llamado a conservar vigencia y actualidad.

En vísperas de semejante acontecimiento cultural, que desborda nuestras fronteras y se proyecta a todo el ámbito iberoamericano y aún más allá, el Comité Nacional Dariano consideró conveniente incluir en el Ciclo de este año la realización de esta Mesa Redonda destinada a llamar la atención, principalmente de los jóvenes, sobre la importancia de *Cantos de Vida y Esperanza* en el contexto de la totalidad de la creación dariana.

El propio Darío nos dice en su *Historia de mis libros: Si Azul . . .* "simboliza el comienzo de mi primavera, y Prosas Profanas mi primavera plena, Cantos de Vida y Esperanza encierra las esencias y savias de mi otoño".

El crítico chileno Roberto Meza Fuentes coincide con esta apreciación y dice que *Azul . . .* "es el libro de la adolescencia de un poeta que

adivina el mundo a través de sus sueños" . . . "*Prosas Profanas*, el breviario exquisito de la elegancia formal, el libro de la juventud . . . *Cantos de vida y esperanza*, cosecha áurea del maestro que, con mano pródiga, ha derramado la buena semilla en dos continentes, el libro de madurez".

Pero no hay ruptura entre una y otra obra: ambas son parte de un mismo hilo poético. Como afirma Enrique Anderson Imbert, "en los Cantos presenciamos la crisis del esteticismo de Prosas. Bajan las luces de las lámparas preciosas encendidas en Francia y suben las llamas del fuego interior".

Cabe, entonces, considerar los tres libros fundamentales de Rubén como representativos de tres momentos claves de su vida y de su creación poética: *Azul* . . . , como la partida de nacimiento del Modernismo y de la obra de renovación y liberación que Darío encabezó en ambos continentes; *Prosas Profanas*, joya esteticista, como la más acabada expresión del Modernismo, principalmente en su aspecto formal; y *Cantos de Vida y Esperanza* como el más clásico de los libros de Rubén, o como bien dice Zepeda Henríquez: "el verso dariano de *Cantos de Vida y Esperanza* ya no es modernista, sino moderno, con la modernidad permanente de lo clásico".

El Profesor Edelberto Torres, nos narra que: "*Cantos de vida y esperanza*, a pesar de ser el más conspicuo de sus libros, no tuvo durante un año editor, pareciendo que se desconfiaba de su venta y calidad; es el único libro cuya publicación el autor ha costado".

Se sabe que los originales de la colección de poemas permanecieron, en espera de editor, cerca de un año en manos del gran poeta y discípulo de Rubén, Juan Ramón Jiménez y fue, precisamente, Jiménez, quien tuvo a su cargo el cuidado de la reducida edición de 500 ejemplares, cuyo costo (816 pesetas con 15 centavos) pagó Rubén de su peculio personal, que por cierto siempre fue muy limitado. Se imprimió en la Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Muscos de Madrid*. Su título completo es *Cantos de Vida y Esperanza, los Cisnes y otros poemas*. Años después, Juan Ramón Jiménez depositó los originales de este gran libro en la Biblioteca Hispánica de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Fotocopias de los mismos se exhiben en el Museo Archivo Rubén Darío, en la ciudad de León. Esta es la historia editorial de un libro que hoy está con-

siderado como una de las obras cumbres del siglo XX en lengua española y que próximamente circulará en millones de ejemplares.

Es interesante recordar aquí que cuando Rubén anuncia a Juan Ramón Jiménez el envío de los originales del libro le dice, en carta citada por el Profesor Fidel Coloma: "Voy a mandarle pronto, muy pronto, los versos. Ud verá. Hay de todo; más por primera vez se ve lo que Rodó no encontró en *Prosas Profanas*: el hombre que siente".

Hay de todo, escribió Rubén. Y, efectivamente, en *Cantos de Vida y Esperanza*, que comprende poemas que van desde 1892 hasta 1905, hay de todo, al punto que don Edelberto Torres dice de este libro portentoso que "es un orbe que todo lo humano encierra: los anhelos y esperanzas; el amor y el odio; la tristeza y la alegría; la duda y la fe; el desaliento y el optimismo; la gratitud y la amistad; la solidaridad americana y el amor a España".

Hay, sin embargo, dos aspectos fundamentales en *Cantos de Vida y Esperanza*, obra que Rubén dedicó a su país natal, Nicaragua, y a la que consideraba como su segunda patria, la República Argentina. El primero de ellos comprende lo que podríamos llamar sus poemas cívicos, donde Rubén se nos presenta como poeta de la raza, poeta de América y de España, verdadero vate que profetiza sobre el destino y el porvenir de *las inclitas razas ubérrimas*. Tales son los extraordinarios poemas *Salutación del Optimista*, escrita en sonoros y heroicos hexámetros; *Al Rey Oscar*, *Cyrano en España*, la *Marcha Triunfal*, *Los Cisnes* y *A Roosevelt*. Estos cantos, que representan según sus críticos "el momento cenital de la lírica de Rubén son, según don Antonio Oliver Belmás, el Nuevo Testamento de la Hispanidad". Hay en ellos una verdadera profesión de fe en el destino de los pueblos iberoamericanos, que en nuestros días adquiere nueva vigencia y actualidad. Porque, en un contexto diferente, siguen siendo válidas las ideas claves que inspiraron estos magníficos poemas. Ahora que se habla de globalización, de mercados regionales, de tratados de libre comercio, etc.; los pueblos iberoamericanos encontrarán en la relectura de estos formidables poemas, y gracias a *Periolibros*, un nuevo evangelio de esperanza, una reiteración en la necesidad de afirmarnos en nuestra identidad de pueblos mestizos, en nuestras raíces culturales, en nuestros propios valo-

res, cuya dimensión universal Rubén cantó con maestría sin par. Con los *Cantos* surge un nuevo nacionalismo hispanoamericano, que por cierto tanto necesitamos en la hora presente. De ahí que Pedro Salinas afirme que Darío es "El ciudadano más cabal e ilustre de la América Latina".

La otra veta que encontramos en los *Cantos* es la intimista, la del "hombre que siente", como lo subrayó el propio Rubén. Es la angustia vital, las confidencias que aparecen en el poema con que se inicia el libro (*Yo soy aquel que ayer no más decía*), verdadera *autobiografía espiritual* del poeta, según Oliver Belmás; y "una nota de las más altas de la poesía en lengua española" según Ernesto Mejía Sánchez; los *Nocturnos*, *Canción de otoño en primavera*, que Andrés González-Blanco considera como "una de esas composiciones definitivas que sólo se encuentran en número de dos o tres en la obra de todo gran poeta". (Rubén decía que *Canción de otoño en primavera* es "de todas mis poesías la que más suaves y fraternos corazones ha conquistado"), *A Phocas el campesino*; *Ay, triste del que un día . . .*; *De otoño*; *Allá lejos* y *Lo fatal*.

Rubén sabía muy bien que en estos poemas había expuesto al desnudo su alma. Por eso, en *Historia de mis libros* nos dice, cuando trata de explicar la índole de los *Cantos*: "es la historia de una juventud llena de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas; la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar ni ayuda de mano amiga . . . El título —*Cantos de Vida y Esperanza*—, si corresponde en gran parte a lo contenido en el volumen, no se compadece con algunas notas de desaliento, de duda, o de temor a lo desconocido, al más allá . . . En los *Nocturnos* exteriorizo en versos transparentes, sencillos y musicales, de música interior, los secretos de mi combatida existencia, los golpes de la fatalidad, las inevitables disposiciones del destino . . . En *Lo fatal*, contra mi religiosidad y a pesar mío, se levanta como una sombra temerosa un fantasma de desolación y de duda . . . Ciertamente, en mí existe, desde el comienzo de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba . . . Y el mérito principal de mi obra, si alguno tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto mi corazón al desnudo, el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo interior" . . .

El eximio dariano Ernesto Mejía Sánchez sintetiza así su apreciación sobre los "*Cantos*: Esta obra, a un tiempo intimista y universalista, hispanista y americana, cima de su poderío verbal y de vitales preocupaciones, que junta horas de pesadumbre y de alegría pasajera, convenció unánimemente a los nuevos poetas de España y América y aun a los críticos adversos o reticentes de aquí y allá".

Concluyo mi intervención afirmando que si Darío hubiese escrito únicamente este libro maravilloso *Cantos de Vida y Esperanza*, sería suficiente para consagrarlo como el más alto poeta en lengua española de todos los tiempos.

MANAGUA, 20 DE ENERO DE 1994

IX

EL CENTENARIO DE
MARCHA TRIUNFAL



n 1995 cumplió cien años uno de los poemas más famosos de Rubén Darío: *Marcha Triunfal*, que junto con *Los Motivos del Lobo* y *Sonatina*, suelen estar presente en casi todos los recitales de poesía y es número casi obligado en los actos públicos escolares.

¿A qué se debe la popularidad de esta poesía, tan asociada a la obra dariana que algunos la tienen como la más representativa de Rubén y cuyos versos sonoros suelen repetir de memoria los estudiantes de toda Hispanoamérica?.

El propio Darío nos dice en *Historia de mis libros* que la *Marcha Triunfal* "es un triunfo de decoración y de música". Alguien la ha calificado, con razón, como "el esfuerzo más grande hecho por el hombre para reducir la palabra a música".

Y es que el poema, escrito con ritmo anfibráco, o sea, pies métricos de tres sílabas con acento en la media, con combinaciones variadas de tres o múltiple de tres es, como lo advierte el Profesor Edelberto Torres, adecuado para la onomatopeya del desfile marcial. Y si a esto se agrega la acertada selección del vocabulario para servir al efecto decorativo y musical del poema, descubrimos, agrega don Edelberto, "el secreto del poema mágico que va a cautivar los oídos de las multitudes de habla española".

En *Marcha Triunfal* Rubén demuestra sus grandes dotes de artífice, de gran maestro de la palabra y del ritmo, hasta darnos, como dice don Jaime Torres Bodet, “sonoridades sinfónicas inauditas”.

Para algunos estudiosos de Darío, en este extraordinario poema el artífice se impone al poeta. Al afirmar el propio Rubén que la *Marcha Triunfal* es un triunfo de decoración y de música, nos quiere decir, señalan Julio Icaza Tigerino y Eduardo Zepeda-Henríquez, que “el propio autor estaba convencido de que en este poema merecen considerarse, casi con exclusividad, los elementos visuales y auditivos”. Y para reforzar la apreciación del propio Rubén, estos estudiosos daríanos citan a Valbuena Prat, quien sostiene que “aquí el ritmo, los acordes de una orquesta wagneriana, lo son todo”.

En su análisis del poema, Icaza Tigerino y Zepeda-Henríquez agregan: “Los versos en que se escribió no eran ninguna novedad en castellano, ni siquiera en la producción de Rubén. Se trata de versos polimétricos, divididos en grupos prosódicos de tres sílabas, una acentuada entre dos débiles”:

Ya viéne el/cortéjo /Ya se óyen/ los cláros/ clarines.

Esta cláusula fonética equivale, como unidad rítmica, al pie anfibraco de la versificación latina (-); y, además, los versos formados a base de la misma, están sujetos a una cadencia parecida a la del hexámetro clásico. De aquí, que, para sustituir aproximadamente a éste último, se usara en la poesía española el dodecasilabo, que, compuesto de dos versos de redondilla menor, con acentos rítmicos en la 2da. y la 5ta. sílabas de cada hemistiquio, tiene un compás semejante al anfibraco:

El cuérpo en/ las ándas/ sangriénto,/ tendido.

(Juan de Mena)

¡¡¡ ciérra/ sobre ellos/ fortúna/ sus lláves.

(Marqués de Santillana)

Y antes de componer la *Marcha Triunfal*, nuestro poeta había empleado el ritmo en cuestión, en su *Sinfonía en Gris Mayor*:

El mar, co-/mo un vásto/ cristál a-/zogádo,

En Era un Aire Suave:

La orquésta/ perlába/ sus mági-/cas nótas,

Y, ya a los quince años de edad, imitando el dodecasílabo de Juan de Mena, en su poema *La Poesía Castellana*:

e cánta/ los prádos/ e cánta/ las flóres.

En los dos primeros poemas ese ritmo resulta onomatopéyico; pero en la *Marcha Triunfal* su elección se vuelve genial, porque dicha cadencia, tan marcada, sugiere la marcha:

que el páso a-/ compásan/ con ritmo/ marciáles.

Uno de los más eminentes estudiosos de la creación poética dariana, el argentino Arturo Marasso, nos dice que la *Marcha Triunfal* es también, "un triunfo en la acepción pictórica del Renacimiento. Sugiere bajorrelieves de evocación romana que magnifican la vuelta de los vencedores, el simulacro triunfal de épocas pretéritas y renovadas, la apoteosis. Siente el poeta el momento de agitación patriótica de nuestra tierra" . . . "En el avance wagneriano de la oda el poeta está en lo íntimo de la gloria que exalta". El tácito nombre de San Martín, como evocado por Olegario Andrade, aparece en los granaderos:

*. . . más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros, . . .*

Pese a que los críticos reconocen que *Marcha Triunfal* es un prodigio de versificación y de lengua, también se asegura que es el menos

lirico de los poemas de Rubén (el reino interior del gran nicaragüense casi desaparece tras una montaña descriptiva), y que no hay concordancia entre su admirable aparato formal y "la fantasía neoclásica del fondo, que, desde luego, no describe a los granaderos de San Martín".¹

Para apreciar mejor estas críticas conviene recordar la historia de este poema, tantas veces narrada por los biógrafos de Rubén.

La Marcha Triunfal fue dedicada por Rubén Darío al Ejército Argentino, en ocasión de las conmemoraciones patrias del 25 de mayo de 1895. Rubén se comprometió a escribir un poema que sería publicado por *La Nación* de Buenos Aires el propio día 25 de mayo, en una edición especial en homenaje a los próceres argentinos de la Independencia y, posteriormente, leído el día 27 del mismo mes, en una sesión solemne que preparaba el Ateneo de Buenos Aires.

Escribir este poema representaba, pues, para Darío un compromiso a plazo fijo. Pero a la sazón, su salud no andaba bien, quizás un poco resentida por los excesos de su bohemia. Así las cosas, en los primeros días del mes de mayo Rubén se encuentra, por pura casualidad, frente a la Casa Rosada, sede de las oficinas presidenciales de Argentina, con su buen amigo, el Dr. Prudencio Plaza, médico con inquietudes literarias, que admiraba el joven poeta nicaragüense.

El Dr. Plaza le cuenta a Darío que en ese momento va al puerto a tomar el vapor *Jenner* para trasladarse a la isla de Martín García, situada en el estuario del río de la Plata, donde se desempeña como director del lazareto. Rubén, que se siente muy mal, le pide a su amigo que lo lleve a descansar a la isla. El Dr. Plaza, al ver el ánimo decaído y el semblante pálido del poeta, le convida a pasar unos días con él en la isla Martín García. Instalado en casa de su anfitrión, Rubén es atendido solícitamente por su amigo médico hasta que poco a poco va recobrando la salud. En Martín García, Rubén pasea y en las noches se entretiene con la amena charla del Dr. Plaza, salpicada de anécdotas, y con algunas escapadas a una taberna vecina que Rubén visita no por los vinos, que los tiene prohibidos, sino por una muchacha que le atrae y a quien inmortaliza con el nombre de *Betina* en las crónicas sobre la isla que envía a *La Nación*.

Pero los días pasaban y Rubén no daba indicios de estar listo para cumplir el doble compromiso con *La Nación* y El Ateneo. El 23 de mayo, de regreso de uno de sus paseos por la isla, encuentra un telegrama de su amigo Ricardo Jaimes Freyre urgiéndole a cumplir el encargo. El Profesor Edelberto Torres narra así los pormenores de lo que pasó entre el 23 y el 25 de mayo: "Rubén reconoce que aceptó cooperar y que cumplirá; mientras caminan hacia el telégrafo a contestar el telegrama, habla de una marcha triunfal, la revolución de mayo, la epopeya redentora" . . . *¡Marcha Triunfal!, ¡Marcha Triunfal!*; "sí, así se llamará, y ya los ritmos danzan en el fondo del cerebro. Ni estancias de silva, ni décimas, ni octavas reales, ni Quintana, ni Lista, algo nuevo, inóvado tiene que ser, digno del ejército argentino al que va a dedicarla. Después de comer sigue un rato de conversación, que es tiempo perdido según Plaza, pues sabe que a las cinco de la mañana del día siguiente 24, pasará el vapor para Buenos Aires y el próximo la semana siguiente. Apremia a Rubén a que escriba, habiéndole provisto de papel y tinta; la noche avanza, pero el poema está ya intuido y después de la concentración mental que precede siempre a cada creación, lo escribe con ritmo anfibraco, o sea, pies métricos de tres sílabas con acento en la media, en combinaciones variadas de tres o múltiples de tres; . . . El 25 de mayo es publicado por *La Nación* de Buenos Aires y su amigo Ricardo Jaimes Freyre lo lee en el Ateneo el día 27, coronado de fervidos aplausos"

Según Pedro Luis Barcia, *Marcha Triunfal* nunca se publicó en *La Nación* de Buenos Aires. Así lo afirma en un ensayo publicado recientemente por la Embajada de Nicaragua en Argentina, en ocasión del centenario del inmortal poema, tras revisar la colección de ediciones de dicho periódico.

Hay otra apreciación y otra versión sobre la historia de *Marcha Triunfal*, que vamos a reproducir dada la autoridad del autor. Se trata de lo que nos dice al respecto el eminente crítico de literatura hispanoamericana Enrique Anderson Imbert, profesor de la Universidad de Harvard, en su excelente libro *La originalidad de Rubén Darío*: "La *Marcha Triunfal* . . . es una oda rica en arte, no en emoción beligerante; reminiscencias de mitología y literatura envuelven en civilidad el tema de la guerra. Con

alardes fue que imitó la agitación de un desfile militar armonizando versos de medida libre —de base trisílaba— y haciéndolos sonar con ritmos, rimas, tonos y acentos varios. Un alarde: acentuó las cinco vocales castellanas en el verso: Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros. Apoteosis de la victoria, sí, pero más cerca de Hugo o de Verlaine que de los cuarteles del Ejército".²

Se ha dicho que Darío celebró un desfile militar en la fiesta patria de los argentinos. En cambio, Alejandro Sux cuenta lo que, según él, le oyó al mismo Darío: que improvisó *La Marcha Triunfal* en la madrugada, después de haber visto en la ópera el *Retorno Triunfante* de Radamés, en la *Aída* de Verdi.

Sin embargo, la versión del profesor Edelberto Torres nos parece la más verídica, desde luego que el propio Darío nos dice en su *Autobiografía* que estuvo una temporada en isla de Martín García, invitado por su amigo el Dr. Prudencio Plaza. Y aunque entre los recuerdos de su visita a Martín García, Rubén no incluye la composición de la *Marcha Triunfal*, la época en que estuvo en la isla coincide con la víspera de las celebraciones del 25 de mayo de 1895. Además, con su acostumbrada acuciosidad, el Profesor Torres incluye en *La dramática vida de Rubén Darío*,³ la nota siguiente, muy esclarecedora: Ernesto Mario Barreda: El Dr. Prudencio Plaza recuerda cómo se escribió la *Marcha Triunfal*.⁴ Es una entrevista con el Dr. Plaza, quien recordó que Rubén estaba desaliñado, barbita *florida*, jaquet azul y pantalones grises; el encuentro en la Plaza de mayo, la inesperada llegada de Jaimes Freyre, que dio su abrigo a Rubén; anécdotas en Martín García y la composición de la *Marcha Triunfal* para cumplir con el *Ateneo*. El original quedó sin firma; -Rubén copió el poema y lo firmó, y Plaza lo obsequió a la señorita Luisa Pillado Matheu, quien a su vez lo obsequió al Dr. Forrero,⁵ y ahora está en el Archivo de la Sociedad Argentina de Escritores⁶ —sin el año— Copia fotostática propiedad de don José María Longo, de Buenos Aires.

NOTAS

1. Julio Icaza T. y Eduardo Zepeda-Henríquez, en *Estudio de la poética de Rubén Darío*, 1967, p.331 y sigts.
2. De Víctor Hugo: *Il dit la guerre*, en *Él dice la lucha*, la herida venganza. De Verlaine: *Son cortege, or et fer*, en *ya viene, oro y hierro*, el cortejo de los paladines.
3. p.371
4. *El Hogar*, Buenos Aires, 12 de marzo de 1929
5. *Crónica*, 1930
6. Carta del Dr. Prudencio Plaza, *para la señorita Pillado Matheu, rubendanófila eximia*, Buenos Aires, a 25 de septiembre de este año que corre.

INDICE

A

A Dios, 48
 A Phocas el campesino, 178
 Abrojos, 124
 Academia de Bellas Artes, León, 33
 Acosta de Samper, 103
 Adam, Paul, 119, 146
 Al Obrero, 65
 Al Rey Oscar, 177
 Al trabajo, 64
 Alinas, Pedro, 49
 Allá lejos, 178
 Alma íntima, 47
 Alonso, Dámaso, 74
 Alvarado Darío, Pedro, 15
 Alvarado, Pedro J., 10, 15, 18
 Alvarado, Rita Darío de, 10
 América, 164, 165, 177
 América del Sur, 102
 América Latina, 87, 88
 Amo, Amas, 45
 Anadón, Lorenzo, 133
 Anderson Imbert, Enrique, 56, 64,
 73, 144, 154, 162, 163, 169, 176, 186
 Año Nuevo, 162
 Aquiles, 21
 Aragón, Antonino, 22, 23, 25, 26
 Archivo de la Sociedad Argentina
 de Escritores, 187
 Arciniegas, Germán, 74, 97
 Arellano, Jorge Eduardo, 5, 11
 Argentina, 118, 124, 126, 139, 140,
 148, 153, 177
 Argerich, Manuel, 133
 Argüjio, Juan, 94
 Armas, Augusto de, 119, 146, 148, 154
 Arreguine, Víctor, 131
 Arrieta, Rafael Alberto, 131, 146, 159
 Autobiografía, 7, 9, 12, 103, 110, 115,
 118, 129, 149, 160, 161, 163
 Axioma, 45
 Ay, triste del que un día, 178

Azul . . . , 64, 71, 111, 112, 117, 124,
 125, 144, 162, 164, 168, 175, 176

B

Balmaceda Toro, Pedro, 22, 26
 Balines, Jaime, 18
 Baralt, Rafael María de, 24
 Barcia, Pedro Luis, 137, 140, 146,
 147, 159, 160, 162, 186
 Barillas, Manuel Lisandro, 116
 Barreda, Ernesto Mario, 187
 Barreto, Mariano, 165
 Barrio de Candelaria, Managua, 113
 Barrio de San Sebastián, 8
 Barrios de Chamorro, Violeta, 175
 Barrios, Justo Rufino, 54
 Barrios, Modesto, 16, 22, 23, 25, 26
 Baudelaire, Charles, 167
 Bazil, Osvaldo, 25
 Becú, Carlos Alfredo, 132
 Belgrano, Carlos Vega, 158
 Belgrano, Manuel, 158
 Bellini, Giuseppe, 95, 170
 Belmás, Antonio Oliver, 56, 177, 178
 Berceo, Gonzalo de, 160
 Berisso, Luis, 132, 153
 Berthardt, Sarah, 134, 164
 Berríos, Moisés, 8
 Biblioteca Hispánica de la Biblioteca
 del Congreso de Estados Unidos, 76
 Biblioteca Nacional, Nicaragua, 22
 Blasón, 161
 Bloy, León, 119, 146, 148, 151
 Bogotá, Colombia, 100, 105
 Bolívar, Simón, 88, 101
 Borges, Jorge Luis, 73
 Bossuet, Jacques Bénigne, 21
 Bowra, Cecil M., 73
 Brasil, 90, 125, 174
 Bretón, André, 152

- Brioso Iglesias, Miguel, 23
 Brown, Frank, 134
 Buenos Aires, 93, 100, 104, 105, 110,
 114, 118, 119, 124, 125, 126, 128,
 129, 132, 133, 134, 137, 138, 146,
 147, 154, 158, 161, 162, 164, 174
 Buitrago Matus, Nicolás, 20
 Buitrago, Edgardo, 5, 12, 13, 36, 88, 94
 Buitrago, Román, 13
- C**
 Cabrales, Luis Alberto, 4, 26, 36, 74
 Calandrelli, Matías, 164
 Calderón de la Barca, Pedro, 24
 Calderón, Salvador, 15
 Calle del Triunfo, Managua, 113
 Campoamor, 165
 Canadá, 116, 174
 Cañas, Juan, 22
 Cañas, Manuela, 111
 Canción de otoño en primavera, 178
 Candía, Trinidad, 13
 Canto a la Argentina, 56, 57, 63, 128
 Canto de la sangre, 131
 Canto épico a las glorias de Chile, 124
 Cantos de Vida y Esperanza, 38, 56,
 59, 70, 72, 140, 144, 147, 148, 166,
 168, 174, 175, 176, 178, 179
 Cantos de Vida y Esperanza, los
 Cisnes y otros poemas, 176
 Capdevila, Arturo, 40, 44, 75
 Caracas, Venezuela, 104
 Cardoza y Aragón, Luis, 86, 90
 Carilla, Emilio, 105, 118, 131, 132,
 135, 137, 165
 Carlés, Carlos, 134
 Carlés, Manuel, 134
 Caro, Manuel Antonio, 104, 105, 114
 Caro, Rodrigo, 94
 Carrilla, Emilio, 159
 Cartagena de Indias, 100, 101, 103
 Carter, Boyd G., 129, 132
 Casa Editorial Maucci de Barcelona,
 España, 146
 Casa Garnier de París, 128
- Casas, Fray Bartolomé, 52
 Castelar, Emilio, 23
 Castro Lcal, Antonio, 96
 Castro, Eugenio de, 138, 148, 154
 Castro, Francisco, 11
 Caupolicán, 166
 Cavalca, Donxenico, Fray, 148
 Centroamérica, 12, 17, 49
 Ceppi, José, 132, 133
 Chamorro Alfaro, Pedro Joaquín,
 18, 19
 Chávez, Alejandro, 8
 Chicago, 134
 Chile, 22, 23, 25, 26, 29, 55, 118, 125
 Colección José Jirón Terán, 145
 Colegio de Señoritas de Sión, 21
 Calle Independencia, 20
 Colegio La Esperanza, 20
 Colegio San Fernando, 18
 Colegio Santa Catalina, 20
 Coloma, Fidel, 6, 26, 127, 177
 Colombia, 52, 100, 101, 102, 104,
 106, 110, 114, 118, 124, 148
 Colón, Cristóbal, 52
 Coloquio de los Centauros, 135, 161,
 162, 169
 Colores del estandarte, 71
 Comité Nacional Dariano, 175
 Coni, Pablo E., 158
 Contreras Cañas, Rafaela, 110, 111
 Contreras, Alvaro, 111
 Contreras, Francisco, 26, 118
 Contreras, Manuela Cañas de, 111
 Contreras, Rafaelita, 21, 110
 Contreras, Ricardo, 26
 Contreras, Rubén Darío, 110
 Convento de San Francisco, 16
 Cortés, Alfonso, 14
 Cortés, Hernán, 89, 97
 Cosas del Cid, 159
 Costa Rica, 10, 21
 Crónica Política, 67
 Cuadra, Miguel, 117
 Cuadra, Pablo Antonio, 36, 58, 75,
 92, 94
 Cuauhtémoc, 90

Cuba, 115, 127
 Cuzco, 91
 Cyrano en España, 177

D

D' Amicis, Edmundo, 128
 D' Annunzio, Gabriel, 130, 131
 D' Esparbes, George, 146, 148, 154
 Darío Sarmiento, Félix, 15
 Darío, Rita, 15
 Darío, Rubén, 103, 104, 105
 De otoño, 178
 Debayle, Luis H., 10, 18
 Del amor, 45
 Delavigne, Casimiro, 24
 Delgouffre, Ch., 153
 Delorme, Marión, 117
 Desengaño (cuarteto), 11
 Dezires, 159
 Diario de Centro América, 20
 Diario El Tiempo, 106
 Diario La Prensa, 175
 Diario La Unión, 55
 Días, Leopoldo, 159
 Díaz Romero, Eugenio, 132, 133
 Díaz Zapata, Francisco, 14
 Díaz, Carmen, 14
 Díaz, Leopoldo, 131, 132
 Diego, Gerardo, 96
 Domeyko, Ignacio, 125
 Dubús, Eduardo, 119
 Duffau, Eduardo Héctor, 161
 Dufus, Edouard, 148
 Dumas, Alejandro, 150
 Duplessis, Maurice, 117

E

Ecce Homo, 63
 Editio Princeps, 159
 EDUCA, 152
 El Ángel caído, Rafael Núñez, 105
 El Ateneo, 125, 133, 138, 154, 159,
 185, 186

El Canto errante, 4, 47
 El Canto Errante, Proemio, 70
 El Espectador, 106
 El extraño pájaro tropical, 93
 El fardo, 64
 El Jesuita, 18
 El Libro, 23
 El Mercurio de América, 132
 El Porvenir, 57
 El Reino Interior, 40, 161
 El Salvador, 20, 21, 22, 26, 55
 El sol de la educación, 28
 El sueño del Inca, 166
 El verso sutil que pasa o se posa, 45
 El Cisne, 39
 Elogio de la Seguidilla y Pórtico, 161
 Epístola a la señora de Leopoldo
 Lugones, 136
 Epístola a un labriego, 62
 Epístolas y Poemas, Primeras
 Notas, 63, 124
 Era un aire suave . . . , 105, 110, 119
 120, 161, 167
 Erasmo a Publio, 42
 Erdia, Bruno, 11
 Escalada, Miguel, 132, 146, 147, 148,
 153, 159
 España, 18, 23, 31, 56, 74, 89, 93, 94,
 96, 103, 127, 154, 166, 167, 174, 177
 España Contemporánea, 127
 Estados Unidos, 16, 31, 52, 53, 127,
 174
 Estética de los primitivos . . . , 58, 92
 Estrada, Angel de, 132, 146, 147, 148,
 150, 159
 Estrada, Santiago, 153
 Europa, 18, 94, 102, 116, 131
 Ezeta, Carlos, 21, 111

F

Fernández Espiro, Diego, 133
 Ferro non auro, 119
 Fiallos Gil, Mariano, 6, 35
 Filipinas, 127
 Florida, USA, 158

Fondo de Cultura Económica, 175
 Fragmento inédito, 119
 Francia, 56, 115, 117, 176
 Freyre, Gilberto, 90
 Freyre, Jaimes, 105
 Freyre, Ricardo Jaimes, 133
 Fuentes, Carlos, 85

G

Galarza, Félix Murillo de, 13
 Galeano, Eduardo, 86
 Gallegos, Dolores, 101
 Gamboa, Federico, 133
 Gámez, José Dolores, 11, 18
 García Lorca, Federico, 93
 García Márquez, Gabriel, 86
 García Velloso, Juan José, 133
 García, Martín, 134, 185
 Garconuère, 158
 Garmenia, Miguel Angel, 164
 Gautier, Tcófilo, 24
 Gavidia, Francisco, 22, 26
 Gavidia, Francisco Antonio, 63
 Gesta del Coso, 63
 Ghirardo, Alberto, 132, 133, 146
 Giner, Francisco, 16
 God save the Queen, 133
 Gómez Carrillo, Enrique, 116, 117,
 130, 131
 Gómez de la Serna, Ramón, 152
 Góngora y Argote, Luis de, 24
 Góngora, Luis de, 96
 González, Gil, 94
 González, Joaquín V., 133
 González-Blanco, Andrés, 178
 Goya y Lucientes, Francisco de, 94
 Goyena, Bienvenida, 13
 Granada, 15
 Grandmontagne, Francisco, 145
 Gronda, Manuel, 164
 Groussac, Paul, 70, 129, 134, 135,
 149, 153, 164, 165
 Guan, 127
 Guatemala, 20, 21, 111
 Gullón, Ricardo, 169

H

Hannon, Teodoro, 148, 154
 Hécuba, 21
 Helios, 46
 Henríquez Urcña, Pedro, 56, 74
 Heredia, José María de, 116
 Herrera, Tomás, 101
 Historia de mis libros, 41, 120, 168,
 175, 178
 Holmberg, Eduardo, 133
 Huneus, Jorge, 22

I

Ibarra, Felipe, 8, 9, 18
 Ibsen, Enrique, 119
 Icaza Tigerino, Julio, 3, 42, 183
 Iglesia de la Recolección, 10
 Imbert, Anderson, 46
 Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos, 159
 Impresiones de París, crónicas, 119
 Ingenieros, José, 132, 133, 136
 Inglaterra, 133
 Instituto Nacional de Occidente, 15
 Instituto Nikaragüense de Cultura, 175
 Intermezzo tropical, 52
 Introducción a Espístolas y Poemas, 47
 Iribarren, Juan, 14
 Isla de Guanahaní, 84
 Isla Martín García, 185
 Israel, 174
 Ite Missa est, 161

J

Jaeger, Werner, 3
 Jaimes Freyre, Ricardo, 125, 129,
 131, 132, 134, 147, 186
 Jaimes, Julio L., 129, 133, 164
 Jean Carrere, 119
 Jean Moréas, 119
 Jerez, Máximo, 12, 18, 50, 52
 Jiménez, Juan Ramón, 57, 94, 176, 177
 Jirón Terán, José, 37
 Juárez, Benito, 91

K

Krause, Karl Christian Friedrich, 17

L

L'Isle, Leconte de, 150, 154
 La agitación recién pasada, 119
 La Caravana pasa, 48
 La Cartuja, 39
 La Chinampa, 166
 La Comedia de las urnas, 67
 La Fe, 46
 La Leyenda del Aguila, 119
 La página blanca, 133
 La Plegaria, 47
 La Vasconía, tipografía, 144, 145
 La Virtud, 42
 Lambert, Jacques, 87
 Lambert, Antonino, 133
 Las ánforas de Epicuro, 159
 Las Montañas del oro Lugones, 136
 Lastarria, José Victorino, 124
 Layes y Canciones, 159
 León, 7, 10, 11, 14, 15, 20, 51
 Leonard y Bertholet, José, 15, 16, 17,
 18, 22, 25
 Letras, 128
 Librería C. Bouret, 159
 Liévano Aguirre, Indalecio, 101
 Lisle, Leconte de, 119, 146, 148
 Liverpool, Inglaterra, 102
 Lo fatal, 178
 Longo, José María, 187
 López Michelsen, Alfonso, 106
 Los Cisnes, 59, 177
 Los Colores del estandarte, 70, 134,
 138, 149, 164
 Los Lunes de El Imparcial, Madrid, 70
 Los Motivos del Lobo, 182
 Los poetas jóvenes de Francia, 130
 Los primeros cuentos de Rubén
 Darío, 6
 Los Raros, 69, 70, 117, 125, 132, 134,
 136, 138, 145, 146, 148, 152, 154,
 158, 159, 162, 164, 174
 Loveluck, Juan, 154

Lugones, Leopoldo, 132, 134, 136,
 149, 153

M

Machado y Alvarez, Antonio, 94
 Madariaga, Salvador de, 87
 Madrid, 6, 16, 117, 125, 174
 Madriz, José, 10, 18
 Maldonado, Manuel, 113
 Malinche, 89
 Malintzin, 89
 Mallarino, Manuel María, 102
 Managua, Nicaragua, 26, 113
 Manrique, Jorge, 75
 Mapes, Erwin K., 26
 Marasso, Arturo, 5, 162, 184
 Marcha Triunfal, 134, 177, 182, 183,
 185, 186
 Margarita, 161
 Martel, Julián, 130
 Martí, José, 30, 87, 92, 110, 115, 119,
 128, 129, 148, 149, 152, 153, 154
 Martín, Carlos, 57, 61
 Martínez Rivas, Carlos, 152
 Martino, Domingo, 133
 Massaso, Arturo, 47
 Matagalpa, 18
 Mauclair, Camilo, 146, 149
 Mayor, Federico, 87
 Medrano, Antonio, 35
 Medrano, Lino, 9
 Mejía Sánchez, Ernesto, 2, 6, 10, 11,
 25, 73, 154, 171, 178, 179
 Mena, Juan de, 167
 Méndez, Trinidad, 9
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 25,
 59, 93
 Menéndez, Francisco, 21, 55, 111
 México, 25, 133
 Meza Fuentes, Roberto, 175
 Ministerio de Educación, 175
 Miró, José, 133
 Mitre, Bartulito, 133
 Mitre, Bartolomé, 124, 133
 Moledo, Dolores, 101

Montalvo, Juan, 15
 Montesquieu, Carlos de Secondat,
 15
 Montevideo, Uruguay, 166
 Morazán, Francisco, 54
 Moréas, Jean, 117, 119, 148
 Moréas, Juan P., 110
 Morice, Charles, 117
 Murillo, Andrés, 113
 Murillo, Rosario, 113
 Museo Archivo Rubén Darío, León,
 20, 145, 176
 Musset, Alfred de, 24

N

Navas, Vicente, 15, 111
 Neruda, Pablo, 75, 93
 New York, 104, 110, 112, 114, 125,
 134
 Newton, Isaac, 19
 Nicaragua, 26, 103, 140, 165, 175, 177
 Nicarao, 94
 Nietzsche, F., 149
 Nindiri, 91
 No obstante, 43
 Nocturnos, 42, 93, 178
 Nordau, Max, 148
 Núñez de Arce, Gaspar, 165
 Núñez Moledo, Rafael Wenceslao,
 100, 101, 102, 103, 105, 107, 131
 Nuñez, Francisco, 101
 Núñez, Rafael, 52, 100, 104

O

Obligado, Rafael, 119, 125, 133
 Ocampo, Miguelito, 133
 Oda a Roosevelt, 59, 60, 177
 Oufis, Federico, 170
 Opiniones, 4
 Orta, José A., 137
 Ortega Arancibia, Francisco, 13
 Ortega y Gasset, José, 74
 Otoñales, (Rimas), 124
 Oyuela, Calixto, 133

P

Pagano, José León, 133
 Palabras Liminares, 92, 139, 160,
 161, 162, 164
 Palacio de la Moneda, Santiago de
 Chile, 26
 Palma de Mallorca, 6
 Panamá, 134
 Paniagua Prado, Francisco, 166
 Para una cubana, 161
 Paraguay, 164
 Pardo, José, 133
 París, 6, 15, 25, 51, 85, 95, 100, 104,
 110, 111, 114, 116, 117, 118, 119,
 125, 134, 146, 159, 165
 Pavró, Roberto J., 133
 PAX, 68
 Payró, Roberto J., 132
 Paz, Octavio, 73, 89, 95, 169, 171
 Pedro, Valentín de, 159
 Periódico El Porvenir de Cartagena, 103
 Periódico El Porvenir de Nicaragua, 9
 Periódico El Termómetro, 11
 Periódico El Tiempo, 133, 159, 161, 164
 Periódico La Nación, 31, 67, 70, 117, 118,
 124, 125, 126, 127, 128, 129, 138, 146,
 148, 149, 152, 159, 161, 164, 185, 186
 Periódico La Tribuna, 20, 133, 161
 Periolibros, 174, 175, 177
 Phillips, Allen W., 171
 Pieiro Sorondo, Patricio, 134
 Pietri, Uslar, 88, 90, 91
 Pillado Matheu, Luisa, 187
 Pineda, Mateo, 13
 Piquet, Julio, 118, 132
 Plaza, Prudencio, 134, 185, 187
 Plutarco, 15
 Poe, Edgar Allan, 112, 119, 146, 154
 Poema de Otoño, 39, 45, 46
 Poema del Retorno, 49, 50
 Poetas jóvenes de Francia, 119
 Pombo, Rafael, 30
 Por qué?, 65
 Portugal, 174
 Prat, Valbuena, 183
 Prieto, Casimiro, 133

Primeras Notas-Epístolas y Poemas, 56
 Programa Matinal, 40, 41
 Prosas Profanas, 56, 61, 70, 92, 105,
 110, 112, 125, 133, 135, 138, 139,
 144, 154, 158, 159, 161, 162, 164,
 165, 166, 168, 169, 170, 174, 175,
 176
 Puerto Rico, 127

Q

Quesada, Ernesto, 133
 Quesada, Gonzalo, 115
 Quevedo y Villegas, Francisco, 24,
 94
 Quiñonez, Francisco, 165

R

Rama, Angel, 72, 170
 Ramírez Madregil, Félix, 7, 8, 9, 12,
 13, 18
 Ramírez, Bernarda Sarmiento de, 7,
 9, 12, 13, 16, 18
 Ramírez, Jerónimo, 8
 Rechmitz, Alejandro Von, 89
 Recreaciones Arqueológicas, 161
 Reibel, Martin, 134
 Responso, 162
 Revista de América, 105, 125, 126,
 129, 131, 132, 134, 147, 149
 Revista de la Universidad Nacional
 Autónoma, Nicaragua, 74
 Revista Ensayo, 11
 Revista La Biblioteca, 70, 135, 153, 164
 Revista Nacional, 105, 119, 146
 Reyes, Alfonso, 97
 Ricardo, Contreras, 26
 Richepin, Jean, 146, 148
 Río de la Plata, 185
 Rivas, 11
 Rivas, Manuel, 13
 Rodó, José Enrique, 56, 61, 95, 159,
 160, 166
 Rodríguez Forrero, 187

Roeber, Cristián, 133
 Rojas, Benito, 13
 Roma, 6, 51
 Román, Soledad, 102
 Rosenblat, Angel, 89
 Rothschild Tablada, Guillermo, 60, 163
 Rousseau, Juan Jacobo, 15
 Roxlo, Carlos, 133
 Roza Rizo, José, 18
 Rueda, Salvador, 131

S

Sala Dariana de la Biblioteca
 Nacional de Nicaragua, 145
 Salinas, Cesáreo, 14
 Salinas, Pedro, 4, 40, 55, 61, 171, 178
 Salmo de la pluma, 67
 Salutación del Optimista, 58, 61, 93,
 177
 San Ignacio de Loyola, 10
 San José, Costa Rica, 21, 28, 152
 San Salvador, 110
 Sánchez, Francisca, 114
 Sánchez, Luis Alberto, 74
 Sansón, Mariana, 14
 Santa Fe de Bogotá, 106
 Santiago, Estrada, 129
 Sawa, Alejandro, 116
 Scholl, Aurelien, 117
 Selva, Buenaventura, 16
 Selva, Salomón de la, 16, 36, 44, 49,
 56
 Semanario La Montaña, 136
 Sequeira, Diego Manuel, 6
 Ser Justo y Bueno, 37
 Sicardi, Francisco, 133
 Silva, José Asunción, 104
 Sinclair, Alfredo, 175
 Sindaca, Juan, 8
 Sinfonía en Gris Mayor, 184
 Solar, Alberto del, 133
 Solórzano Lacayo, Francisco, 113
 Sonatina, 161, 169, 182
 Soneto La Fe, 10

Soto y Calvo, Francisco, 133
 Soussens, Charles de, 132, 133
 SPES, 41, 48
 Stella, Rafaela Contreras, 112
 Su vida y sus obras, 119
 Subtiava, 18
 Sux, Alejandro, 187

T

Tácito, Cornelio, 15
 Taihade, Laurent, 148, 154
 Teatro Municipal, León, 33
 Telica, 18
 Tellería, Abraham, 8
 Tellería, Jacoba, 7
 Tellería, Margarita, 7
 Tijerino, Ramón Esteban, 13
 Todo al vuelo, 11
 Torre, Guillermo de, 69, 70, 93, 95
 Torres Bodet, Jaime, 73, 91, 94, 117,
 128, 138, 144, 154, 183
 Torres Espinosa, Edelberto, 4, 5, 7,
 14, 18, 19, 20, 21, 24, 28, 30, 56, 61,
 68, 69, 70, 75, 93, 112, 113, 118, 136,
 137, 159, 163, 165, 166, 176, 177, 182,
 186, 187
 Torres-Rioseco, Arturo, 4, 74
 Torri, Julio, 25
 Tutecotzimí, 58, 92, 166

U

Ugarte, Manuel, 153
 Un soneto para Bebé, 30
 Una lágrima, (elegía), 11
 Unamuno, Miguel, 44, 56, 91, 95
 UNESCO, 84, 85, 87, 175
 Unión Centroamericana, 54, 55, 166
 Universidad de Harvard, 186
 Universidad Nacional Autónoma
 de México, 2, 87
 Universidad Nacional Autónoma
 de Nicaragua, 36

Urbanski, Edmund Stephen, 17
 Uslar Pietri, Arturo, 84

V

Vale, Charles E.F., 133
 Valera, Juan, 134, 164
 Valle Inclán, Ramón María del, 25,
 44, 94
 Valle, Alfonso, 8, 13
 Valle, José Nicolás, 13
 Valle, Nicolás, 8
 Valparaiso, Chile, 22, 64
 Vanegas, Juan de Dios, 9, 12, 13, 20, 166
 Vapor Diolibah, 124
 Varela, Juan, 165
 Vargas Llosa, Mario, 75
 Varia, 161
 Vasconcelos, José, 86
 Vasseur, Armando, 133
 Vedia, Enrique de, 128, 133
 Vedia, Mariano de, 133
 Vega Belgrano, Carlos, 119, 133, 159
 Vega, Garcilaso de la, 91
 Velásquez, Diego Rodríguez de
 Silvas, 94
 Verlaine, Paul, 110, 116, 146, 148,
 150, 154, 161, 162, 167
 Victor Hugo, 21, 24, 101
 Vigny, Alfred de, 24
 Villiers de L'Isle Adam, Matías
 Augusto, 146, 148

W

Walker, William, 12
 Washington, 52
 Watland, Charles D., 9, 22
 Watteau, Antonio, 167
 Whitman, Walt, 135
 Wilde, Eduardo, 133

Y

Yo persigo una forma, 162
 Yo soy aquel . . . , 40, 41, 42, 43

Z

Zaldivar, Rafael, 20

Zambrana, Antonio, 21, 28

Zavala, Joaquín, 15, 16, 18, 23

Zea, Leopoldo, 87

Zelaya, José Santos, 52, 53

Zepeda-Henríquez, Eduardo, 26,
162, 176, 183

Ensayos sobre la Teoría de la Universidad. Editorial Vanguardia, Managua, 1990. 358 p.

Situación y perspectivas de la Educación Superior en América Latina. ANUIES, México, D.F., 1996. 99 p.

León Viejo y otros escritas. Imprimatur –Artes Gráficas – UPOLI, Managua, 1997. 196 p.

Educación Superior en el umbral del Siglo XXI. UNESCO-CRESALC, Caracas, 1996. 143 p.

ALGUNAS DISTINCIONES QUE
LE HAN SIDO OTORGADAS

Orden Isabel La Católica, del Gobierno de España

Orden Aguila Azteca, del Gobierno de México

Medalla de Oro de la Educación,
por el Consejo Directivo de la Organización
de los Estados Iberoamericanos (O.E.I.)

Orden del Mérito Civil, Gran Cruz,
por S.M. Juan Carlos I. Rey de España

Académico Correspondiente de la Real Academia de
Bellas Artes de San Telmo, Málaga, España

Académico de Número de la Academia
Nicaragüense de la Lengua

Académico correspondiente
de la Real Academia Española

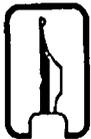
Medalla al Mérito Universitario,
otorgada por la Unión de Universidades de
América Latina (UDUAL)

Medalla de plata de la UNESCO, otorgada por el
Director General de la UNESCO

Orden del Mérito del CSUCA, otorgada por el
Consejo Superior Universitario Centroamericano

Miembro del Club de Roma





SERIE LITERATURA

COLECCION CULTURAL
BANCO NICARAGÜENSE

